

Josué Sánchez
José Pulido
Roberto Culebro
(Coordinadores)

Facciones

Ensayos sobre Alfonso Reyes



vol. **13**

Biblioteca Digital de Humanidades

Universidad Veracruzana

Dirección General del Área Académica de Humanidades



Universidad Veracruzana

Dr. Raúl Arias Lovillo
Rector

Dr. Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

Mtro. Víctor Aguilar Pizarro
Secretario de Administración y Finanzas

Mtro. Agustín del Moral Tejeda
Director Editorial

Dirección General del Área Académica de Humanidades

Dr. Miguel Angel Casillas Alvarado
Director

Lic. Silvia Eunice Gutiérrez de la Torre
Coordinación Editorial

Josué Sánchez
José Pulido
Roberto Culebro
(Coordinadores)

Facciones

Ensayos sobre Alfonso Reyes

13

Biblioteca Digital de Humanidades
Universidad Veracruzana
Dirección General del Área Académica de Humanidades

Biblioteca Digital de Humanidades

Sitio web www.uv.mx/bdh

ISBN: En trámite

© 2012 **Universidad Veracruzana**

Dirección General del Área Académica de Humanidades

Edificio "A" de Rectoría, 2º piso
Lomas del Estadio s/n, Zona Universitaria
Xalapa, Veracruz, México
CP 91000

dgah@uv.mx

Tel./Fax: (228) 8 12 47 85 | 8 12 20 97

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro
Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97, CP 91000

diredit@uv.mx

Tel/fax: (228) 8 18 59 80 | 8 18 13 88



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

Diseño (portada e interiores) y formación Héctor Hugo Merino Sánchez
Alma Delia Cortés Sol
surcodeletras@gmail.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
-------------------------------	---

POESÍA Y ETNOBOTÁNICA: YERBAS DEL TARAHUMARA Y OTROS PAPELES DE ALFONSO REYES Y VALERY LARBAUD	11
---	----

ADOLFO CASTAÑÓN

I	11
II.	18

EL EROTISMO DE ALFONSO REYES.	35
--	----

ÉDGAR VALENCIA

REYES, POR AMÉRICA (Y A PESAR DE ELLA)	43
---	----

JAVIER AHUMADA AGUIRRE

I	43
II.	44
III	46

IV	48
V.	50
<hr/>	
DIARIO BRASILEÑO: AFFONSO REIS 1930-1936.	53
<i>DANIEL ORIZAGA DOGUIM</i>	
I	53
II.	54
<hr/>	
ALFONSO REYES Y EL HISPANISMO.	
UNA CRÍTICA DE LA CULTURA	63
<i>SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO</i>	
EPÍLOGO.	73
<hr/>	
INFORMES DE UN COMUNICADOR POLÍTICO.	75
<i>MARCOS DANIEL AGUILAR</i>	
ALFONSO REYES EN LA COMUNICACIÓN POLÍTICA	78
EL PERIODISTA	78
UN MINISTRO MEXICANO EN LOS DIARIOS	83
EL INTELLECTUAL EN EL PERIODISMO	87
<hr/>	
NAUFRAGIO EN ÍTACA	
(NOTAS SOBRE IFIGENIA CRUEL DE ALFONSO REYES)	89
<i>PÁVEL GRANADOS</i>	
<hr/>	
ALFONSO REYES: DIARIOS.	95
<i>MELISSA HERNÁNDEZ NAVARRO</i>	
TOMO I (1911-1927)	96
TOMO II (1927-1930).	98

ENTRE LA ELEGANCIA Y UNA MÁCULA DE GRASA	101
---	------------

MARCO ANTÚNEZ PIÑA

POSTDATA: BREVÍSIMO COROLARIO

APOLOGÉTICO DE CIERTA POESÍA ALFONSINA	106
--	-----

PRESENTACIÓN

La deuda que las letras mexicanas tienen con la figura de Alfonso Reyes es inestimable. La deuda que tiene el resto del continente es la misma que guarda a escritores como Pedro Enríquez Ureña, Faustino Sarmiento y Jorge Luis Borges. Sobra decir que la labor del polígrafo va más allá del hecho de explorar varios géneros. Debemos a la *summa* de su obra lo que Alfonso Quijano al ventero: el espaldarazo que nos arroja al encuentro con nosotros mismos en el país de nuestra lengua.

Hemos intentado saldar parte de nuestra deuda. En el año 2010, un grupo de estudiantes de la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana echó de menos la falta de entusiasmo por parte de sus demás compañeros hacia la obra del mexicano universal. La iniciativa fue clara: este grupo de estudiantes, encabezados por Amado J. Peña Broissin, llevó a cabo la creación del primer Coloquio Alfonso Reyes. El cual, en esta primera edición, contó con la presencia de destacados estudiosos de la obra alfonsina como Adolfo Castañón, Sebastián Pineda, Fernando Corona, Edgar Valencia, Esther Hernández Palacios, Raquel Velasco, Sergio Pitó, Rafael Toriz, Rodolfo Mendoza, Eduardo Celis y Alejandro Albarrán. El eco del coloquio anterior logró que la segunda edición, en el año 2011, no fuera menos convidante y pudimos contar con la participación de Pável Granados, Daniel Orizaga, Javier Ahumada, Magali Velasco, Silvia Eunice Gutiérrez, Víctor Hugo Vázquez Rentería, Edgar Valencia, Miguel Barajas, Ilse Priego, Marco Antúnez, Marcos Daniel Aguilar y Melissa Hernández Navarro.

Los textos reunidos en esta antología son sólo una muestra del arduo trabajo desempeñado durante los dos años en que se ha llevado a cabo el Coloquio Alfonso Reyes. La selección del corpus es una guía de lectura que pretende acercar al lector a la obra del escritor regiomontano y, al mismo tiempo, dar un atisbo sobre el carácter del Coloquio. La variedad de la temática responde a la naturaleza heterogénea de la pluma de Alfonso Reyes; sin embargo, queremos aventurar una clasificación somera de lo que el lector puede encontrar.

Así, los ensayos: “El erotismo de Alfonso Reyes”, “Los diarios”, “Entre la elegancia y una mácula de grasa”, e “Informes de un comunicador político” revelan al escritor regio en los pliegues de sus pulsiones, sus sueños, su gusto gastronómico, el estilo parco de su trabajo burocrático y hasta el rumor de su propia risa y lascivia, es decir, conforman una sección hasta cierto punto inédita, íntima. Por otro lado, los ensayos: “Poesía y Etnobotánica. ‘Yerbas del tarahumara’ y otros papeles de Alfonso Reyes y Valery Larbaud”, “Reyes, por América (y a pesar de ella)”, “Naufragio en Ítaca (notas sobre Ifigenia cruel de Alfonso Reyes)”, “Alfonso Reyes y el hispanismo. Una crítica de la cultura” y “Diario brasileño: Alfonso Reis 1930-1936” son textos que responden a la veta cosmopolita de nuestro escritor, la experiencia del mundo cifrada en su obra, el uso de otros géneros como la poesía y el teatro para avanzar entre los dos puntos de la cultura prehispánica (“Yerbas del tarahumara”) y la herencia de Occidente (“Ifigenia cruel”), en suma esta sección puede ser comprendida como un “itinerario de estilos” del neolonés universal.

Sólo nos queda decir que la dedicación y curiosidad de los autores compilados son el vínculo que los une al pensamiento de uno de los más grandes escritores mexicanos.

No pudimos reunir en su totalidad a los participantes de ambas ediciones del coloquio. Esto no significa que algunas ideas sean más válidas que otras. Creemos que los textos que conforman esta antología representan aquella totalidad que no cupo en estas páginas. Apostamos por la síntesis.

Finalmente, los nombres de José Luis Martínez Suárez, Alejandra Clemente Romagnoli, Carlos Alberto Ponce Velasco, Yéssica Lozada Pastoressa, Norma Angélica Cuevas, Montserrat Zúñiga, José Pulido, Ángeles Lira, Itzel Lara, Eduardo Celis-Ochoa, Alfonso Colorado, Silvia Eunice Gutiérrez, Melissa Hernández Navarro, Cynthia Campomanes Mejía, Josué Sánchez, Paulet Ortiz Viguera, Agustín del Moral, Roberto Culebro, Rodolfo Mendoza, Marlén Gutiérrez García, Naín Solana, Manuel Cucurachi y Gustavo Santiago, son importantes ya que sin su ayuda simplemente no hubiera existido el Coloquio Alfonso Reyes. Gracias.

POESÍA Y ETNOBOTÁNICA: YERBAS DEL
TARAHUMARA Y OTROS PAPELES DE
ALFONSO REYES Y VALERY LARBAUD

Adolfo Castañón

I

YERBAS DEL TARAHUMARA¹

Han bajado los indios tarahumaras,²
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,
bravos habitantes de la nieve
—como hablan de tú—,

¹ *Repaso poético 1906-1958* en OC. X, pp. 121-123.

² Los indios buscaban los centros urbanos cuando la sequía se prolongaba. A veces esta temporada seca se prolongaba dos o tres años.

contestan siempre así la pregunta obligada:
—“Y tú, ¿no tienes frío en la cara?”

Mal año en la montaña,
cuando el grave deshielo de las cumbres
escurre hasta los pueblos la manada
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta
aquella desazón tan generosa
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos
los misioneros de la Nueva España
—esos corderos de corazón de león.
Y, sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.
Beben tesgüino³ de maíz y peyote,⁴
yerba de los portentos,
sinfonía lograda
que convierte los ruidos en colores;
y larga borrachera metafísica
los compensa de andar sobre la tierra,
que es, al fin y a la postre,

3 Tesgüino: bebida refrescante propia de los indios tarahumaras, que la obtienen por fermentación del grano de maíz, y que toman principalmente en sus fiestas. (Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Ed. Porrúa, 1992, p. 1039).

4 Peyote: el *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas* de Maximino Martínez consigna por lo menos diez variedades de esta planta que corresponden a otras tantas localizaciones. La definición principal corresponde a: “Planta carnosa de 10-12 cm, algo parecida a una biznaga sin espinas, con raíz gruesa, cilíndrico-cónica, amarga, y una cabeza casi aplanada, que sobresale del suelo 15-20 mm., en la que se ven varios segmentos radiales, subtriangulares y algunos mechoncitos lanosos, flores rosadas y fruto largamente cónico, rojo, de 15 mm. Esta planta tiene propiedades narcóticas”. También se dan referencias de índole botánica, química, histórica y etnográfica sobre esta sensitiva cactácea en el libro *Plantas de los dioses*.

la dolencia común de las razas de hombres.
 Campeones del Maratón del mundo,
 nutridos en la carne ácida del venado,
 llegarán los primeros con el triunfo
 el día que saltemos la muralla
 de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,
 y todo el día rompen terrones,
 sentados en la calle,
 entre la envidia culta de los blancos.
 Hoy sólo traen yerbas en el ható,
 las yerbas de salud que cambian por centavos:
 yerbaniz,⁵ limoncillo,⁶ simonillo,⁷
 que alivian las difíciles entrañas,
 junto con la orejuela de ratón⁸
 para el mal que la gente llama “bilis”;
 la yerba del venado,⁹ el chuchupaste¹⁰

5 Yerbaniz [Hierba anís]: “Crece principalmente en el Norte de México, a partir de San Luis Potosí, mide aproximadamente un metro de altura; tiene hojas opuestas, elípticas y aserradas, flores en cabezuelas amarillas de marcado olor a anís. *Tayetes florida*” (Maximino Martínez, *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, México, FCE, 1979).

6 Limoncillo: más de treinta plantas llevan este nombre en México. Probablemente se refiere a la *Pectis papposa* Gray, que prospera en Sonora. Es una planta herbácea de unos 20 cm., de hojas lineares de 3 a 4 cm., glanduloso punteadas, y flores en cabezuelas amarillas. La planta despide un aroma parecido al del limón.

7 Simonillo: varias plantas llevan este nombre. AR se refiere seguramente a la *Conyza gnaphaloides* H.B.K., que es una planta herbácea blancolanosa de hojas elípticas, dentadas de 3 a 4 cm., inflorescencias terminales. Es una planta de sabor amargo.

8 Orejuela de ratón: oreja de ratón. Hay varias plantas con este nombre; puede ser la *Chiococca alba*, que es un arbusto a veces trepador de hojas lanceoladas u ovals de 2.5 a 9 cm., flores en forma de embudo con el limbo de 5 lóbulos, frutos drupáceos, blancos o comprimidos de 6 a 8 cm.

9 Yerba del venado: se aplica este nombre a varias plantas herbáceas o subarborescentes del género *Porophyllum*. Son plantas de hojas glandular pubescentes y olorosas que en muchos lugares se usan como condimento. Las hojas de la *Porophyllum Seemanii* son comestibles y tienen un aroma especial” (Maximino Martínez, *op. cit.*).

10 Chuchupaisle [Chuchupatle]: se trata de la *Arracacia* sp. Es una umbelífera; planta herbácea de hojas grandes y divididas, flores en umbela y frutos muy aromáticos.

y la yerba del indio,¹¹ que restauran la sangre;
 el pasto de ocotillo¹² de los golpes contusos,
 contrayerba¹³ para las fiebres pantanosas,
 la yerba de la víbora¹⁴ que cura los resfríos;
 collares de semillas de ojo de venado,¹⁵
 tan eficaces para el sortilegio;
 y la sangre de grado,¹⁶ que aprieta las encías
 y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández¹⁷

11 Yerba del indio: Maximino Martínez registra por lo menos ocho plantas con ese nombre en su *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*. AR probablemente se refiere a la *Sarcostema Crispum*, que prospera en la región del río Bavispe, en el Noroeste de Sonora, y que es una orquídea terrestre de hojas linear-lanceoladas, cardadas y con flores agrupadas, ápice acanalado, base auriculada de 5 cm. de largo por 4 cm. de ancho y flores agrupadas en pedúnculos cortos.

12 Ocotillo [Pasto de ocotillo]: el ocotillo es un nombre que se aplica a muchas plantas. Probablemente se refiere a la *Fouquieria splendens*, que crece en los lugares desérticos del Norte de México y es un arbusto leñoso, sin tallo, compuesto de ramas hasta de 6 m., cubiertas de espinas, hojas oblongo-ovadas o redondo-ovadas de 2 a 3 cm., flores rojas, tubulosas. La corteza contiene saponina.

13 Contrayerba [Contrayerba]: es la *Asclepias setosa Benth*, una planta herbácea que prospera en el Norte de México (Nuevo León); tiene unos 40 cms. de altura, un jugo lechoso y es muy vellosa. Sus flores son pequeñas en umbelas terminales.

14 Yerba de la víbora [Hierba de la víbora]: se aplica este nombre a una docena de plantas diversas que crecen en el territorio de México. La hierba de la víbora que prospera en Chihuahua es una acantácea, la *Dyschoriste jaliscencis*, una planta herbácea vellosa, de unos 30 cm., hojas opuestas, lineares, de 2 o 3 cm., flores axilares con el limbo quintilobulado de unos 2 cm, 4 estambres didínamos. [Maximino Martínez, *op. cit.*] Se usa en infusión para curar resfriados; prospera en las zonas cálidas de la sierra (o sea en las Barrancas del Cobre). Es recogida y vendida por una clase de indígenas tarahumaras llamada Tehueriches.

15 Ojo de venado: en México existen varias plantas con este nombre. Probablemente AR se refiere a la *Passiflora mexicana*, planta trepadora con zarcillos, hojas bilobuladas de 10 cm. de ancho, flores verdoso amarillentas de 3 a 4 cm. y una baya sub-oval de 10 mm. Crece en Sonora, Chihuahua y el norte de México.

16 Sangre de grado: es la *Potentilla rubra Willd.* Planta herbácea, vellosa, de unos 30 cm., de hojas tripartidas; flores moradas con 5 sépalos y estambres numerosos, ovarios también numerosos. La raíz es gruesa y negruzca, tanífera. Existen varias otras hierbas de *sangregrado* (de la familia de las *Jatrophas*).

17 Médico de cámara de Felipe II, Francisco Hernández (1517-1587) llegó a Nueva España en 1571, donde permaneció hasta 1577 estudiando las plantas medicinales de nuestro país.

—el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos—
 logró hasta mil doscientas plantas mágicas
 de la farmacopea de los indios.
 Sin ser un gran botánico,
 don Felipe Segundo
 supo gastar setenta mil ducados,
 ¡para que luego aquel herbario único
 se perdiera en la incuria y el polvo!
 Porque el padre Moxó¹⁸ nos asegura
 que no fue culpa del incendio
 que en el siglo décimo séptimo
 aconteció en el Escorial.)

Con la paciencia muda de la hormiga,
 los indios van juntando sobre el suelo
 la yerbecita en haces
 —perfectos en su ciencia natural.

Pliego suelto, Buenos Aires, Colombo, 1934.—vs.

LES HERBES DU TARAHUMARA

*Les Indiens Tarahumara sont descendus
 et c'est le signe d'une mauvaise année
 et d'une maigre récolte dans la montagne.*

*Nus et tannés,
 leur peau tachetée et luisante durcie,*

18 Benito María de Moxó y de Francolí (1763-1816): eclesiástico español, fue arzobispo de Charcas de 1807 a 1816. Se destacó por su oposición a la independencia de las colonias de América, pues solicitó la sumisión a Fernando VII. Abogado de las virtudes americanas y seguidor de Clavijero, Moxó, en efecto, asienta al final de su primera Carta (ver nota 29). Alfonso Reyes estaba al tanto de esto, pues según consta en el Diario (1911-1930), adquirió en Argentina un ejemplar de la obra: “Me olvidaba decir que he comprado también las Cartas mejicanas escritas por Benito María de Moxó en 1805 en \$10 argentinos”. (Diario, 4 de febrero de 1929, p. 255).

*noircis de vent et de soleil, ils animent
les rues de Chihuahua,
pleins de lenteur et de méfiance,
avec tous les ressorts de la crainte contractés,
comme des panthères apprivoisées.
Honnêtes habitants des neiges,
—comme ils tutoient tout le monde—
ils répondent toujours ainsi à la demande de rigueur :
«Et toi, tu n’as pas froid à la figure?»*

*Mauvaise année dans la montagne
lorsque la pesante débâcle des cimes
fait descendre jusqu’aux villages le troupeau
d’animaux humains avec la besace sur l’épaule.*

*Les gens, à les voir, se félicitent
de cette inclémence du temps, si généreuse
d’une beauté différente de celle qui leur est familière.*

*Ils furent baptisés catholiques
par les missionnaires de la Nouvelle-Espagne,
—ces agneaux au cœur de lion,—
et, sans pain et sans vin,
ils célèbrent l’office chrétien
avec leur bière de maïs et leur pinolé
qui est une poudre qui a tous les goûts.
Ils boivent du tesgüino et du peyoté,
herbe des prodiges,
symphonie d’une esthétique accomplie
qui transforme les bruits en couleurs,
et une longue ivresse métaphysique
les dédommage de cheminer sur cette terre,
ce qui est, en somme et après tout,
le malheur commun de toutes les races d’hommes.
Champions du Marathon du Monde,
nourris de la chair acide du chevreuil,
ils arriveront les premiers avec les honneurs du triomphe*

le jour où nous franchirons la muraille
de nos cinq sens.

Parfois ils apportent de l'or de leurs mines cachées,
et tout le jour, assis dans la rue,
ils cassent les mottes aurifères,
parmi l'envie poliment dissimulée des blancs.
Aujourd'hui ils n'apportent que des herbes dans leur besace,
les herbes salutaires qu'ils échangent contre des sous :
L'herbe-anis, la limoinille, la simonille
qui soulagent les entrailles malaisées,
et aussi la piloselle
pour le mal qu'on nomme «la bile» :
et l'herbe du chevreuil, et le chuchupasté,
et l'herbe de l'Indien, qui reconstituent le sang,
les pousses du pin ocoté qui sont bonnes pour les coups et
meurtrissures,
l'herbe-antidote pour les fièvres des marais,
l'herbe de la vipère qui guérit les rhumes,
les colliers de graines d'œil-de-chevreuil
qui ont une si grande efficacité contre les sortilèges,
et le sang-dragon qui resserre les gencives
et fixe solidement les racines des dents qui branlent.

(Notre François Hernandez, —
le Plin mexicain du XVI^e siècle, —
parvint à rassembler plus de douze cents plantes magiques
de la pharmacopée des Indiens.
Sans être un savant botaniste
le Roi Philippe Deux
eut l'esprit de dépenser soixante mille ducats
pour que dans la suite des temps l'herbier unique au monde
finit par disparaître dans l'incurie et la poussière !
Et en effet le Père Moxo nous assure
qu'il ne fut pas détruit dans l'incendie
qui, au XVII^e siècle,
éclata dans l'Escurial.)

*Avec la patience silencieuse de la fourmi
les Indiens vont disposant par terre
leurs petites herbes en bottes,
passés maîtres dans leur science naturelle.*

Alfonso Reyes. *Traduit de l'Espagnol, par M. Valery Larbaud.*

II

“Toda planta es lámpara”
Victor Hugo, *L'homme qui rit*

Los tarahumaras son los indígenas del Norte de México, también o mejor conocidos como “los de los pies ligeros”, los *rarámuri*. Habitan la cadena montañosa conocida como Sierra Tarahumara, que se extiende por Chihuahua, Sonora, Durango, Sinaloa, y en el siglo XIX llegaban hasta Nuevo León y Coahuila. La lengua tarahumara está clasificada en el grupo nahua-cuitlateco, del yoto-nahua, de la familia pima-cora. Carlos Montemayor en su libro *Los tarahumaras. Pueblo de estrellas y barrancas*, sugiere, siguiendo al antropólogo Don Burgess, que “los rarámuris pueden reconocerse como los hijos del Sol (y debemos agregar de la Luna) [...] El rarámuri está llamado a ser el que camina, el que por antonomasia sabe caminar en la tierra y en el cielo. Y gran parte del caminar del rarámuri es, en el plano celeste, la danza.”¹⁹

No es posible saber si en su infancia y primera adolescencia Alfonso Reyes tuvo noticia directa de ellos, o si fue a través de algún caballerango —asistente militar de su padre, allá en la Hacienda del Mirador— o bien, a través de los relatos del propio general Bernardo Reyes quien fatigó durante años los áridos caminos de tepehuanes, yaquis, mayos, y otras tribus nómadas del norte. En cualquier caso, la presencia de esos hombres severos de pies ligeros y de su cultura medicinal se puede documentar a través del poema “Yerbas del Tarahumara” y en otros textos aquí reproducidos o citados.

Según nos dice Alfonso Reyes en su *Diario* con fecha 11 de marzo de 1929, el

¹⁹ Carlos Montemayor, *Los tarahumaras. Pueblo de estrellas y barrancas*, Editorial Aldus, México, 1999, p. 57.

poema “Yerbas del Tarahumara” es un “[p]oema hecho en un instante, con conversaciones de la señora del Mayor Muñoz”. Esta anotación sugiere al lector que Alfonso Reyes no escatimaba la convivencia con el personal de la embajada —ya estuviese en Madrid, París, Río de Janeiro o Buenos Aires— y que, por supuesto, sabía escuchar. La conversación sostenida a muchos kilómetros de distancia de México, en la embajada de nuestro país en Argentina, desencadenó en Alfonso Reyes una lluvia de recuerdos sobre sus experiencias recordadas y oídas de infancia y juventud en el norte de México.

El poema “Yerbas del Tarahumara” ha tenido buena estrella y fortuna dentro y fuera de nuestras fronteras. Valery Larbaud lo tradujo al francés muy poco tiempo después de que Reyes lo escribió. Guy Levis Mano lo volvió a traducir en 1952 en la *Anthologie de la poésie mexicaine* que prologó Octavio Paz. Lo cita con admiración comprensible el novelista brasileño Erico Verissimo en su rico libro: *México. Historia de un viaje* (1957) para entender a estos cazadores capaces de mantenerse inmóviles como piedras o plantas durante un día antes de abatir con impecable certeza a las aves más veloces. La imagen evocada por Alfonso Reyes no ha perdido del todo actualidad, Carlos Monsiváis cita algunos de los versos de la segunda estrofa de este poema a propósito de los indígenas chiapanecos animados por el auto-llamado subcomandante Marcos (*Proceso*, 4 de marzo de 2001). Gabriel Zaid lo incluye en su *Omnibus de la poesía mexicana* que suma ya en 2008 más de 27 ediciones.

III

Cuando los tarahumaras bajan a las aldeas, mendigan.
Es sorprendente. Se detienen frente a las puertas de las casas
y se ponen de perfil con una actitud de desprecio absoluto.
Antonin Artaud: “La raza de los hombres perdidos”²⁰

El poema de Alfonso Reyes es anterior al texto de Antonin Artaud (1896-1948) titulado *D'un voyage au pays des Tarahumaras* (1937), inspirado, en parte, en una serie de experiencias que el poeta tuvo en México el año de 1936 con el peyote utilizado entre los indios del norte de México y, en parte, en sus propias ideas, creencias y fantasías.

²⁰ Antonin Artaud, *México y viaje al país de los tarahumaras*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

A Alfonso Reyes no sólo le fascinan los enigmas del desierto mexicano, sino que conoce la psicología y costumbres de los indios tarahumaras. Al enviar carta al escritor y diplomático brasileño Ronald de Carvalho para pedirle consejo sobre una imprenta adecuada para imprimir su *Monterrey. Correo literario* concluye la epístola con una simpática evocación de la forma reservada y respetuosa con que se tratan los tarahumaras entre ellos: “Entre los tarahumaras, indios de Chihuahua de que tal vez tenga Ud. noticias, el visitante o huésped se sienta en la calle, de espaldas a la puerta del amigo a quien va a visitar, sin duda para disimular su impaciencia. El amigo visitado, no se apresura. Se hace desentendido (coquetería de buen tono entre ellos). Al fin, abre su puerta y dirige unas cuantas palabras vagas a su visitante, hablándole del tiempo que hace, como si no se diera cuenta de que lo vienen a visitar a él. Al fin, después de un momento, le dice: ¿Por qué no pasa Ud. a casa para que sigamos hablando? Así se hacen las visitas entre los indios tarahumaras.”²¹

IV

Muchos años pasó el general Bernardo Reyes pacificando el Norte de México, desde los tiempos de Lerdo de Tejada (1873) en que emprendió la campaña de Alica contra el legendario cacique Manuel Lozada, hasta los años de Manuel González y Porfirio Díaz en que fue ganando ascensos literalmente a sangre y fuego en las diversas expediciones, acciones y campañas por la frontera de Nuevo León, la huasteca potosina, Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Coahuila para mantener a raya a las hordas de guerrilleros e insurrectos, apaches, coras, huicholes, kikapués, y a los más civilizados —yaquis y tarahumaras.

El niño que fue Alfonso Reyes creció al calor de los relatos y cuentos sobre esa infatigable frontera nómada, como la llamó el historiador Héctor Aguilar Camín; y la experiencia descalza de esos mundos indígenas en conflicto con la civilización no fue ajena a su sensibilidad. La hermandad entre el mundo vegetal y el mundo animal aflora como en una ondulación constante y apenas subterránea a lo largo de su obra. Cito dos textos. Uno, escrito en Brasil en 1931:

—Pero los árboles ¿qué saben?, ¿qué sienten? [...] ¿Qué sabemos? Cuando la planta se pone a vivir dentro del hombre, como en la droga, el hombre no nece-

21 Citado por Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil*, op. cit., pp. 43-44.

sita moverse porque empieza a soñar: el mundo se mueve para él, por una translación einsteiniana. ¿Qué sabemos si el árbol sueña? Y además, ese modo de relacionar la sensación y el don semoviente ¿no es un apriorismo finalista? ¿No habrá en el seno de la vida vegetal como en el seno de toda vida, una parte de impotencia diabólica, necesaria en sí misma? Entonces, si arranco esta rama, el tronco me grita como en Dante: “¿Por qué me rompes?” Sino que yo no puedo escucharlo. Feliz Sigifredo, que cortaba una caña para hacerse entender del ave.²²

Y otro texto más en el mismo sentido y fruto de la misma fibra sensitiva:

¡Qué bien se entiende el culto de los árboles en las religiones primitivas! ¡Y qué verdadero aire de deidad natural, anterior al antropomorfismo de los Olimpos, tienen esos árboles gigantescos, plantados de pronto en la desolación de la tierra como a espera del caminante! Si hasta parece que infunden en su huésped cierta quietud vegetativa, cierta aceptación, cierta docilidad física doblada de cierta interior libertad de ensueño. No es otro el efecto de la droga, simbiosis del vegetal con el animal. Tal vez los árboles se contentan de no moverse por lo mucho que contemplan y sueñan. Los pájaros les cuentan las extrañas aventuras del vuelo, y con oírlos se satisfacen. Las brisas les hacen guiños y los sacan a bailar un poco, aunque sin moverlos de su lugar, como en tales danzas australianas que se ejecutan con el tronco y los brazos. Árbol de la tropa, padre tutelar de los valientes y de los afligidos: hay, en el torrente de mi sangre, una oculta gotita que agradece todavía tu ternura.

Cuando, después de limpiar de facinerosos el contorno con las escobas del plomo y los aceros, el destacamento volvió al lugar, no encontró ya el árbol.

—¿Quién lo ha talado? —preguntó mi padre iracundo.

—Lo cortó Fulano, mi jefe —le contestó un desgredado que se acercaba—. Dijo que lo iba a tumbar con su hacha para que no viniera aquí a amontonarse la tropa.

—¡Qué me lo traigan! Que me traigan a ese Fulano ahora mismo! Que ahora me lo llevan de leva, y ahora va a saber lo que es un árbol, lo que puede ser la sombra de un árbol para el soldado!”²³

²² *Quince presencias*, “VI. Descanso dominical (*En los pinares de Teresópolis*)” en *OC*, t. XXIII, p. 180.

²³ *Parentalia*, “10. Grandeza y miseria del soldado” en *OC*. t. XXIV, p. 442.

Bernardo Reyes y “nuestro medio hermano mayor, aquel magnífico León, [...] antiguo ingeniero militar que, en comisiones geográficas”, habían “conocido los lugares más recónditos del país, las tribus más extrañas, sobre cuyas costumbres sabía lo que no supo Lumholtz.”²⁴

El país tarahumara sería reconocido por el etnólogo y fotógrafo noruego Carl Lumholtz,²⁵ y sus peripecias serían presentadas en los gruesos volúmenes de *El México desconocido* (1902), traducido al español por Balbino Dávalos (1904), bajo los auspicios de Porfirio Díaz. Ese país agreste y fascinante de la Sierra Madre Occidental en Sonora y Chihuahua descrito por Bruno Traven en su novela *El tesoro de la Sierra Madre* y popularizado por la cinta homónima que tiene como protagonista a Humprey Bogart, no habría podido ser visitado y documentado sin la tarea previa de pacificación y comunicación realizada, entre otros, por Bernardo Reyes.

V

El texto que se presenta aquí “Yerbas del tarahumara” fue escrito el 11 de marzo de 1929 “de un solo trazo”, como asienta Alfonso Reyes en su *Diario*, siete años antes de que Antonin Artaud emprendiera su viaje, en 1936. El poema de Reyes sería traducido por Valery Larbaud y publicado en *Commerce* (verano de 1929, núm. xx) donde apareció por primera vez la *Nadja* de André Breton y se publicaron también textos de Henry Michaux. Alfonso Reyes, no ignoraba que unos años antes en París, al tiempo que él mismo se encontraba ahí, se había publicado el libro del Dr. Alexandre Rouhier: *Le plante qui fait les yeux émerveillés* (1926).²⁶ Recientemente se ha publicado una nueva edición que ha sido revisada y aumentada e incluye la conferencia *Les plantes dévatoires* y una bibliografía actualizada hasta la fecha de la publicación.

²⁴ *Parentalia*, “8. Otras sombras” en OC. t. XXIV, p. 377.

²⁵ Carl Lumholtz, *Montañas, duendes, adivinos...*, prólogo de Jesús Jáuregui, edición de Jorge López Vela, coordinación de César Ramírez Morales, México, 1996, 143 pp.

²⁶ Dr. Alexandre Rouhier, *La plante qui fait les deux émerveillés. Le peyotl*. Prèface de M. Le Professeur Em. Pevrot, Membre de l'Académie de Médecine. Nouvelle Edition revue et corrigée (Paris, 1926, 1975), seguido de Dr. Alexandre Rouhier: *Les plantes dévatoires*. Guy Trédaniel. Editions de la Maisnie, Paris, 1975. Artaud emplea la expresión acerca de la planta que produce ojos maravillados en distintos momentos.

El libro de Rouhier se publicó diez años antes de que Antonin Artaud hiciera su célebre viaje a México, en 1936, y no es improbable —como el propio Reyes apunta en el texto reproducido más adelante— que éste haya conocido el poema en la traducción de Larbaud publicada en *Commerce* y que ambos textos hayan influido en su decisión de viajar a México. De hecho, en “México y el espíritu primitivo. María Izquierdo”, Artaud parafrasea el título de Rouhier para referirse al cacto sagrado: “el peyote que no vuelve los ojos maravillados como el vocabulario europeo nos enseña...”.²⁷ Por lo demás la obra de Rouhier sería citada de inmediato por el esoterista e investigador extremeño Mario Roso de Luna —una de las fuentes esotéricas de Antonin Artaud, según creemos— en *El simbolismo de las religiones del mundo*,²⁸ continuación de su *Simbología Arcaica*. Evocando al escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, Roso de Luna habla ahí del peyote y de la mezcalina como puentes orgánicos entre aquella piedad arcaica y las creencias y usos y costumbres de los indígenas mexicanos.

VI

En 1929, Alfonso Reyes le envía a Valery Larbaud el poema “Yerbas del Tarahumara” desde Buenos Aires. Larbaud, quien se encontraba en Italia, se entusiasma ante el envío de este texto escrito en español por un mexicano interesado en describir la ciencia ancestral y la belleza primitiva de las tribus indígenas más alejadas de México, y le responde desde Roma con una carta fechada el 6 de abril de ese mismo año.

Dice Valery Larbaud:

Y gracias por Yerbas del Taraumara. ¡Qué buena idea tuvo usted al enviármelas! Su perfume embellece mis días, y he aquí el proyecto que he concebido: voy a traducirlas (ya comencé) y a proponerlas al Comité de Lectura de *Commerce* (que aparecerá en junio o julio). Pediré que se publique el texto original frente al de mi traducción. ¡Qué piensa usted? Y luego, si algún detalle me incomoda, me permitiría pedirle consejo. Desde ahora puedo decirle que tengo la intención de

²⁷ Fabienne Bradu: “Artaud en México”. *Artaud, todavía*. [Correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Paule Thévenin]. Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

²⁸ Mario Roso de Luna, *El simbolismo de las religiones del mundo y los problemas de la felicidad*, Editorial Renacimiento, España, 2006, 374 pp.

traducir por equivalentes calcados sobre ellos mismos todos los términos que ni el Diccionario de la Academia Española, ni Vicente Salvá me pueden proporcionar. Por ejemplo sugiero ‘petite-oreille-de rat’ (orejuela de ratón), ‘Simonille, ocotille’... Pero si existen términos franceses correspondientes que no sean científicos ni del linaje de Linneo, los preferiré a ‘simonille’ u ‘ocotille’ ¿Qué piensa usted de eso?

A Larbaud no se le escapó alguna distracción de Alfonso Reyes como la que lo lleva a poner ‘herbolario’ por ‘herbario’. Por eso Alfonso Reyes escribe: “Le ruego que cambien en mi original el verso: ‘Para que luego el herbolario único’, por este otro: ‘Para que luego aquel herbario único’. Le agradezco a usted el haberme llamado la atención sobre un descuido que no fue errata de una máquina, sino mal hábito infantil, adquirido desde la escuela primaria de llamar ‘herbolarios’ a los ‘herbarios’.” (Alfonso Reyes a Valery Larbaud 16 de junio de 1929).

Sobra decir que para Alfonso Reyes fue una alegría mayor el haber sido honrado por una traducción de Valery Larbaud:

Por mi parte, he recibido, y lo guardo como una reliquia bibliográfica, las pruebas de mis *Herbes*, de nuestras *Yerbas*. Y quedo entendido de la grata noticia de que el poema aparecerá en *Commerce* (¡el mayor honor que yo podía esperar de las letras de Francia!) [...] Estoy entusiasmado y contento como un niño. Decididamente, soy de esos hombres tan amigos *de lo mejor* que no se contentan ya con *lo bueno*. Nada me importa más en la vida que la estimación y la aceptación de amigos como usted. (Alfonso Reyes a Valery Larbaud, 20 de julio de 1929).

Sobre el título de “Yerbas del Taraumara”, en la versión original del poema que envía a Valery Larbaud, Alfonso Reyes escribe: “Yerbas del Taraumara” y no “... del Tarahumara”. Se explica así:

Desde luego le advierto que, aunque yo simplifico la ortografía de taraumara, los ortodoxos mexicanos dicen, mejor dicho escriben, “tarahumara”. Quizá le agrade a usted esa **h** para guiar mejor al lector francés sobre la disolución del diptongo “ahu”. Ya usted me dirá si se le ofrece alguna consulta, y gracias otra vez. (Carta de Alfonso Reyes a Valery Larbaud del 7 de mayo de 1929).

En su traducción, Valery Larbaud se alinearé al lado de los ortodoxos.

VII

Alfonso Reyes terminará por titular su libro *Yerbas del Tarahumara* optando por la ortodoxa *h*. El poema se publicaría primero en francés y varios años más tarde en español: *Yerbas del Tarahumara*. La primera edición de este poema, fechado en Buenos Aires en 1929, se hizo el 19 de julio de 1934. Las nueve páginas de que consta la plaqueta “fueron compuestas a mano y tiradas por Francisco A. Colombo, en Buenos Aires, habiéndose tirado la impresión de 300 ejemplares en papel Ingres”. El volumen se presenta en hojas sueltas dentro de una encuadernación en cartón forrada de papel mármol color verde y con una etiqueta manuscrita en el centro, que consigna solamente el título del poema en tinta café sin nombre del autor. El ejemplar que manejamos está dedicado por Alfonso Reyes al poeta argentino Fernández Moreno. Damos cuenta de estos detalles para que no pase con ellos lo que le sucedió —como recuerda Benito María de Moxó en sus *Cartas mejicanas* citadas por Reyes en el poema— a

la abundantísima colección de primorosos diseños y pinturas al natural de mas de mil y doscientas plantas indígenas de este nuevo mundo, ejecutada por nuestro insigne Francisco Hernandez: coleccion en la que, según Acosta, habia espendido Felipe segundo como unos setenta mil ducados: coleccion finalmente que por si sola bastaría para desvanecer la pretendida barbárie que Linneo atribuye á nuestra nacion en punto á Botánica. Unas sospechas muy inciertas é incoherentes, pero adoptadas incautamente por el majistrado, acabaron en poco tiempo con aquel museo; y la coleccion de Hernandez pereció acaso consumida lentamente por el polvo y la polilla en una de nuestras mas insignes bibliotecas; pues tengo motivo para pensar que no es verdad lo que se ha dicho tantas veces, que fue víctima del famoso incendio que hubo en la librería del Escoril en el siglo décimo séptimo.²⁹

VIII

El tema de la sinestesia no podía dejar indiferente a un poeta como Alfonso Reyes. Lo toca no sólo en el poema “Yerbas del Tarahumara”, sino de paso en el discurso pronunciado con motivo de la “Ofrenda al Jardín Botánico de Río de Janeiro”, donde dice:

29 Benito María de Moxó, *Cartas mejicanas. op. cit.*, pp. 5-6.

Un día, para aumentar vuestro fondo de cactáceas, tuve el gusto de traeros, en nombre de la ciencia de mi país, algunas simientes del misterioso *peyotl* o *peyote*, la planta mágica de los indios tarahumaras, cuyas aplicaciones múltiples y portentosas apenas comienzan a estudiarse, y que, produciendo un retardo biológico en el ritmo receptivo del hombre, hace que las ondas sonoras aparezcan —por relatividad— más aceleradas que de ordinario, hasta transformarse en ondas luminosas. Al hombre en delirio de *peyotl*, los sones de la guitarra le producen fantásticas alucinaciones coloridas. La planta del *peyotl*, la planta sagrada del sol —extraño regulador de ese sujeto del verbo “ondular” que llamamos “éter”—, no engendra, según aseguran, hábito ni vicio; es, según dicen, medicina del dolor moral; y espera todavía los resultados de las pruebas a que la sujeta la ciencia brasileña.³⁰

IX

En *Virginia Woolf en su Diario* (Buenos Aires, Ed. Sur, 1954, pp. 64-72), Victoria Ocampo dedica algunas páginas a explorar los paralelos entre “La realidad en Virginia y la mezcalina en Huxley”. La carta que Alfonso Reyes envía a Victoria Ocampo para agradecerle el envío de *Virginia Woolf en su Diario* (8 de julio de 1954) retoma algunos puntos del artículo titulado “La mezcalina” (1956): “Huxley no es más que el último experimentador. La ciencia europea (y la mexicana por descontado) conocen todo eso desde hace mucho tiempo atrás y lo tienen bien estudiado”.³¹

³⁰ “Ofrenda al Jardín Botánico de Ríojaneiro”. *Norte y Sur* en OC t. IX, pp. 89-92

³¹ Alfonso Reyes / Victoria Ocampo, *Cartas echadas. Correspondencias. 1927-1959*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, edición y presentación de Héctor Perea, Serie Correspondencia. Dirección de Difusión Cultural, 1983, pp. 59-60)

X

DE ALFONSO REYES A VALERY LARBAUD^{32*}

Buenos Aires, 7 de mayo de 1929.

Mi querido Valery Larbaud

Su carta de Roma, del 6 de abril, me ha llenado de alegría. Estoy orgulloso de que mi poemita³³ le parezca a Ud. digno de su traducción, y de proponerlo al comité de *Commerce*. Me apresuro a decirle que encuentro de lo más acertado eso de traducir “Simonillo, ocotillo”, etc... por “simonille, ocotille”. Creo que es inútil buscar otra cosa. Estas son yerbas desconocidas en francés, y no creo que tengan otro nombre, fuera del científico. El peyote puede quedar así, el tesguino, acaso “tezguin”. En fin, Ud. sabrá. Como esas palabras andan fuera de las gramáticas, tiene una libertad con ellas. Desde luego, le advierto que aunque yo simplifico la ortografía de taraumara, los ortodoxos mexicanos dicen, mejor dicho escriben, “tarahumara”. Quizá le agrade a Ud. esa “h” para guiar mejor al lector francés sobre la disolución del diptongo “ahu”. Ya usted me dirá si se le ofrece alguna consulta y gracias otra vez. [...]

Alfonso Reyes

DE ALFONSO REYES A VALERY LARBAUD^{34*}

Buenos Aires, 16 junio de 1929.

Monsieur Valery Larbaud

París (o donde se encuentre).

32 Valery Larbaud / Alfonso Reyes, *Correspondance 1923-1952*, introducción y notas de Paulette Patout, París, Centre National de la Recherche Scientifique,

33 Se refiere al poema “Hierbas del Tarahumara”.

34 Valery Larbaud / Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 62-63.

Amigo mío, recordado y querido: su traducción me tiene entusiasmado, y me ha hecho pensar, sobre el arte de traducir, muchas cosas que nunca se me habían ocurrido. Noble ejercicio realmente, y que nos conduce, por quién sabe qué subterráneos caminos, a esa lengua neutra y común que todos hablamos y que se disimula bajo las apariencias del francés, del español, del inglés, etc... En fin: sepa Ud. que estoy muy orgulloso y contento.

En carta anterior le había yo confesado a Ud. que, aunque yo escribo «tarau-mara» (porque una vez puestos a reducir fonemas de una lengua a otra por aproximación, y sobre todo, cuando no hay una verdadera tradición establecida en la materia, prefiero simplificar lo más posible), los sabios de mi tierra escriben «tarahumara», forma que acaso Ud. prefiera en su traducción. Ud. sabrá... “Bravos habitantes”, más que “Honnêtes habitants”, yo creo que es, en nuestro caso, “Fiers” o bien “Hautains”, pero tampoco me opongo a “honnêtes” que me gusta más, y me parece más a tono con el resto del poema.

«La gente, al verlos, gusta aquella desazón tan generosa de otra belleza que la acostumbrada». Es una frase elíptica a la manera de otro siglo, usando el régimen del ‘de’ hoy ya desusado. Para decir lo que yo quiero expresar, habría que poner un circunloquio abominable; algo como esto: «Les gens, à les voir, jouissent de cette malaise si génèreuse qui produit la contemplation d’une beauté différente de celle qui nous est familière.» Yo creo que Ud. puede encontrar la manera de decirlo en menos y más bellas palabras.

Le ruego que cambie en mi original el verso:

«Para que luego el *herbolario* único», por este otro: «Para que luego aquel *herbario* único». Le agradezco a Ud. el haberme llevado la atención sobre un descuido que no fue errata de una máquina, sino mal hábito infantil, adquirido desde la escuela primaria de llamar “herbolarios” a los “herbarios”.

Encuentro a cada rato felices hallazgos de expresión, y singularmente estoy encantado con la traducción de los nombres de las yerbas. La “piloselle” es una delicia y otra “les pousses du pin ocoté”; “l’herbe antidote”, era más difícil de encontrar de lo que parece. Y, en cuanto al “sang-dragon”, es realmente un caso de acierto único. A mí mismo ha venido a aclararme el nombre mexicano de la yerba “sangre de grado”: no es más que una metátesis de “Sangre de drago” y “drago” en la vieja lengua, quiere decir “dragón”.

Así pues, amigo mío, sólo me queda felicitarlo por su trabajo de minuciosa belleza y agradecerle su amistoso interés. [...]

Alfonso Reyes.

XI

INTERPRETACIÓN DEL “PEYOTL”³⁵

El “peyotl”, la hierba sagrada de los tarahumaras, posee, entre otras, la propiedad de transformar los sonidos en visiones, las notas musicales en alucinaciones luminosas. Como la energía del objeto vibratorio se mantiene idéntica, es de suponer que, por relatividad einsteiniana, lo que se modifica es la energía receptiva del sujeto afectado por la droga.³⁶

La física nos hace saber que la materia es de naturaleza eléctrica; que es, como si dijéramos, un amasijo de vibraciones. Considérese, como preliminar, que la onda del agua en que cae la piedra tiene una velocidad o frecuencia de unos seis metros por segundo, en tanto que la onda eléctrica de la radiodifusión ocupa una escala que va de 200 a 2,000 metros en la misma unidad de tiempo.

Si se establece el espectro o graduación creciente de las vibraciones de la materia, se asciende desde la frecuencia menor, que es el sonido, a las ondas de radio, a las hertzianas, a los rayos de la luz infrarroja, al llamado espectro solar que es el campo de la visión humana, a la luz ultravioleta, a los rayos x y Roentgen, a los rayos “gamma” (cuerpos radioactivos), y en fin, a las radiaciones cósmicas que son la última novedad.

El calor resulta una energía relativamente pobre, efecto del desorden entre todos los movimientos moleculares (pues la materia nunca está quieta, sino que vive en continua zarabanda). El olor, o mejor la posible vibración que nuestros sentidos traducen en olor, es todavía asunto discutible. El tacto mismo, el cutáneo y el interior, es como la respuesta a un ventarrón electrónico que nos atraviesa.

El ojo humano sólo capta una estrechísima faja del espectro vibratorio. Es, como decía Helmholtz,³⁷ un aparato óptico muy deficiente. Sólo alcanza a distinguir las estrellas de la 1ª a la 6ª magnitud. Si su energía fuese absorbida por un miligramo de agua, harían falta 2,000 siglos para que la temperatura del agua aumentara en un grado centígrado. Tal vez algunos animales alcanzan a ver vibraciones invisibles

35 *Los trabajos y los días*, en *OC*, t. IX pp. 358-360.

36 El tema de la sinestesia no podía dejar indiferente a un poeta como AR, quien vuelve a él cada que menciona el peyote y la mezcalina. Lo toca también en el poema “Las yerbas del tarahumara”.

37 Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz (1821-1894), fisiólogo y físico alemán, inventó un espejo que permite estudiar la retina en el ojo vivo.

para nosotros. Un jugador de tenis advertía que, siempre que volvía a casa después de agitarse en sus deportes, su gato huía de él espantado, como si lo viera echando llamas. Tampoco podemos enorgullecernos de nuestro oído. Todos saben que hay silbatos de perro, cuyo sonido es insensible para el hombre.

Pues bien, si, bajo el influjo del “peyotl”, los sentidos humanos reciben las vibraciones acústicas con todos los honores que, en estado normal, sólo se conceden a las luminosas, será porque el aparato humano ha obrado como el “lentizador” del cinematógrafo, en proporción inversa. Para retratar la trayectoria de una bala, la cámara trabaja con velocidad vertiginosa. Para darnos en unos segundos el crecimiento de una planta, lo que dura varios meses, la cámara opera con lentitud exasperante. Pues de modo parecido para que la vibración acústica media —que empieza a ser perceptible a los 200 metros por segundo— afecte nuestra biología como vibración luminosa —lo que está algo más arriba de los 300 billones de metros por segundo— será que nuestra biología retarda en la misma proporción.

Nótese que ya la música eléctrica admite aparatos en que la emisión luminosa se traduce en sonido —fenómeno inverso al del “peyotl”—, mediante un sistema que consta de una lámpara más una rueda dentada que la intercepta, más una célula fotoeléctrica o ampolleta de vacío con capa de potasio al fondo, más un contacto entre ésta y un bloque de pilas, y al cabo, un audífono. Que tal es el principio de la radioemisión.

Claro que la psicobiología puede oponernos como mejor explicación la mera confusión o contaminación entre los conductos sensoriales, la cual crea los fenómenos llamados de sinestesia, de que los poetas sacan tanto partido (“el tañido rojo del clarín”), y que algunos explican de modo materialista, y otros, por una trabazón de orden espiritual, semejante al recuerdo.

La interpretación que aquí sugerimos bien pudiera ser un dislate. Bien pudiera ser sólo una parte de la verdad.

La arriesgamos como mera hipótesis tentativa, para que la despedacen los especialistas.

Cadena “Anta”, México, 1-1944.

XII

Muchos años después de escrito el poema “Yerbas del Tarahumara”, Alfonso Reyes, al leer el libro recién publicado de Antonin Artaud en 1945, dejará constancia de un breve contacto epistolar con el atormentado autor. El artículo, inédito

en vida de Reyes, que recoge esas cartas concluye advirtiendo que no se juega con los dioses. La correspondencia sería publicada en la *Revista de la Universidad de México* por Alicia Reyes en 1992 y debe añadirse a los testimonios de Luis Cardoza y Aragón, Elías Nandino, José Gorostiza y Octavio Paz que recoge Fabienne Bradu en su edición de la correspondencia intercambiada entre Luis Cardoza y Aragón y Paule Thèvenin, la devota editora y amiga de Antonin Artaud.³⁸

XIII

ARTAUD

NO SE JUEGA INFAMEMENTE CON LOS DIOS³⁹

Por Alfonso Reyes

Acaba de publicarse con lujo de estruendo el libro del infortunado Antonin Artaud, *Les Tarahumaras* (L'Arbalette, Decines, Isère). Posible es que la obra consagrada al *peyotl* por el Dr. Rouhier, y aun mi poema *Yerbas del Tarahumara*, publicado por la revista *Commerce*, en traducción francesa de Valery Larbaud (París, verano de 1929), hayan movido la curiosidad de Antonin Artaud.

El libro es una falsificación poemática y pseudo-mística en torno a la magia del *peyotl*. Pero ya sabemos que la verdad poética es otra especie de verdad y, como varios lo hemos dicho ya por allí, se reduce a sacar conejos del sombrero o a pedirle peras al olmo con éxito.

En esta obra se recogen cartas, o fragmentos de cartas de Artaud a varios amigos: a Balthus, al Dr. Allendy, a René Thomas, Marc Bauhezat, a Henri Parisot y a Jean-Luis Barrault. Por cierto que éste ha tomado tan en serio las fantasías retóricas de Artaud que, según me dijo durante una reciente temporada en México, se propone volver a nuestro país para conocer de cerca los misterios de los Tarahumaras. Yo le contesté con la frase que se atribuye al moribundo Émile Faguet, cuando un sacerdote quiso confesarlo y recordarle que iba a comparecer en la presencia de Dios: “¡Qué decepción va a llevarse el pobre!”

Revuelvo mi archivo. Poseo documentos sobre el viaje a México de Antonin Artaud. En París, a 4 de octubre de 1935, me dirigió una carta al Brasil en que

³⁸ Fabienne Bradu, *Artaud, todavía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

³⁹ *Revista Universidad de México*, México, Núm. 497, Junio de 1992, pp. 6-7.

me anunciaba su proyectado viaje y, por indicación de Jean Paulhan y Benjamin Crémieux, me pedía algunas orientaciones. Yo vertí lo esencial de esta carta en la siguiente que se explica sola y tiene el valor de una preparación de artillería. El 4 de febrero del siguiente año, a bordo del Siboney, Artaud me escribe nuevamente a Río de Janeiro (traduzco):

En octubre último le escribí a usted para hablarle de mi posible viaje a México, y usted tuvo la amabilidad de decirme en su respuesta que ya preparaba usted el terreno. Hoy el viaje es ya un hecho. El viernes 7 de febrero en curso llegaré a México. Usted ha comprendido que mi propósito es manifestar de un modo concreto, inmediatamente asimilable, ciertas ideas que figuran en un estado mítico en algún estudio mío como *El Teatro y la Peste*. Usted habrá visto que cierta zona de la inteligencia francesa, la más joven y a la vez la más desesperada —pero sólo los muertos lo desesperan ya— tiene los ojos vueltos hacia México. Hoy por hoy una sola corriente agita al mundo y la fuente mágica brota en la tierra a la que yo he deseado ir y adonde llegaré en un par de días. Me figuro, señor Embajador, que puedo contar con usted para facilitarme la tremenda tarea que emprendo, y en esta confianza, le saludo devotamente. Mi dirección: Embajada de Francia en México.

Nueva carta que también traduzco, de México a Río de Janeiro, 16 de abril de 1936:

Me autorizó usted a hablarle con toda franqueza. Más aún: me invitó usted a hacerlo.

Visitó al señor Ceniceros, y en él he encontrado algo más que un amigo: un verdadero aliado. Gracias a él he dado tres conferencias en la Universidad de México. He dicho lo que tenía que decir.

Daré otra nueva y breve conferencia en la *Lear*, sobre la *Revolución Universal* y el *Problema Moderno*. Diré cuanto me propongo, respecto a la absoluta necesidad en que está México de romper con todas las formas de la civilización europea, industrialismo, maquinismo, marxismo, capitalismo y esa terrible forma del capitalismo eterno que es el capitalismo de la conciencia humana, la capitalización de los conceptos y de los datos surgidos del espíritu dualista de Descartes y que han aniquilado el espíritu de la vida. Todo esto me propongo decir.

Ya mis ideas, no bien comprendidas mientras hablé en francés, parecen irse abriendo paso en cuanto di con traductores inteligentes. Gracias a ellos, todas mis conferencias se publicarán en *El Nacional*.

Para coronar mi trabajo, he pedido al señor Ceniceros una “Misión”: me basta una sencilla comisión de escritor, de artista. Quiero enfrentarme con razas puras, que quedan tan pocas. Quiero estudiar los ritos, las danzas de los indios. No sacaré de aquí un mero libro de descripciones. Yo creo en una fuerza mágica, de que estos ritos son algo más que la mera transcripción alegórica. Esta fuerza se viene perdiendo desde que se persiguen y prohíben estos ritos so color de acabar con las supersticiones. Pero hay más superstición en la Ciencia Moderna que en los ritos de los indios. Las fiestas cívicas con que México quiere reemplazar tales ritos y que artistas y escenificadores copian las manías estéticas de Europa, operan bajo el impulso de una inspiración individual e incoherente y no logran, a mi modo de ver, más que crear un verdadero estado de anarquía. Para mí, naturaleza, mundo, humanidad debieran recuperar su unidad. Hay leyes, hay una necesidad cósmica de que las danzas y fiestas indias sean una manifestación. En suma, he pedido una Misión para ir en busca de la fuerza antigua y caracterizarla.

He recogido informes privados. Sé adónde tengo que ir. No traeré de allá un libro de arte, sino en suma un libro de teoremas. Y la lengua, vibrando según el estímulo de esta fuerza tratará de expresar sus leyes. Es cosa que puede hacerse, no es una utopía. El Gobierno Mexicano ha consentido en facilitar esta misión. Espera mi libro y me concede libre transporte en todos los ferrocarriles. Los gobernadores locales me darán su apoyo, me llevarán aquí y allá. Pero, para lo demás, tanto el Gobierno de México como el de Francia dicen no tener dinero. Yo he venido aquí sin un centavo, decidido a arriesgarlo todo por tal de encontrar lo que busco. Pero necesito economizar mis fuerzas y no desfallecer en el camino. Necesito encontrar algunos recursos, lo indispensable para sostener la jornada. La suma no ha de ser enorme y he de juntarla antes de emprender el viaje. Pero juntar dinero para una idea metafísica puede parecer en esta época una locura. Y es fuerza que esta locura se realice. Deben aún quedar por allí algunos comerciantes, coleccionistas, aficionados al arte capaces de sacrificar una suma por una idea. Para partir de México, la ciudad, y discurrir por el norte del país durante tres meses ya usted comprende lo que hace falta. Se obtienen más fondos para los arqueólogos, que en saber explicar, situar, *fortificar* lo que se encuentra, porque son sabios. Esta vez, un poeta se ofrece a encontrar algo objetivo, a enlazar sintéticamente los datos plásticos como forma y fuerza de la vida. Creo, Alfonso, que si usted se lo propone puede usted encontrar esto. Usted ha de saber a quién se puede acudir en México o en el Brasil.

No me diga usted que la poesía a nadie le interesa. Hay una manera de presentar a los ricos los objetivos verdaderos, humanos, científicos de la poesía.

Quiero reconciliarlos con la poesía. Hacer de ella una fuerza activa, concreta, asimilable a todos los hombres, una fuerza de curación.

Todavía quedan en el mundo los secretos de la curación. Para la curación bastan las fuerzas puras, las del espíritu primitivo, de frente generatriz. En ello anhelo trabajar, y descubrir el secreto de aquellas culturas. Estoy ya con el pie en el estribo. Espero el último empujón.

Toda mi gratitud y mis disculpas. Saludos, etc.

Infortunado. Algunas de sus páginas fueron escritas en el asilo de Rodes Ivry-sur-Seine en 1947. Allí confiesa sus delirios. El *Tutuguri*⁴⁰ está firmado el 16 de febrero de 1948. No se juega infamemente con los dioses.

⁴⁰ Alusión directa de Alfonso Reyes al texto de Artaud. *La danza del Tutuguri*, se encuentra incluido en el libro de Antonin Artaud: *Pour en finir avec le jugement de Dieu*. Tutuguri: es el rito del sol negro.

EL EROTISMO DE ALFONSO REYES

Édgar Valencia

*Sí, escribo sobre del erotismo “de” Alfonso Reyes, no “en”; creo que la preposición es necesaria en este caso para referirme a la persona, más que a la obra, aunque no podamos discernir una de otra y su vida esté fundida, básicamente, en los más de 25 tomos de sus interminables obras completas. Por eso creo posible hablar “de” su lado licencioso, porque también lo que se omite es revelador de lo que se quiere decir. Además uso la preposición para distinguir este texto de una breve antología que realizó en 1991 Eloy Garza González que, con su excelente prólogo, publicó el Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y se titula justo *El erotismo en Alfonso Reyes*.*

Ese lado no tan diestro no ha sido destacado sino por unos cuantos lectores de Reyes. La magnitud de su obra hace sombra hasta a sus textos más divertidos. José Emilio Pacheco mencionó en un homenaje por su aniversario luctuoso en 2009 que: “El erotismo es uno de los temas menos estudiados de la poesía de Reyes. Un autor que no tiene ni aliados ni continuadores.”⁴¹ Octavio Paz mencionaba que

En la obra de Reyes el erotismo —en el sentido moderno del término— aparece siempre velado. La ironía modera el alarido; la sensualidad dulcifica el gesto terrible de la boca; la ternura transforma la garra en caricia. El amor es batalla, no carnicería. Reyes no niega la omnipotencia del deseo, pero —sin

⁴¹ “La obra política de Alfonso Reyes no tiene aliados ni continuadores: JEP”, *La Jornada*, 23 de julio 2009.

cerrar los ojos ante la naturaleza contradictoria del placer— busca de nuevo un equilibrio.⁴²

¿A qué se refieren entonces con *erotismo* Garza González, Pacheco y Paz? Cada uno a su tema: Pacheco a la poesía; Paz a la obra en general, a manera de nota necrológica; y Garza González a una serie de textos que dejó inéditos su autor en tres gavetas llamadas *Anecdotario*. Ahí existe una sección titulada “El licencioso” que fue primero recogida en la *Revista Mexicana de Literatura*, en 1962, después en la antología del Sindicato ya citada y posteriormente en el tomo XXIII de sus *Obras completas*. No son los únicos textos de este calibre erótico, pero sí los más conocidos y agrupados de manera individual.

Para iniciar el recorrido quisiera comenzar por el final. Un año antes de morir, en 1958, Reyes dedicó una nota a Armando Jiménez para su popular libro *Picardía mexicana*. Esta publicación contenía letreros de camiones como: “Señorita: pida su parada, el chofer se la dará con gusto”, “Señorita: si usted lo desea el chofer le dará bajada por delante”, versos de la lotería: “Siéntese usted, le suplico,/ donde descansa EL PERICO”, adivinanzas como “¿en qué se parece un ferrocarril al limón? / En que el ferrocarril tiene pito, y el limón, zumo”; o idiotismos como:

¿Qué no bisontes aquella murciélaga que estaba paradolina en la Portes Gil de la cantimplora?

—Simón Simondor, yo ya me la tirantes y te la recomendaciones porque está Bonifacia Benavides.

En el marco de estos y otros rasgos de la radiografía de nuestra lengua al uso, don Alfonso escribió a manera de prólogo el siguiente párrafo:

Todos los mexicanos hemos soñado, en cierto momento, escribir un libro como éste, y aun dimos los primeros pasos hacia esa meta; pero tropezamos en el camino con obstáculos casi insalvables, que impidieron su realización. *Picardía mexicana* tendrá gran importancia y su valor irá aumentando a través de los años⁴³.

42 Octavio Paz, “Alfonso Reyes, el jinete del aire”, en *Puertas al campo*, México, UNAM, 1966, p. 60.

43 Reyes, Alfonso. “Prólogo”. *Picardía Mexicana*. México: B. Costa Amic, 1977, v.

Su texto fue profético pues el libro alcanzaría más de 140 ediciones y superaría la venta de cuatro millones de ejemplares. Pero, ¿don Alfonso soñó e intentó hacer algo semejante, como lo confesó en su prólogo? Muchos de sus textos recopilados en “El licencioso y otras páginas”, manifiestan que hizo un intento por recopilar anécdotas pícaras y chistes verdes justo en los años en que firmó el texto de la *Picardía*, pues se encuentran fechados entre 1957 y 1959, sin contar algunas tímidas referencias desperdigadas en toda su obra. Cómo tomar entonces lo dicho por Octavio Paz: ¿ironía, sensualidad, ternura?

La historia de la literatura erótica cultivada al margen de la “gran obra” por autores desde el Siglo de Oro hasta el siglo XVIII con Moratín y su *Arte de las putas*, o Félix María de Samaniego con *El jardín de Venus*, nos muestra una tendencia que el propio don Alfonso conocía, pero que llegó a cultivar o a llamar su atención hasta llegar al ocaso de sus años. ¿Qué pasó en su juventud?

Vayamos por el principio. Antes de partir a España, justo en plena Revolución, Reyes se casa con Manuela Mota en 1911. Un año después nace su único hijo. Son conocidas las condiciones que le puso a su esposa: “que le diera un hijo más alto que él, y que le alcanzara los libros que se encontraban en lo alto de sus estantes.”⁴⁴ No sobra decir que ambas tareas las cumplió Manuelita con sobrada soltura. Es muy escuchado el lugar común que dice: “detrás de todo gran hombre hay una gran mujer”, y pensar en la actividad literaria de Alfonso Reyes sin la ayuda de su esposa sería cometer una tremenda injusticia. En “Diálogo de los libros” del epistolario entre Julio Torri y Reyes, Alfonso comenta: “Mi hijo hoy mismo cumple cuatro años. Manuela me corrige pruebas, coteja ediciones viejas y escribe mis crónicas del domingo. ¡Nuestras santas mujeres!”⁴⁵ No quiere decir esto que algunos textos de Reyes sean apócrifos, hechos a cuatro manos junto con Manuelita, sino que ella transcribía a máquina lo ya hecho a mano por su marido. De alguna manera se apoyaban en el único trabajo que en esos años los mantenía a flote económicamente.

Por mucho tiempo, el erotismo de Alfonso Reyes estuvo reservado a ámbitos que desconocemos; quiero decir, no estaba presente en su escritura en ese momento. Lo registraba todo, lo anotaba todo, pero su vida íntima quedaba vedada. Sus conversaciones en los años parisinos debieron ser monotemáticas, pues ya Pedro Henríquez Ureña le escribe a la capital francesa, y le reclama su ostracismo:

44 Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, FCE, México, 2000, p. 54.

45 Torri, Julio. *Epistolarios*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1995, p. 76.

Es indispensable que “vivas en la calle”. ¿Por qué no me escribes de lo que ves y oyes? ¿Por qué me hablas de Fitzmaurice Kelly y no de Boticelli o de Perugia? ¿Por qué de ediciones de Flaubert y no representaciones de Molière? ¿Por qué de Eduardo Pallares y no de Beethoven? [...] ¿Por qué no sales de noche —¡en París! Y todas tus cartas dicen: “anoche vino Diego...”; “acaba de llegar el barón...”; “¡VI a Ángel...?”⁴⁶

Se encontraba recluido en el “centro matemático de sí mismo”, en medio del bulli-cio juvenil y artístico de la capital francesa. Los desplantes amorosos le llamaron la atención lo suficiente como para registrarlos hasta su estancia en Brasil, como anota en este fragmento:

Una de las superioridades fundamentales de la vida europea sobre la americana es que, En Europa, de modo general, se disfruta de la mujer amada en todo lugar y a la luz del día, en comunión con todo el ambiente, mientras por acá el amor discurre en cuarto cerrado y a hora fija. Tratándose especialmente del Brasil, esta desvinculación entre el paisaje y el amor resulta realmente una exigencia contra natura, y de hecho la gente brasileña se permite —y hace bien— ciertas libertades en los paseos, las playas, los lugares públicos, los autos.⁴⁷

Este fragmento fue publicado en *Vida y ficción*, y quiero remitirme a este libro póstumo ¿Qué podemos pensar de los textos que ahí aparecen? ¿Cuentos, confesiones tardías, ensayos de imaginación? Me llama la atención que ese libro se comenzó a escribir en Brasil, y ahí surgió —como por arte de la selva y la abundancia— el registro de sus textos “picantes”, por usar algún sinónimo. Destaco de ahí “Análisis de una pasión”, que cuenta cómo el protagonista analiza las relaciones interpersonales en Brasil para pasar a contar la historia de Cecilia; un relato a manera de diario, donde el protagonista tiene una amante con un final de separación no muy afortunado. El narrador anota algo que llama mucho la atención y que no me atrevo a trasladar a la vida del autor, pero es un párrafo destacado: “Estas experiencias proceden, para mí, de intentos amorosos. Tengo que ser completamente sincero, si es que este diario ha de tener alguna utilidad

46 Carta del 22 de junio de 1914, *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*, José Luis Martínez (comp.), México, FCE, 1986, p. 367.

47 “Análisis de una pasión”, *Vida y ficción, Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, p. 56.

para mí mismo o los que lo lean a mi muerte”.⁴⁸ El efecto de pensar que Alfonso Reyes nos está contando intimidades que permanecieron inéditas hasta después de su fallecimiento es muy atractivo para los lectores. Continuemos leyendo la confesión del protagonista:

Cecilia no me deja llegar hasta ella, aunque todo el día parece provocarme, no sólo con sus gracias y prendas, sino también con el tacto y las miradas, y aun con la sensualidad espontánea (¿inconsciente?) de sus maneras. Pero no me deja llegar hasta ella, cuando me adelanto hacia el terreno sagrado, me ataja con una observación visual. Todo el día la estudio y trato de entenderla. Debo estar muy apasionado si, como supongo, el amor humano y el amor divino consisten igualmente en una larga meditación para captar al objeto amado.⁴⁹

Sus escauceos amorosos se ven frustrados y los registra en un diario que va dando cuenta de los palmos de narices que se lleva en sus lances, sin embargo, le hierve la sangre en lo que identifica como pura provocación pues las actitudes esquivas de Cecilia van mezcladas: “con un exhibicionismo innegable: el maillot de baño que casi deja escapar el botón del seno, los short de playa que permiten admirar muchas de sus opulencias secretas, y hasta el modo de mirar a los hombres, tan fijamente que encandila”.⁵⁰

En su estancia como embajador en Brasil, entre 1930 y 1936, conoció don Alfonso a la poeta Cecilia Meireles, apenas diez años menor que él, a quien ayudó en varias empresas literarias. Ambos se siguieron escribiendo hasta 1940, fecha de este diario acaso apócrifo.⁵¹ Ella estuvo soltera durante ese último lapso, pues enviudó en 1935 y se volvió a casar hasta 1940. Las fechas del diario coinciden parcialmente con una estancia de seis meses que tuvo Reyes en Brasil para negociar a los primeros compradores de petróleo mexicano luego de la expropiación de Cárdenas. Brasil fue el primer comprador, y Reyes radicó allá de junio de 1938 a enero de 1939, solo, su esposa permaneció en México para el nacimiento de su primera nieta y lo alcanzaría posteriormente en Nueva York.⁵² De hecho,

48 *Ibid.*, p. 53.

49 *Ibid.* pp. 53-54.

50 *Ibid.* p. 58.

51 Fred P. Ellison, “Los amigos brasileños de Alfonso Reyes”, en James Willis Robb (prol. y comp.), *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, vol. III, México, El Colegio Nacional, pp. 776-786.

52 Fernando Curiel, *El cielo no se abre, semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, UNAM,

durante parte de la primera estancia brasileña, don Alfonso permanecía solo por largas temporadas, su hijo estudiaba en Argentina y su esposa podía mantener prolongados viajes para atender los intereses de la familia. La amistad de Reyes con Cecilia Meireles se hizo profunda y amplia en la correspondencia y en una visita que ella hizo a México de paso a Estados Unidos.⁵³ Jorge Ruedas de la Serna destaca durante la primer estancia brasileña la fascinación de don Alfonso por la esposa del embajador de Rumania, Mme. Barcinau, así como varios renglones tachados de su diario, donde se permite muy pocas confidencias. Aparece una Marlén, y confiesa el 23 de diciembre de 1936: “Noche, una de las más tristes de mi vida. Noche de soledad, de rumia de recuerdos, de saldos con la conciencia, de verdades crudas, de sentimiento muy hondo de la vanidad de las cosas, de asco muy grande contra la propia pasión de que soy juguete. Total: lágrimas y duda. El cielo no se abre”. Son esporádicos, pero únicos, esos apuntes de soledad que contrastan con su rostro jovial y sonriente que aparece en todos sus retratos. En diciembre de 1935, anota que lleva algunos días visitando la playa para nadar: “buen ánimo. Sobre el fondo de irremediable melancolía que es mi vida, y que nadie conoce”.

El diario del relato comienza en junio, pero de 1940. Anota: “Ha comenzado a ser mi amante, y no puedo decir que me desilusione. Al contrario. Tiene el cuerpo más agradecido que he tratado en mis experiencias. Pero, en cuanto acabamos con aquello —como yo me lo sospechaba— es inútil querer rumiarlo, recordarlo, delectarse morosamente haciendo alusiones. Nada, nada. Cae el telón. A otra cosa. Se vuelve a la vida convencional, social, insípida, seca, frígida.”⁵⁴ Justo esa anécdota es la que cita en “El licenciado”, la del portugués del abanico: una vieja historia que corría de boca en boca sobre un portugués que, al llegar a Río de Janeiro y sentirse abrasado por el calor, compra un abanico; pero para no gastarlo, en lugar de agitarlo enfrente de su rostro hace la maniobra inversa y mueve la cabeza frente al abanico. Don Alfonso cita entonces: “Era una jovencita carioca, nueva en lances amorosos. Por discreción callo su nombre. Su amante se la echó encima y quiso hacerle así el amor. ‘Ahora muévete tú’, le dijo. Ella lo intentó en vano. ‘No puedo —contestó—. Me siento como el portugués del abanico.’”⁵⁵ Al

El Colegio Nacional, 1995, p. 205.

53 Jorge Ruedas de la Serna registra que existen 16 cartas que ella remite. Véase Alfonso Reyes, *Diario. 1930-1936*, t. III, México, FCE, 2011.

54 “Análisis de una pasión”, *Vida y ficción, Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, p. 59.

55 “El licenciado”, *Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, p. 557.

parecer esto ya le había sucedido, o le habían contado a don Alfonso, pues en la historia de Cecilia, comenta:

no pierde el sentido del humorismo ni a la hora del éxtasis. Si se me ocurre quedarme inmóvil y hacerla trabajar por mí, me dice de repente:

—¡Pero estoy como el portugués del cuento, que movía la cara y mantenía inmóvil el abanico, para no gastarlo!

Lo cual ciertamente es muy gracioso, pero más que inoportuno.⁵⁶

Coincidencias, anécdotas, romances. La etapa brasileña de Alfonso Reyes le dejó varias historias de contenido reservado que tamizaba a través de su intelecto y sus referencias literarias. De su estancia en Brasil, y para la carpeta de “El licencioso”, quedan estas líneas:

Por 1933 contraí en el Brasil una tremenda urticaria. El padecimiento fue a dar a donde menos debía, o para decirlo con el romance viejo del rey don Rodrigo, el que perdió a España por su desordenado amor a la Cava, yo también hubiera podido exclamar:

Ya me comen, ya me comen

Por do más pecado había.

El miembro se me hinchó y creció como una trompa de elefante, y el picor, ardiente e insoportable, me causaba durante las noches un verdadero frenesí.

Puse tristemente mi aparato en manos del facultativo, y

—Doctor —le dije—, quítele la comezón y déjele la dimensión...

Ya se ve, es demasiado pedir.⁵⁷

Después de su estancia brasileña contaba a Pedro Henríquez Ureña que le fue ofrecida una estancia en un instituto en la Universidad de Texas en Austin, quizás de esa época provenga este sueño que registra en “El licencioso”:

1) Hace años, conocí a una mujer que, mal conducida, apenas aprendió conmigo a relacionar con la emoción sexual la emoción de la caricia en los senos.

2) Después, me sucedió pasar un par de días en la Universidad de Texas (Austin) donde admiré la linda población femenina de muchachas que pasea-

⁵⁶ “Análisis de una pasión”, *Vida y ficción, Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, pp. 60-61.

⁵⁷ “El licencioso”, *Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, p. 556.

ban y jugaban en el campus. “Yo no quisiera quedarme aquí de profesor —dije a los que me invitaban—, sino retroceder en años y quedarme aquí entre los chicos que andan por ahí divirtiéndose con las chicas”.

[...]

5) Creo que de todo ello resultó mi singularísimo sueño de la otra madrugada: yo me encontraba en una universidad de los Estados Unidos, donde las muchachas iban a presentar no sé qué espectáculo teatral. Les faltaba sex-appeal. Para remediarlo, me nombraron especialista en erección de senos, y yo las iba tratando y disponiendo al casi con algunas adecuadas caricias. No era para nada un sueño erótico, no. La cosa era puramente artística y cerebral. “Esa ya está muy bien —me decía la profesora—, ya tiene los senos muy erectos. Pase usted a la siguiente...”⁵⁸

Este recorrido por el lado amoroso, acaso ilícito, de don Alfonso, nos retrata los recuerdos de un hombre al borde de su ocaso rememorando sus crisis de los cuarenta. Repito de nuevo la pregunta del inicio: ¿ironía, sensualidad, ternura? No me atrevo a resumir su trayectoria con algún adjetivo que ahora veo totalmente incompleto. Quizás prefiero cerrar con el consejo que él mismo le dio a Salvador Novo, en respuesta a su soneto de fin de año, escrito un mes antes de morir: “Huye del combate cuando estés inerme / y da un poco de paz a los cojones.”

⁵⁸ “Un sueño”, *Obras completas*, t. XXIII, México, FCE, p. 555.

REYES, POR AMÉRICA (Y A PESAR DE ELLA)

Javier Ahumada Aguirre

I

Al hablar de la descomunal e irrepetible obra literaria de Alfonso Reyes es ineludible mencionar la pluralidad temática que éste cultivó. Y dentro de ese rubro, es también obligatorio aludir a algunos cuantos tópicos que se repiten, profundizan y adquieren incluso un “matiz alfonsino” a lo largo de las legiones de páginas que completan la obra de ese auténtico polígrafo. Es así, por ejemplo, que hoy podemos decir que la exégesis del pensamiento presocrático enfocada en cómo éste incidió en la acuñación del concepto de “razón”, es un tema típico de Alfonso Reyes; y lo mismo vale, me parece, para Goethe, Góngora, Hegel, y sus contemporáneos Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña.

Sin embargo; junto o por encima de todos éste, juzgo que hay otro tema distintivamente alfonsino, uno que sobresale porque ya en ciertos círculos parece cosa de un pasado muy remoto: me refiero a la identidad americana; me refiero a esos diversos textos de Reyes en los que analiza la “condición americana” a la luz tanto de las diferencias histórico-culturales que entorpecen el diálogo entre Europa e Hispanoamérica, como de su propia condición de escritor allende las fronteras continentales; me refiero a esas páginas en las que Reyes dejó testimonio de una lúcida valoración de los valores estéticos, literarios, americanos vistos desde latitudes extranjeras.

Siguiendo ese camino, creo que vale la pena detenernos unos minutos para reflexionar sobre qué tan vigente sigue (qué tanto ha avanzado, o se ha estancado en el tiempo) la concepción alfonsina de la realidad americana.

II

En primer lugar es preciso notar que sobresale una preocupación histórica y cultural sobre un punto en particular, que bien puede considerarse el nudo de todas las reflexiones alfonsinas sobre el continente, y que Víctor Díaz Arciniega ha rastreado en una carta que en 1930 Reyes le escribió a su amigo Max Daireaux; allí le dice: “sé que exagero, pero quiero decir que nos falta [a nosotros los americanos] lo único que puede engendrar tradiciones: la representación moral del mundo”. Un comentario me gustaría agregar aquí: esta misma preocupación por la carencia de una autoridad moral americana, con la cual mirarse y mirar al mundo, es una idea que asimismo encontramos 52 años después en *La soledad de América Latina*, el célebre discurso que García Márquez pronunció a invitación de los reyes de Suecia.

De lo anterior, también se desprende que Reyes no ahonda en la reflexión puramente filosófica sobre nuestros países y continente, sino que busca antes que nada un análisis histórico de nuestra cultura. Por eso, para él, el actor principal en la vida de América es la inteligencia, que se manifiesta en dos aspectos: la literatura y la política. Y en ese tenor, Reyes suele poner los puntos sobre las íes cuando señala que en este nuevo mundo, a partir del terremoto de independencias que tocó a Hispanoamérica iniciando el siglo XIX, en la carrera de la inteligencia, la literatura se le ha adelantado a la política: aquella ha propuesto ideales que ésta ha forjado con tropiezos y retardos. Por eso, en América el escritor se divide entre su creación artística y las tareas que le exige el servicio público que desempeña, pues la primera alimenta a las segundas.

Es por eso que Reyes no se cansa de pedir que la inteligencia americana actúe en aras de la unificación cultural mediante empresas cosmopolitas que permitan la circulación del hombre dentro del mundo humano, y no de empresas imperiales que sólo busquen gobernar por gobernar. A través de sus ojos americanos que la vida llevó a Madrid y París, el regiomontano nos dice que sólo en un ambiente de unidad americana puede crecer el espíritu de fraternidad histórica, cuya expresión más acendrada es la cultura, en ésta descansa la tradición americana, en ésta vive la continuidad de un tiempo pretérito que en realidad es nuestro mismo presente con sólo algunas leves modificaciones. Así, en su *Atenea Política* de 1944, dice: “El aprovechamiento de una tradición no significa un paso atrás, sino un paso adelante, a condición de que sea un paso orientado en una línea maestra y no al azar”⁵⁹: juicio rotundo bajo el cual tal vez se oculte una tácita descalificación de

59 Reyes, Alfonso. *Obras completas*, vol. XI. México: Fondo de Cultura Económica, 1997, 195.

las muchísimas obras hispanoamericanas que a principios del siglo xx se dedicaron a exaltar la vida agreste en la sierra o el campo o la pampa, o en el que tal vez refiera a la amorosa literatura indigenista, cuyo afán por hacer un retrato exótico no ha perdurado en la historia de nuestras letras con ninguna obra maestra. De esta forma, siendo un hombre de letras en todos los sentidos posibles, Reyes siguió el anterior planteamiento sobre todo en el ámbito de la creación y de la crítica literaria, y en su revelador “Fragmento sobre la interpretación social de las letras americanas”, de 1951, opinó:

la verdadera historia literaria de nuestros pueblos queda un poco más vinculada con su historia política y social de lo que ha podido acontecer en pueblos más viejos (aunque tampoco allá se desata ese cordón umbilical), donde las artes de la cultura se han construido ya casa propia y ejercen una función más respetada en sí misma, sin que se les exija el deber público inmediato, imperioso. Allá, vinculación conceptual; acá, humana⁶⁰.

Veinte años median entre esta última cita de Reyes y la carta a Daireaux que mencioné líneas atrás; veinte años que no parecen verse reflejados en el discurso alfonsino. ¿Se debe esto a un estancamiento intelectual de don Alfonso, o simplemente al triste hecho de que las circunstancias americanas no se modificaron en casi nada durante esas dos décadas? Esta última opción parece la más adecuada, sobre todo si tenemos en cuenta que aún hoy en día la desconexión entre México y el resto de las naciones americanas sigue siendo un defecto lacerante, que impide que nosotros, ciudadanos del país hispanohablante más grande del orbe, podamos reconocernos en la mitología, la historia, la literatura y aun en la cosmovisión del resto del continente.

Por ende, no es falaz afirmar que una de las misiones en las que consciente o inconscientemente se empeñó esta vertiente de la obra alfonsina fue la incorporación de América en la Historia con hache mayúscula, para darle así al continente una especie de misión salvadora y una tarea de continuidad intelectual: la vinculación de América a uno de los problemas del mundo actual: el hombre mismo y la cultura.

Habiendo dicho lo anterior, en lo subsiguiente me gustaría ceñirme, en primer lugar, a la labor unificadora que llevó a cabo Alfonso Reyes como peregrino

60 Reyes, Alfonso. *Obras Completas*: xxII. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. 156-157.

fuera de su patria, estableciendo lazos entre la literatura mexicana y diversas otras literaturas del continente y, en segundo lugar, centrarme en la perspectiva de éste sobre la cambiante relación de América con Europa y de México con los Estados Unidos; para, por último, proponer siquiera una mínima conclusión del pensamiento alfonsino en estos temas.

III

En un reciente artículo publicado en la revista *Proceso*, José Emilio Pacheco ha argumentado que, con su correo literario *Monterrey*, editado por él mismo durante sus años alejado de México, Alfonso Reyes se adelantó a la hoy omnipresente tendencia a tener un *blog* literario, un espacio a la vez público y privado en el que la creación de la palabra y la libre disquisición conviven yuxtapuestas. Dice Pacheco:

En sí misma la función diplomática de Reyes no era un lecho de rosas. El sur de América miraba a Inglaterra, antes de que tras su victoria en la Segunda Guerra Mundial paradójicamente se desmoronara el imperio británico, y no tenía el menor interés en México, un país del norte, aislado de las otras naciones de su cultura por los océanos, los ríos, las selvas y las montañas [...] La presencia de Reyes convenció hasta a los más escépticos de que había otro México distinto al país de la auténtica muerte sin fin, el baño de sangre que manchaba a la prensa del mundo entero. Reyes contribuyó, gracias a las relaciones establecidas durante su exilio, a que muchas editoriales españolas se trasladaran a México y a Buenos Aires. Se creó una poderosa industria del libro que trabajó en acuerdo tácito con la mexicana [...] Han pasado demasiados años. Es imposible que todo en *Monterrey* se conservara fresco como el primer día. Muchos de los libros y autores que menciona siguieron el camino inevitable de la desintegración y ya no interesan a nadie, sin embargo hay gran cantidad de cosas que no han cambiado. Por ejemplo el hecho de que 99% de las citas españolas en un libro extranjero siempre salgan equivocadas, o bien de que sólo interese la literatura iberoamericana que sea 'pintoresca'. De *Monterrey* queda también la idea, originada en José Enrique Rodó, de que todas estas Américas tan distintas y aun tan opuestas forman una sola nación cultural. Y sobrevive en el libro, en la revista, en el salón, el periódico o en el blog, la prosa de Alfonso Reyes, hoy como entonces modelo inalcanzable de naturalidad, velocidad, armonía, precisión.

En otras palabras, de acuerdo con el autor de *Las batallas en el desierto*, se puede decir que el correo literario de Reyes fungió como un puente entre México y el mundo, en un momento en que el que la parte más visible de la literatura mexicana se esforzaba en agotar todas las variaciones posibles del tema de la Revolución y en ignorar la poca literatura que hoy sí recordamos como innovadora o punto de partida para las letras posteriores.

Así, dice Alfonso Reyes en una carta con la que en 1932 le responde a Héctor Pérez Martínez, quien antes, mediante una nota periodística, lo había acusado de una “evidente desvinculación de México”:

en *Monterrey* me he impuesto la regla de estar siempre llamando la atención sobre las publicaciones mexicanas, por oscuras que fueren. He hecho ya un buen centenar de reseñas, sin que a veces me arredrara la aridez del asunto, ante la complacencia de cumplir el deber libremente escogido. Desde sus páginas discutí nuestras direcciones estéticas, contesté objeciones y me lancé a trazar una pequeña síntesis de nuestra poesía actual, sólo para no dejar el terreno intacto, aun a sabiendas de que una síntesis tan rápida y hecha de tan lejos tiene que adolecer de omisiones y defectos de perspectiva [...] Si alguna publicación he intentado en servicio de las letras mexicanas es ésta [...] De un tiempo a esta parte vengo sintiendo la necesidad, y saciándola como puedo, de someter nuestra América a los grandes reactivos del pensamiento, para ver lo que de ello resulta. Un día procuro proyectar sobre nuestro paisaje la luz de Virgilio, y otro día la luz de Goethe. Aun he aconsejado que emprendamos metódicamente el examen de las influencias europeas sobre nuestras letras, con regla y doble decímetro de literatura comparada, a fin de que ello nos ayude a establecer aquella parte de originalidad inconsciente que elabora y muda las influencias haciendo oro la ganga; a fin de que ello nos ayude a dibujarnos desde afuera, a conocer la fisonomía que nos damos [...] Y no se me diga que hablar de nuestra América en general, como muchas veces lo hago, no es también referirse a México, pues las cosas mexicanas -cuando de lo espiritual se inquiere- no son tan específicamente mexicanas que resulten ajenas al resto de nuestras repúblicas, y siempre será lícito considerar a México como un caso agudo y expresivo de la cuestión americana.

Estas palabras me resultan del todo conmovedoras, por cuanto veo en ellas de sincero patriotismo, de rotundo afán de llevar a México y a lo mexicano hasta donde sea posible mediante la inteligencia y la reflexión; pero sobre todo, por cuanto

veo en ellas de orgullo sin pedantería, de reclamo legítimo de la mayoría de edad para el continente; esto no se manifiesta de manera expresa, pero se deja intuir mediante la argumentación del maestro: si las admirables naciones de Europa se pesan en la balanza de Goethe y de Virgilio, esto es algo que sin pena debiera hacerse también en el nuevo mundo, tan sólo por el saludable ímpetu de saber qué tan influidos por ellos estamos, a qué grado de originalidad nos han llevado las letras clásicas de Europa.

Asimismo me emociona comprobar cómo, en la tercera década del siglo pasado, todavía existían voces intelectuales que hacían eco del discurso bolivariano y sus ideales ya moribundos bajo la bota del soldado yanqui; me emociona en especial en el contexto actual, en el que es tan políticamente correcto censurar o vituperar a los gobiernos latinoamericanos que una vez más propugnan a favor de la unidad continental, y en contra de la mordaza estadounidense.

IV

Los Estados Unidos. La gran manzana de la discordia histórica, política y cultural, fue otro de los puntos de referencia que sirvieron a Reyes para ofrecer un análisis de la realidad mexicana que le tocó vivir. De los variados textos en los que el regiomontano abordó este tema, quisiera centrarme en una nota de 1920, redactada en Madrid, en la que Reyes se asombró de la facilidad con la que los periódicos españoles daban difusión al rumor, entonces muy en boga, de que los Estados Unidos iniciarían una invasión militar en México para conjurar el peligro de que nuestra Revolución se extendiera allende el río Bravo. Reyes estaba muy consciente de que la penetración estadounidense en México no requeriría del intervencionismo militar, sino que sería propiciada por la economía y por la facilidad con que los grupos en el poder se plegarían a los intereses de Washington; por eso, en ese texto de 1920, y ya demostrando el olfato diplomático que la residencia internacional le daría, dice Reyes:

Como el único pretexto posible de la guerra sería el restablecimiento del orden y la supresión del bandidaje rural, no bastaría ocupar los puertos y capitales; habría que apoderarse hasta del último rincón del desierto y de la montaña. Y tras algunos cálculos, se llega a estas cifras: dos años de preparación bélica para levantar y adiestrar a medio millón de hombres por lo bajo. O sea un gasto previo de dos mil millones de dólares; y además, una sangría continua para man-

tener las tropas de guarnición y subvenir el aumento del ejército y de la marina, aumento necesario desde el instante en que los Estados Unidos pasaban a la triste categoría de amenaza mundial. Esta sangría continua puede estimarse en quinientos millones de dólares anuales, o sea los intereses de otros diez mil millones de dólares [...] ¡Mal negocio, decididamente!⁶¹

Esta larga cita también me parece por demás reveladora de qué tan vigente sigue la visión de Reyes acerca de la vecindad mexicano-estadounidense; traslademos a nuestra cotidianeidad estas palabras, pensemos en cuánto de esto sigue flotando en el aire: primero, en efecto hoy cada cierto tiempo leemos en la prensa sobre la presencia permitida o encubierta de tropas norteamericanas en territorio nacional; la invasión militar, no obstante, sigue pareciendo una posibilidad lejana, pues ahora se ve disfrazada por el *Plan México* y el término “colaboración binacional”; además, los costos financieros que para los Estados Unidos han significado sus incursiones militares en Medio Oriente también se muestran hoy como el freno definitivo para que este país intentara terminar de anexionarse a México.

Termino este párrafo con otro ejemplo de la clarividencia de Reyes con respecto a la relación de Washington con sus vecinos continentales; la siguiente cita proviene de “La epopeya del canal” de 1938:

La guerra hispanoamericana hizo ver la urgente necesidad de un canal interoceánico de dominio propio [...] Panamá, antigua provincia de Colombia, declaró su independencia el 3 de noviembre de 1903. Diez días después el nuevo Estado fue reconocido por el gobierno de Washington, y cinco días más tarde se firmó entre ambos gobiernos un tratado que daba a la nueva República facilidades para la apertura de un canal, a cambio de una concesión perpetua de cinco millas por banda a Estados Unidos.⁶²

Sin ahondar demasiado en el tema, casi dándolo como un hecho natural, dice Reyes: la causa fue la guerra entre España y los Estados Unidos, la consecuencia, el canal de Panamá.

61 Reyes, Alfonso. “Dos viejas discusiones”. *Obras Completas: IV*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980. 565-566.

62 Reyes, Alfonso. *Obras Completas: IX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. p. 153.

V

Ya para concluir, cito un texto de 1941 que escribió Reyes para inaugurar los *Cuadernos Americanos*:

América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono. Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al mismo tiempo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de la herencia de toda la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así los pueblos magistrales que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplos de la dificultad con que salen de sus murallas [...] Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre y distinguir finamente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de precedero [...] Pues no todo lo que ha existido funde verdadera tradición, y los errores, tanteos y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre⁶³.

No imagino mejor síntesis del pensamiento alfonsino con respecto a la labor del intelectual americano que busca hermanar a su patria con las demás naciones del orbe, que la anterior: buscar nuestras direcciones en todas las culturas que nos preceden y distinguir, de entre nuestras tradiciones, aquellas cuya vida y fuerza aún nos representan como pueblo.

Así, hemos visto que en Reyes la preocupación por la identidad americana es un tema inacabable que, no obstante, ha perdido su vigencia en la polémica intelectual de hoy en día, pero no su razón de ser. Reyes, por supuesto, fue hijo de su

63 Reyes, Alfonso. *Obras Completas: XI*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982. pp. 151-152.

tiempo, pero por lo menos en este tópico su tiempo no es tan distinto al nuestro, y por eso cabe preguntarse si en este momento en Hispanoamérica, ¿no tenemos todos una especie de obligación de volver la vista sobre las palabras de Reyes para indagar por qué ha sido tan poco el avance en la unidad continental?

DIARIO BRASILEÑO: AFFONSO REIS 1930-1936

Daniel Orizaga Doguim

I

Me resisto a leer el Diario como la clave del Alfonso Reyes encubierto por la diplomacia. Tan lejos de las confesiones como del examen íntimo, el *Diario* es la mejor muestra de la transparente impudicia con la que escribía, siempre, acerca de sí mismo. Por ello, las meditaciones que a veces leemos en los Diarios resultan más ejercicios de estilo que candorosas exposiciones del alma.

Reyes trataba al propio texto autobiográfico desde la ironía. El *Diario* es un decir que tensa el recuento de la propia vida. Reverso de un reverso, nos remite a la obra literaria para hacerla legible. Una fecha y dos o tres comentarios constituyen la estructura básica de las entradas. Cierto, también hay anotaciones amplias, notas periodísticas y documentos diplomáticos, listas de libros enviados, fragmentos de cartas, esbozos de críticas, maledicencias sabrosas. Pero la vida espiritual de Reyes aparece, en realidad, poco representada.

Para muestra: la obsesión de las erratas. En alguna página, Don Alfonso se queja de la cercanía entre el español y el portugués, que hace introducir a los impresores errores ortográficos involuntarios. Otra más: el envío siempre pendiente de artículos a los amigos. Desde el primer tomo, el escritor aspirante, el filólogo, el periodista, el embajador, nunca deja de registrar las deudas, las propias, y sobre todo, las ajenas.

Reyes aplica el mismo criterio a sus contemporáneos. El diarista capta la mueca, la grosería, los malos entendidos y las palabras tergiversadas de los otros y los interpreta con serenidad irónica. Don Alfonso escribe sobre los sucesos para

una posteridad inequívoca: los mismos lectores de sus obras literarias. Antes que espejos, los textos autobiográficos y las ficciones biográficas se convocan mutuamente, constantemente. Son sus poemas o ensayos los que nos ayudan a leerlo y no a la inversa: las memorias son sólo la otra escritura de Reyes, complementarias, sin jerarquías: representan, y representaban tal vez incluso para él mismo, un intento de rastreo para su propia obra.

El texto alfonsino, pienso, es rizomático: los fragmentos autobiográficos, los tomos de sus obras, los epistolarios y las pequeñas notas conforman una red de citas, muchas veces subterráneas entre sí: un pasaje remite a otro, reintroduce frases para expandirlas en una nueva meditación sobre lo mismo. Cada línea es inicio y es retorno. De allí la importancia que tendrá el *Diario* para investigaciones orgánicas futuras como también la revaloración de la difícil de clasificar revista: *Monterrey* (ya hablaremos de ella líneas más adelante).

Buscar lo lateral, lo poco visible, el repliegue: será un modo para leer en clave menor la obra alfonsina.

II

De 1930 a 1936 Alfonso Reyes está en Río de Janeiro como embajador de México. Al registro personal de esa época puede llamarsele *Diario brasileño*. La crónica de esta experiencia, hasta hace muy poco inédita, se enlaza en el correlato de algunos de los poemas, ensayos y cuentos más significativos de Reyes, como los *Romances del Río de Enero*, la “Atenea Política” y “La garza Greta Garbo”. Sin duda, lo más característico de Reyes en esta etapa no se encuentra en un escrito específico, sino en una vivencia, algo más bien intangible. De aquí la idea de una visión de Brasil en dos nociones: la primera, el repaso de sus opiniones sobre ese país sudamericano, y la segunda, una perspectiva adquirida al relacionarse con las tendencias de la república de las letras brasileñas. Será esto último lo que trataré en el presente ensayo.

Parte de esta historia fue contada por él mismo, tanto en el *Diario* como en la correspondencia que llevaba con los amigos de distintas épocas: Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo, Xavier Villaurrutia. Reyes va acercando a los países hispanohablantes con Brasil a partir de sus gestiones, basado en la noción de la continuidad de la cultura: si bien hay transformaciones económicas e históricas y particularidades entre las naciones, es en la reconciliación cultural donde un sentido latinoamericano puede darse. Al contrario de José Vasconcelos, quien lo

antecede en su presencia en Brasil, Reyes no tendrá a la idea de mestizaje como punto nodal de la cultura, aunque por momentos se acerque a ella. Los monumentos son signos: Vasconcelos lleva a Río la estatua de Cuauhtémoc, copia de la mexicana en Paseo de la Reforma y Reyes, por su parte, un jardín. Es cierto: por momentos Reyes parece partir de un vago vasconcelismo, el de la *Raza cósmica*, para proponer una concordia lejana al mero sincretismo salvífico. La política evitaba un fácil sentimiento panamericano, en el que Vasconcelos cae. Los tiempos, en realidad, eran complicados. Valgan un par de ejemplos:

El 24 de octubre, casi ocho meses después de la llegada de Don Alfonso a Río, estalla una revolución en Brasil que tiene como líder a Getúlio Vargas. Como hará varios años después en México, tras la Guerra Civil, Reyes acoge refugiados; llegan a la embajada los caídos en desgracia. Una nota característica: quienes acuden al embajador mexicano vienen tanto de la derecha como de la izquierda, son claros enemigos políticos a la vez que simpatizantes del regiomontano.

Un ejemplo más: cuando Reyes recibe el 19 de noviembre del 32 la orden de supresión de la Jefatura de Misión debido a los problemas económicos en México, el mismo gobierno brasileño presiona para que sea mantenida, y aclara que tomará como ofensa diplomática el retiro de Don Alfonso.

¿Muestra de cordialidad y aprecio entre los brasileños? Sin duda, y evidentemente era mutua. Por el lado de los escritores, Reyes trenzó lazos con Graça Aranha y Manuel Bandeira, entre otras figuras tutelares de la literatura sudamericana. Al primero le dedica algunas páginas y al segundo le dedica, explícitamente y en clave, algunos poemas. En el *Diario* anota asimismo los rejuergos del “infiernito” cultural carioca, sobre todo, de los grupos y “grupúsculos”. Entre líneas, y en ellas, manifiesta su aburrimiento y desconfianza por el exceso de banquetes y discursos a los que es requerido y por la posibilidad de reconocimiento entre sus colegas.

Empezaré a recorrer el hilo de la vida y la obra de Alfonso Reyes no desde su llegada a Río sino dos años después: en 1932, llamado por los estudiosos de la literatura mexicana como el año de la “querrela nacionalista”; y me gustaría no pasar por alto que, precisamente, la polémica sobre la auténtica expresión mexicana ocurrirá para Reyes fuera de su país y en la circunstancia del desorden político. En efecto, durante la década del treinta, en Sudamérica se cocinan disputas, en Europa hay signos de conflictos y posibles guerras. En el caso particular de México, se viven los años duros del Maximato, es decir, el periodo en el que Plutarco Elías Calles subordina a su caudillaje la presidencia de la república. De allí, que el pensamiento alfonsino sobre su presente contenga rasgos utópicos mantenidos a raya por el desencanto.

En cuanto a la escritura, Reyes pasa por un periodo de crisis, esto es, de auto-crítica y cambio de rumbo. En Brasil, Reyes practica una especie de revista-correo literario personal: *Monterrey* (como su ciudad natal) con la finalidad de mantener la pluma activa y, al mismo tiempo, no descuidar su relación con amigos escritores a quienes envía esbozos de textos importantes, noticias, notas filológicas y reseñas de libros recibidos.⁶⁴ Además, continúa la colaboración con medios impresos, sobre todo latinoamericanos y, significativamente, en la revista *Sur*, fundada en 1931. De hecho, del número 3 de *Monterrey*, el inaugural de *Sur* tomó prestado un texto para marcar su intención editorial: el breve “Un paso de América”. En él, Reyes parte de un recuerdo personal para discutir uno de sus temas preferidos: “la existencia de América como hecho patético”,⁶⁵ en sus propias palabras.

El ensayo alfonsino divaga sobre la constante necesidad de encontrar color local en la literatura de nuestro continente y enfrenta sus fatalidades al prejuicio europeo. Ya en este texto, la realidad americana implica para Reyes un vigoroso esfuerzo para posicionarse frente a la cultura de Europa, basado en el doble carácter nacional y universal de la literatura americana frente a una ignorancia europea.

Si rastreamos el nacimiento de este discurso en Reyes, podremos encontrar una serie de ideas cercanas en autores brasileños que militan por el reconocimiento de lo propio sin angustias legitimadoras. En efecto, como se ha señalado a menudo, ese espíritu era común entre los intelectuales del continente: desde los Estados Unidos con Waldo Frank hasta Francisco Romero, en Argentina. Un ensayo del brasileño Paulo Prado muestra semejanzas con la “Visión de Anáhuac” de Reyes (publicado en 1914). No sabemos, ni podemos saber en este punto de las investigaciones, si el paulista leyó el texto alfonsino. Llama la atención, sin embargo, que una serie de marcas en el pensamiento de Reyes sobre “la inteligencia americana” puedan percibirse como cercanas a las de sus coetáneos en Brasil. Valga una muestra: el ensayo de Prado fue publicado en 1928 con el título de *Retrato do Brazil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*; en un fragmento del libro, el tratamiento de las fuentes originales sobre el “descubrimiento” de nuestro conti-

64 Para el polígrafo mexicano, José Emilio Pacheco, la revista personal de Reyes en Brasil es, de alguna manera, precursora del blog de nuestros días. La afirmación no resulta extraña si pensamos que las características de este formato digital, está también en Reyes, en su vocación en el gusto por lo minúsculo, el prefacio, el resumen, la bibliografía anotada y la carta amistosa frente a otros géneros, la novela por ejemplo, a los que Reyes poco recurrió.

65 Reyes Alfonso. “Un paso de América”. *Sur*. Buenos Aires (Verano 1931): 150.

nente, implica una rescritura desde la perspectiva americana, como lo hizo Reyes en 1914, a partir también del humor y la distancia irónica —más evidente en el texto paulista— de la reverencia extendida a los escritores hispánicos y portugueses de los siglos XVI y XVII.

Esta postura podemos rastrearla aún con mayor fuerza en los participantes de la Semana de Arte Moderno de Sao Paulo en 1922 y entre los que se adhieren al Manifiesto Antropofágico de Oswald de Andrade —publicado en el primer número de la *Revista de Antropofagia* (mayo 1928) — en el cual se leen dos frases que bien podría suscribir Reyes en el que se propugnaba: una “conciencia participante [...] contra todos los importadores de conciencia enlatada”, a favor de una “existencia palpable de la vida” y de la “mentalidad prelógica para que la estudie el señor Lévy-Bruhl”.⁶⁶ Esto es: una postura contra la importación de teorías folklorizantes que coarten la conciencia de lo local y lo global.

Ahora bien, si Oswald de Andrade lanza el manifiesto con forma y fondo rupturistas, Reyes vuelve siempre a Grecia con la intención de encontrar los orígenes de Occidente para desasirnos de la reductora impronta pro-peninsular. Oswald apuesta hacia el futuro, a la agitación y a la tecnología, para vislumbrar la independencia cultural todavía no proclamada; mientras que Alfonso prefiere recoger los frutos selectos de la historia y las artes para acercarse a la cultura mundial a partir de una visión propia. Son, en efecto, dos posiciones encontradas.

De la relación personal entre ambos escritores, existen pocos documentos. En el *Diario* alfonsino, en la entrada del 29 de julio de 1930, está registrada una reunión con Oswald de Andrade; luego, también con él, una cena el 11 de junio de 1931 en honor a un poeta argentino. Charlaron, comieron y bebieron, pero no consta en documentos algún rastro que nos indique amistad intelectual. En general, y a lo largo del *Diario*, Reyes se muestra escéptico de los movimientos de vanguardia, y en el caso de los modernistas brasileños, atestiguará, incluso, un enfrentamiento tácito entre los grupos de Sao Paulo y los de Río de Janeiro, sus tertulios habituales, un poco más académicos que aquéllos.

En realidad, Reyes estuvo más cerca de pintores como Cândido Portinari y de Tarsila do Amaral, esposa de Oswald de Andrade a quienes, probablemente, haya acercado la estética cubista. Sin embargo, y curiosamente, Reyes también podría

66 Andrade, Oswald de. “Manifiesto antropófago”, en Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2002 [1991], pp. 173-180. Trad. de May Lorenzo Alcalá y María del Carmen Thomas. [Publicado originalmente en la *Revista de Antropofagia*, Año 1, No. 1, mayo de 1928]

tener algo en común con Gilberto Freyre, historiador y antropólogo regionalista que ha sido enfrentado ideológicamente a Oswald de Andrade. Ambos parecen coincidir en cierta estrategia: indagar cómo ha sido apropiado y reutilizado el legado occidental-hispánico en una matriz cultural propia, para valorar la medida en que la cultura popular (indígena en buena medida) ha creado una relación privilegiada frente a Europa pues, estas reapropiaciones, han sido tan creativas como singulares las tradiciones derivadas. Así lo desarrolla Freyre en un ensayo recogido en 1978, “El ánimo folklórico en el comportamiento y en la cultura del brasileño [...]”;⁶⁷ aún más, las líneas de convergencia con Reyes podrían buscarse en ensayos posteriores a la estancia carioca, pero eso va más allá de las intenciones de este ensayo.

Ahora, “suponemos” que el embajador Reyes pudo tener contacto con las semillas del pensamiento que los intelectuales brasileños tanto en los actos públicos y de cortesía (en los que el mexicano se enfrascaba) como también por la lectura de artículos, notas, estudios. Sin embargo, aunque esto sea una conjetura, lo cierto es que hay un viraje claro en las ideas y la prosa alfonsina a partir de Brasil, disparado por las discusiones sobre cómo postular “una nueva expresión, un nuevo sentir, y un nuevo hacer que corresponda mejor a las realidades de la vida en el Nuevo Mundo”.⁶⁸

Una vez mencionadas brevemente las relaciones de Reyes con la vanguardia brasileña, vale pues la pena regresar al tema de la “querrela nacionalista de 1932”, la cual recapitulo a continuación: Héctor Pérez Martínez, periodista de *El Nacional*, cercano al régimen político, acusa a Reyes de evidente desvinculación con México. Al embajador regiomontano ya se le interpellaba como escritor consagrado para que adoptara una postura a propósito del debate “europeísmo/nacionalismo en la literatura” entre la generación de poetas conocida como Contemporáneos y los autores “viriles” de la narrativa de la Revolución. Reduzco, claro, varios matices. Importa pues la respuesta de Alfonso Reyes, publicada como “A vuelta de Correo” una autodefensa escrita en Brasil.

Reyes no pretende combatir sino apagar el fuego: hace recordar que en toda su obra hay referencias tanto eruditas como personales a su patria, y que las tradiciones literarias extranjeras han sufrido allí un proceso de apropiación ininterrumpido. Su propuesta es el universalismo, esto es, entender mutuamente las

67 Freyre, Gilberto. “El ánimo folklórico en el comportamiento y en la cultura del brasileño, inclusive en la literatura”. *Alhos & Bugalhos*. Río de Janeiro: Nueva Frontera, 1978. 135-145

68 Reyes, Alfonso. *Obras Completas: VIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. 304

partes por el todo. Para él, esto vendrá tras ciertos procesos: uno, el conocimiento de la literatura universal para leer y enriquecer la literatura mexicana; dos, utilizar las bases de aquélla para temperar el impulso folclorista dentro de un clima de tolerancia y respeto entre las tendencias. A Reyes le interesa la continuidad del enriquecimiento cultural a partir del diálogo con Europa, América y hacia el interior. Allí encuentra lo vital de la expresión nacional. Así, la literatura mexicana sería suma de las obras de los literatos mexicanos, en palabras de Reyes.

El germen de este pensamiento, me parece, le debe mucho a Brasil. Además, es especialmente sintomático que Reyes responda de manera abierta desde *Monterrey*, incluso defendiendo su publicación, ya que Pérez Martínez había calificado como simple fruslería y vanidad, lo que para Reyes era un esfuerzo de acercamiento continental.

Sin embargo, algo hay de cierto en que la obra maestra de Alfonso Reyes va quedando aplazada en su periplo brasileño. De allí el sentido de crisis de la propia escritura alfonsina. El 30 de marzo de 1931 queda consignada en el *Diario* parte de la reprimenda que Pedro Henríquez Ureña le manda por carta, llamándolo a que no se disperse tanto en su trabajo como escritor.

Es verdad que Reyes era considerado entre los partidarios del *Ateneo de la Juventud* mexicano, generación pre-revolucionaria, como el más dotado. Todos esperaban que Alfonso se convirtiera en el autor del gran poema nacional. Pero esto no ocurrió: Reyes profundiza en Goethe, con la excusa de un ensayo enviado a *Sur* en marzo del 32, pero el desasosiego de haber enviado algo apresurado lo hace reescribir varios textos relacionados, corrigiendo, ampliando y rectificando al primero: *Tren de ondas* y *Horas de Burgos* son también del año de “Rumbo a Goethe”.

Su *A vuelta de correo*, en la que establece su defensa y postura ante los nacionalistas, pudo haber sido concebida a partir de la significativa experiencia en la capital carioca, y esto es trascendente porque marcará las bases críticas del canon mexicano hasta nuestros días. Sin esta visión resulta muy complicado explicarse *Pedro Páramo*, de Rulfo, por ejemplo.

Un ejercicio de lectura posible es también la contraposición entre los textos ficcionales y los biográficos. En el tomo XXIII de sus *Obras completas* aparecen ficciones poco conocidas de Reyes —lúdicas y lúbricas— que contrastan con la imagen paternal del mexicano. El primer texto de ficción, “Calidad metálica” lleva fecha y lugar precisos: Río de Janeiro, 3 de julio de 1930. Si vamos al *Diario*, veremos que existe un blanco entre el 28 de junio y el 6 de julio. Nada hay que nos haga suponer antecedentes amorosos de esta epístola. Aunque hay que considerar que,

si bien el volumen donde se encuentra este relato compila sobre todo cuentos, pero el orden final correspondió al crítico José Luis Martínez, no a Reyes quien ya había muerto.

“Calidad metálica” es un texto que resulta extraño para el lector habitual. Lleno de reminiscencias de una sensualidad entre emisor y destinataria, quien escribe declara que gracias a la receptora un nuevo equilibrio se crea en él: “Es bueno que sepas que te recuerdo incesantemente, y que ahora al solo recuerdo de tu cuerpito estrujado, y de tu alma atónita de voluptuosidad entre mis brazos estoy sintiendo nacer, dentro de mí otro sentido del mundo”.⁶⁹ Y con estas líneas termina la casi carta.

Otro texto, asimismo, curioso, es “El samurai” también fechado en Río, el 20 de agosto de 1938, y también en forma epistolar. El *Diario* propiamente dicho se interrumpe el 30 de junio de 1936, así que contamos con menos pistas. La anécdota es simple: se cuenta el fracaso en la conquista de una jovencita por la diferencia de edades, un duro golpe para Don Alfonso. De esto, claro, su esposa Doña Manuelita hablaba poco. Pero “Análisis de una pasión” permite una lectura en contrapunto. El texto está organizado como diario y comienza el 10 de junio de 1940 con una disquisición ensayística sobre los temperamentos visuales, sobre el carácter de las jóvenes brasileñas, cuya trivialidad consiste “[e]n que viven intensamente con los sentidos y dan noticia constantemente de los mensajes que reciben por los sentidos”.⁷⁰ Nuestro narrador anónimo se apasiona por Cecilia, la seduce, logra hacerla su amante. Es una mujer de sociedad cuya sensualidad el narrador no logra hacer suya. De experiencia sexual intelectual, parece ser inexperta carnalmente. Esa combinación erotiza más al narrador, aunque lo tortura sin que pueda explicarlo. Previsiblemente, el texto termina con la huida a Buenos Aires del narrador y con el intento de suicidio y posterior matrimonio de Cecilia.

Hay quienes han intuido que esta mujer es la poeta brasileña Ceilia Meireles, gran amiga y entenada de Reyes. Durante años tuvieron una relación estrecha y tras la salida de Reyes de la embajada continuaron con un amplio epistolario. Otros, como Fred P. Ellison, autor del imprescindible *Alfonso Reyes y el Brasil* rechazan la posibilidad de un plumazo: Meireles admiraba a Reyes y a don Alfonso le atraía la juventud y belleza de Cecilia, pero ambos estaban casados y no hay registros de algo más que amistad.

69 Reyes, Alfonso. *Obras Completas: XXIII*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981. 44

70 *Ibid.* 52-53.

Recapitulo: la preocupación por la americanidad, el llamado al orden de Henríquez Ureña, la escritura de importantes obras alfonsinas, las calas en la universalidad de Goethe, el manejo erótico de la escritura y la memoria del pasado inmediato, en fin: la experiencia carioca resulta central para la vida y obra de Reyes. El hilo brasileño nos lleva por cuentos, crónicas, poemas y textos del “yo” —como epistolarios y, precisamente, su diario— como quien viaja con un dedo por un mapa tan geográfico como literario.

ALFONSO REYES Y EL HISPANISMO.
UNA CRÍTICA DE LA CULTURA

Sebastián Pineda Buitrago

I

Sin reducir a hispanista a un escritor heterogéneo, podemos decir que Alfonso Reyes tributa sobre todo en el ensayo crítico, del que si bien se desprenden todo tipo de temáticas, el hispanismo puede, no obstante, ser el hilo conductor. Los trabajos y los días del regiomontano en España han merecido importancia entre sus críticos, quienes reconocen su *década madrileña* (1914-1924) como uno de sus períodos más fértiles. El primer acercamiento a su hispanismo podría entonces comenzar con la antología de Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes* (1990), la cual recoge sus principales textos de creación, apuntes periodísticos y gran parte de sus artículos de filología hispánica en torno a *El Quijote*, la poesía de Quevedo, el teatro de Lope, *La vida es sueño* de Calderón y, ante todo, en torno a la poesía de Góngora, de cuya reivindicación crítica el mexicano es pionero en el siglo xx.

Varios estudios y tesis se han ocupado del periodo de Reyes en España. Barbara Bockus Aponte presentó en inglés —aún sin traducir— *Alfonso Reyes and Spain: His dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna* (University of Texas Press, Austin, 1972) y en 1965 Phillip Young Koldewyn presentó su tesis *Alfonso Reyes as a critic of peninsular Spanish literature* (University of California at Berkeley, 1965), donde se enfoca en comentar la visión de Reyes no sólo de escritores del Siglo de Oro sino también contemporáneos, todo con miras a señalar observaciones de Reyes que más tarde retomó la crítica. En 1980 Jorge Luis Morales intentó lo mismo en *Alfonso Reyes y la literatura española* (Puerto Rico, 1980), sin pretender ser más que un resumen.

Recientemente ha habido estudios que observan el alcance de su crítica literaria en un plano mayor, multidisciplinario: el estudio de Robert T. Conn, *The politics of philology: Alfonso Reyes and the invention of Latin American literary tradition* (Bucknell University, 2002), puede ser un buen ejemplo de ello. Ahora, si bien los enfoques y conclusiones de Conn resultan a menudo cuestionables, este crítico insiste conscientemente en que la labor filológica de Reyes no es un alarde de erudición, sino la restauración laboriosa del pasado espiritual del pueblo hispano, necesitado siempre de una crítica seria, profunda, en parte rigurosa y en parte amena. Por lo que, la edición de *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos* (Universidad de Pittsburgh, 2004), realizada por Adela Pineda e Ignacio Sánchez Prado, acaso sea el camino que deberían tomar las nuevas aproximaciones sobre Alfonso Reyes, esto es, una noción de que su crítica literaria va más allá de lo meramente filológico y representa una crítica de la cultura.

Si consideramos el hispanismo un punto de partida, habría que reconocer al ensayista mexicano como parte de lo que la historiografía contemporánea considera como la primera “Escuela Española de Filología” y, en esa medida, revisar sus escritos críticos desarrollados principalmente de 1914 a 1919 dentro del Centro de Estudios Históricos en Madrid, con el ánimo de relacionarlo —y deslindarlo— de la figura de Ramón Menéndez Pidal y de sus colegas filólogos Antonio Solalinde, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso y Amado Alonso.

Por otro lado, en un sentido más amplio, me interesa relacionar a Reyes con la historia del ensayo español de la primera mitad del siglo xx al lado de José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Américo Castro, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Azorín y Pío Baroja, entre otros. La empresa se revela menos complicada si consideramos que el mexicano asistió Verito, ya no le hago ninguna travesura —en todo el sentido de la palabra— al apogeo y declive de una época irreplicable de España: la Edad de Plata, que involucró a casi tres generaciones: la del 98, la del 14 y la del 27 (aunque, como se sabe, este avance se viera interrumpido —sesgado— por la Guerra Civil, 1936-1939). No obstante, la interpretación de Alfonso Reyes sobre la cultura en lengua española aún no se conoce lo suficiente por la persistencia de una visión anacrónica —ya sea conservadora o revolucionaria— de lo que entendemos por *hispanismo*.

II

Una de las paradojas más singulares de la historia del mundo occidental es la desintegración del ex imperio español en una veintena de repúblicas sin más vínculos concretos que una lengua en común, en contraste con la integración del ex imperio británico en sus tres ejes principales: Estados Unidos, Canadá y Australia. Los países hispanoamericanos nunca han tenido una moneda ni un pasaporte ni un parlamento: ninguna integración real como lo es la de Estados Unidos de América o la de la Unión Europea.

Hay cierto infantilismo y abuso retórico en la misma vaguedad verbal para denominar la supuesta “comunidad de naciones” así se nombre Hispanoamérica, Indo-américa, Iberoamérica o Latinoamérica como también para denominar una hermandad con España, a la que melosamente nos referimos como la “Madre Patria”. Desde sus años en España, fatigado de patriotismos falsos, Reyes lamentó tal actitud melosa, y simplemente aclaró al respecto:

Y no se ha dicho, a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que es, en la tierra, lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés y en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español; que ambos, los de acá y los de allá, tenemos muy poca paciencia, y que nos está muy bien un Océano de por medio; que la fraternidad es cosa natural, y que hasta puede llegar a ser muy molesta, pero que es inevitable siempre, por lo cual es mejor tratarse y conocerse que no hacerse amagos desde lejos; que la verdadera fraternidad excluye las mutuas protestas de mutuo amor.⁷¹

En cambio, el ámbito anglosajón tomó un camino muy distinto al hispánico. Cuando las trece colonias se separaron de Inglaterra no negaron su pasado colonial, antes bien, lo asimilaron a su nuevo carácter nacional, dando los pasos necesarios para expandirse hacia el Oeste, unificando políticamente su territorio al crear una estructura de poder dentro de la cual se moviera una nueva corriente económica. No sólo asimilaron la Reforma protestante sino que la llevaron hasta sus últimas consecuencias: libre comunidad de fieles, Iglesia pluralista, tendencia al autogobierno y a la sociedad política de la democracia. Hicieron todo lo contrario a sus pares del sur.

Lo curioso es que también dentro de la propia España sucedió algo similar. El historiador Tomás Pérez Vejo observa que a partir de las guerras napoleónicas, de

⁷¹ *Obras completas IV*, 1997, p. 350.

la caída del antiguo régimen, cuando el cristianismo dejó de ser la base del mito de un reino o una monarquía, toda expresión colectiva pasó a cifrarse en una nación en particular. Y que aun la formación nacional de España, en ese sentido, resultó débil, improvisada, pues no se puede hablar de nación española antes de las cortes de Cádiz (1812). La élite peninsular, al compararse con otras élites europeas racialmente más “blancas”, se avergonzó de su pasado árabe y judío y sentó buena parte de su unidad nacional en el mito de haber luchado ocho siglos contra los musulmanes, “como si quien habita ocho siglos es sólo un usurpador ajeno al ser nacional”.⁷²

La labor de historiografía literaria emprendida casi en solitario por Marcelino Menéndez Pelayo fue, en buena parte, una crítica contra la política de su tiempo. Contribuyó a mantener vivo, a flote, el rico pasado intelectual de España en dominio europeo. De ahí que Reyes sostuviera que la obra de Menéndez Pelayo “arranca de una polémica en defensa de España y, naturalmente, se apoya en la grandeza y lustre de las tradiciones”.⁷³ ¿Una defensa contra críticos extranjeros que negaban a España su valor en la cultura universal o, más bien, contra ciertas élites de su propio país que se avergonzaban de su propia tradición?

Por un lado, Menéndez Pelayo sabía que el ámbito hispánico había sido excluido del porvenir de la civilización occidental, donde solamente se admitía a quienes descendían de la Europa protestante y puritana. Por otro, estaba consciente y le molestaba que los liberales españoles, por encima de la tradición propia, abrazaran la filosofía post-kantiana del alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) por cuanto éste no se apartaba “tanto” de la tradición católica. Habitado también a frecuentar filólogos alemanes, bibliografía de rigor, al filólogo español le parecía ridículo que sus contrapares liberales abrazaran a Krause por encima del mismo Kant. De ahí que Reyes, en últimas, justificara parte de la actitud reaccionaria del gran crítico español:

Bien quisiera don Marcelino ser todavía más generoso; pero quiere la fatalidad que el momento histórico le atraviere una verdadera valla. Pues, ¿qué figura hacen a sus ojos los liberales? Hacen, nada menos, figura de krausistas; en cierta manera, descastadores de las virtudes nacionales y aun de la preciosa herencia lingüística. ¿Cómo pedir al humanista que no viva ante ellos medio sublevado,

72 Pérez Vejo, Tomás. “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”. *Historia Mexicana*, 210, octubre-diciembre (2003): 292.

73 Reyes, Alfonso. “Reconciliación de Menéndez Pelayo”. *Los trabajos y los días, Obras Completas IX*. Fondo de Cultura Económica, 1997. 408.

y por aquí, apoyándose siempre en el pie que descansa sobre el territorio todavía conservador? Hay, pues, una niebla de época que contribuye a impedirnos la visión clara. ¡Cuántos hombres de nuestros días no van a verse mañana desdibujados e indecisos, por haber temido a los excesos del poder estatal que muchas doctrinas de izquierda traen consigo!⁷⁴

En la última frase, encerrada con signos de admiración, Reyes sin duda estaba hablando de sí mismo. Estuvo alejado de México durante los primeros gobiernos de la Revolución, y muchas veces se le consideró reaccionario o cuando menos tradicionalista por fijarse en su tradición hispánica: entre los más liberales (como su mismo padre y los científicos del Porfiriato) se confundía el hispanismo con una defensa a ultranza —ciega— de la Contrarreforma, la Inquisición, del conservadurismo, ya que, para los más conservadores o tradicionalistas, en efecto, el hispanismo debía oponerse a la imitación y al influjo francés, anglosajón o alemán. Se ignoraba que parte de la reacción de Reyes había anticipado la Revolución Mexicana, pues desde el *Ateneo de la Juventud* se opuso a la educación positivista del régimen de Porfirio Díaz, tanto más osado cuando la mano derecha del dictador era nada menos que su propio padre.

III

En las dilucidaciones del poemario *El Canto errante* (1907) de Rubén Darío existe un consejo que acaso caló muy hondo en el joven Alfonso Reyes.⁷⁵ La advertencia era la siguiente:

74 Reyes, Alfonso. *Obras Completas: IX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. pp. 408-409.

75 Por esos años, de 1907 y 1908, el regiomontano había leído con furor el libro y llegó a escribirle a su autor confesándole su admiración. La carta, al parecer, nunca llegó a manos de Darío, porque no hay acuse de recibo y porque en el momento en que éste acaso la recibía, en el puerto de Veracruz estallaba un pequeño motín, preludio de la Revolución Mexicana, que impidió a Darío llegar a la Ciudad de México. En todo caso, según Adolfo Castañón, la figura de Darío fue muy cercana a Reyes, porque su padre en algún momento llegó a financiarle un viaje a París. Cuando el general fue asesinado, el poeta nicaragüense escribió un artículo para *La Nación*, de Buenos Aires, en donde traía a colación una interpretación que un periodista mexicano, David Cerna, hacía en un diario de Estados Unidos, titulándola *General Bernardo Reyes from a Shakespeare point of view*. Darío insistió en la comparación literaria: el padre de Reyes se parecía con al héroe Coriolano, reminiscencia de las *Vidas paralelas* de Plutarco (Véase de Castañón, Alfonso Reyes: Caballero de la voz errante. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009).

Malhaya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas, yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones.⁷⁶

Y digo que habrá calado, pues en hurgar entre esos “ancianos infolios españoles” consistió la labor de Alfonso Reyes en el Centro de Estudios Históricos, en Madrid. El estudio y la edición crítica de varios clásicos de la literatura española, hicieron que el hispanismo, de ser una cuestión arqueológica o mera curiosidad histórica, se convirtiera en materia viva, en una filosofía de la historia en permanente reflexión.

Al introducir a nuevos lectores en los estudios hispánicos, fueran de España o Hispanoamérica, aclaraba que no se trataba de una disciplina inerte, como lo podía ser el estudio de antiguas civilizaciones o de la antigüedad:

El orbe hispano nunca se vino abajo, ni siquiera a la caída del imperio español, sino que se ha multiplicado en numerosas facetas de ensanches todavía insospechados. Nuestra lengua y nuestra cultura están en marcha, y en ellas van transportadas algunas simientes de porvenir. No somos una curiosidad para aficionados, sino una porción integrante y necesaria del pensamiento universal. No somos pueblos en estado de candor, que se deslumbren fácilmente con los instrumentos externos de que se acompaña la cultura, sino pueblos que heredan una vieja civilización y exigen la excelencia misma de la cultura.⁷⁷

El camino para llegar a estas conclusiones fue largo. Al igual que la Generación del 98 en España, a principios del siglo XX se sintió también en México una cierta sensación de decadencia. Era el desgaste del liberalismo radical y del positivismo decimonónico, y también, el fin del régimen de Porfirio Díaz. Políticamente empezó a chispear el estallido de la Revolución Mexicana, que fue en el fondo una reivindicación del pueblo, de su esencia mestiza, a caballo entre lo hispánico y lo indígena, y acaso en oposición al sentido europeísta o norteamericano de

76 “El canto errante”. Cervantes Virtual. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-canto-errante--o/html/0048cdo6-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html [enero 2011].

77 Reyes, Alfonso. “Valor de la literatura iberoamericana”, *Obras Completas: XI. IX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. 134.

sus élites. Intelectualmente, casi paralelo a la Generación del 98, surgió en 1910 el Ateneo de la Juventud, un grupo de jóvenes estudiosos que sintió la necesidad de revisar su pasado intelectual. Al lado de Alfonso Reyes, aparecieron José Vasconcelos, Antonio Caso y acaso su principal amigo o guía intelectual, Pedro Henríquez Ureña. Éste último apuntó, varios años después, sobre los orígenes del *Ateneo de la Juventud*:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era bastante sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia.⁷⁸

Reyes alcanzó a dictar algunas sesiones de una cátedra de literatura española durante los tiempos del *Ateneo*. El 9 de febrero de 1913 asesinaron al general Bernardo Reyes. Trastabilló al borde del precipicio toda su vocación de escritor. Salió de México en plan casi de destierro y recaló en París durante un año. Sin embargo, ni las múltiples dudas ni otros intereses lo desviaron de su vocación principal. En París, incluso, estrechó contacto con el hispanista Raymond Foulché-Delbosc, quien recibió con entusiasmo sus colaboraciones en torno al poeta novohispano Juan Ruiz de Alarcón. Con Foulché-Delbosc, más tarde, también elaboraría una edición de las poesías completas de Góngora.

En una época, insistimos, en que el típico intelectual de Hispanoamérica miraba con desdén a España, prefiriendo instalarse cómodamente en París antes de convivir con su reflejo yuxtapuesto en el espejo español, Reyes apostó por un contacto serio entre México y España —entre la antigua metrópoli y su ex colonia más grande—, contacto que se había limitado a cuestiones folclóricas o formalmente diplomáticas. Reyes logró un verdadero asalto al cielo, a la intelectualidad española:

⁷⁸ Reyes, Alfonso. "Pasado inmediato". *Obras completas: XII*, México: Fondo de Cultura Económica, 1997: 207.

Lejos de cualquier falsa modestia, Reyes se ufanaba del hecho de que, si Juan Ruiz de Alarcón había conquistado a la corte durante el siglo de oro, él había hecho lo propio durante la edad de plata. Acaso las pruebas más contundentes de su aceptación y ascenso en el mundo intelectual español sean el paso de crítico cinematográfico a autor y responsable de la sección semanal de “Historia y Geografía” de *El Sol*, a partir de finales de 1917; su elección como vicepresidente de la sección de Literatura de el Ateneo, en junio de 1918, a pesar de ser extranjero y contertulio reciente, y su designación, siendo mexicano, para ser quien fijara el texto de *El Cantar del Mío Cid* que publicaría la Editorial Calpe en su —hoy legendaria— Colección Universal. Sin embargo, alcanzó la consolidación de su prestigio literario con la publicación, en 1917, de sus *Cartones de Madrid*, que contiene sus primeras impresiones sobre la ciudad y al que Azorín consideró un libro exquisito, con la esencia de España.⁷⁹

IV

La formación intelectual de Alfonso Reyes puede ilustrar muy bien el desarrollo de hispanismo moderno. Su interés por esta disciplina apareció confundido con su anhelo o necesidad de encontrar una sólida expresión de su propia cultura mexicana. En repetidas ocasiones, Reyes advirtió que no bastaba nacer en un determinado país y hablar una determinada lengua materna para poseer, conscientemente, una identidad. “Es bueno merecer las patrias, ganarlas, conquistarlas”.⁸⁰ El reconocimiento del idioma y su literatura, para empezar, ¿no abría ya una senda para la conquista de eso que llamamos con tanta insistencia *identidad, expresión?*

En un ensayo publicado en 2002, *The politics of philology: Alfonso Reyes and the invention of Latin American literary tradition*, Robert T. Conn se pregunta por qué nació tan tempranamente su interés por lo filológico en el Ateneo de la Juventud: ¿habrá sido como oposición al cientificismo de la era porfirista? Sin tiempo para contestarse, el profesor Conn se adelanta a concluir que Reyes, en su intento por disciplinar el romanticismo, y apartándose de la visión del escritor politizado o mesiánico, cometió lo que Julien Brenda llamó en 1928 *The Treason of Intellectuals* (*La traición de los intelectuales*) al finalmente dar continuidad —sin oposición

79 Garcíadiego, Paz A. *El Evangelio De Las Maravillas: La Nueva Jerusalén*. Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1998: 63.

80 Reyes, Alfonso. “Palabras sobre la nación argentina”, *Obras Completas*: IX: 35.

ni cuestionamiento explícito— al estado liberal autoritario.⁸¹ Y a partir de una pequeña mención de Reyes en el cuento de Borges, “Tlön, Uqbar, Orbis, Tertius”, este osado profesor norteamericano lanza aun el argumento según el cual el argentino se burló de aquella actividad crucial para el mexicano —la filología— y de sus nexos con los cuestionables procesos de construcción nacional.⁸² Pero este enfoque confuso, ciertamente, no obedece ni a una lectura atenta de la obra de Reyes ni al contexto histórico.

El profesor Conn pretende hacer que la obra de Reyes fundamente el aparato de la teoría de Benedict Anderson, *Imagined communities*, donde la filología se confunde con la construcción política de una nación o comunidad. Lo curioso es que el propio Conn admite que Anderson no encontró en Latinoamérica lo que vio en Rusia y en la Europa de la segunda mitad del XIX, estos es, no vio una conexión tan explícita entre literatura y construcción nacional, entre crítica literaria y discurso nacionalista. Anderson vio solamente que ciertos letrados burócratas del imperio español contribuyeron a dibujar los signos de la conquista y la evangelización, sí, pero no la literatura de creación ni menos la crítica.⁸³ Por el contrario: la literatura fue explícitamente prohibida por las leyes coloniales.⁸⁴ Y en tal sentido la imposición de un canon literario o lingüístico nunca fue una idea imperialista en el mundo hispánico. Al contrario: lo literario siempre ha tenido mucho de heterodoxo, de revolucionario.⁸⁵

81 “continuity of the authoritarian liberal state” Conn, Robert T. *The Politics of Philology: Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2002: 176.

82 “Borges is obviously poking fun at the pretensions of that reconstructive activity that would be crucial for Alfonso Reyes –philology– and its links with what –for Borges– were questionable projects of nation building” (*ibid*; 13). La mención de Reyes en el cuento de Borges se reduce a lo siguiente: “En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa. Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: ex ungue leonem. Calcula, entre burlas veras, que una generación de Tlönistas puede bastar” (*ibid*; 111).

83 “He sees in Latin America only the signs of conquest and evangelization, but never Hispanization” (*ibid.*, 111).

84 El título 24 del libro I de la *Recopilación de Indias* prohibía explícitamente la publicación de escritos que trataran sobre la realidad inmediata de América. (Véase de Gutiérrez Girardot, *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana*, Bogotá: Cave Canem, 1989). Esta prohibición explícita desmiente la idea de una literatura intrínsecamente institucionalizada.

85 En el ensayo de Rafael Gutiérrez Girardot *Temas y problemas* (ver nota anterior) el autor

Andrés Bello, por ejemplo—en vista del desorden dejado por Bolívar y sus esbirros venezolanos y neogranadinos— se refugió en Chile para urdir dos obras fundamentales que empezaban a formar las bases civilistas de los nuevos países hispanoamericanos: 1) el lenguaje, para lo cual formuló su *Gramática de la lengua española para uso de los americanos* (1847), y 2) la ley, para lo cual ideó el *Código civil de la República de Chile* (1855). Es decir, de alguna forma, Bello se asentó en la tradición de la lengua en oposición a la novatada de Bolívar y otros próceres militares.

En ese mismo orden de ideas, podríamos decir, que Alfonso Reyes se entregó a la filología hispánica, según Ignacio Sánchez Prado, como “una crítica al sistema altamente institucionalizado de la cultura nacional en el Porfiriato [...] como un desafío al cientificismo positivista y al preciosismo modernista...”.⁸⁶ Pero no para construir otro estado político (ni siquiera otro Estado Estético, como quiere Conn), sino para liberar o deslindar al escritor del afán político y del desgaste mesiánico. Para llamar más bien a la libertad de cátedra, a la profesionalización de la literatura.⁸⁷

llamó la atención de cómo algunos de los principales escritores del continente, contemporáneos a lo que se pregona como “formación nacional”, concibieron su obra, paradójicamente, en oposición a esa “formación nacional”.

86 Sánchez, Prado I. M. *Naciones Intelectuales: Las Fundaciones De La Modernidad Literaria Mexicana, 1917-1959*. West Lafayette, Ind: Purdue University Press, 2009: 99).

87 Conn quiere hacernos ver, además, cómo Reyes anhelaba crear un “Estado Estético” (*Aesthetic State*) a través de la filología, así como Goethe intentó construirlo en Alemania con la República de Weimar alimentado por la filología histórica y comparada. Esta relación con Goethe se asienta evidentemente en la atención que brindó Reyes al clásico alemán a lo largo de toda su obra. Sin embargo, Robert T. Conn exagera en lo que las ideas políticas de Goethe pudieron inspirar a Reyes, pues a juzgar por sus libros *Rumbo a Goethe, Trayectoria de Goethe y Escolios Goethianos* (en OC XXVI) el mexicano interpretó al clásico alemán, según lo ha visto Edison Neira Palacios, “en un plano mundano, reflexivo en torno a la vida, para quien el saber es un bien que muchos pueden adquirir, pero no así el corazón, propiedad única de cada individuo” (2009: 155). Aparte, según Ignacio Sánchez Prado, el término “Estado Estético” nació de estudios críticos sobre la República de Weimar, que a principios del siglo xx ya era “un constructo nostálgico fuertemente inmerso en la idea de la decadencia de occidente”. (2009, p. 99). De modo que, a lo mejor, el profesor Conn incurre aquí en un anacronismo.

EPÍLOGO

La mayoría de los trabajos filológicos de Reyes se centraron en autores del barroco: Lope, Calderón, Gracián, Quevedo, Cervantes y Góngora; sin embargo siempre estuvo lejos de caer en el típico tradicionalismo al acercarse a la literatura española. Reyes alcanzó a observar el cambio de espiritualidad entre la España de Carlos V, tocada por el Renacimiento, y la España de Felipe II, ensombrecida, en la que el idealismo del Renacimiento se fue perdiendo.... “todo se va ensordeciendo lentamente, a medida que con Felipe III, va pesando sobre la conciencia pública el Escorial”.⁸⁸

Valdría entonces preguntarnos, por último, por qué se dedicó Reyes a buscar huellas o aspectos del Renacimiento en el barroco español en Góngora. ¿No había algo de *provocación* en su búsqueda?

El barroco había sido en buena parte el arte de la Contrarreforma; pero también el de mayor capacidad de integración o asimilación de estilos y tendencias; por lo que, en la otra cara de la luna de éste, se podrían encontrar ciertos aires renovadores del humanismo, es decir, un estilo que rehuyera del pesimismo, de la oscuridad y la intolerancia; un estilo opuesto al conceptista (que abrumó en cierta forma a Quevedo y a Calderón y a Gracián).

Así encontró Reyes a Góngora: vio en su poesía una alteración de la sintaxis española a partir de la estructura de la frase latina, sus trasposiciones y sus ablativos absolutos (en donde el verbo está en cualquier parte del verso); es decir, vio en Góngora toda una alteración de la estética de su tiempo al dejar irrumpir una sensualidad que “posee la alta virtud del lirismo que liberta el alma, arrancándola de las durezas del raciocinio y de las pesadas dialécticas”.⁸⁹ Reyes señaló además que alterar la solidez de la sintaxis establecida, en la que se construía toda la arquitectura jurídica y legal del Estado, era alterar —criticar en el buen sentido— el establecimiento.

goza, goza el color, la luz, el oro.

88 Reyes, Alfonso. “Los orígenes de la guerra literaria en España”. *Obras completas: III*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996: 182.

89 Reyes, Alfonso. “Sobre la estética de Góngora”. *Obras completas: I*, México: Fondo de Cultura Económica, 1996: 74.

INFORMES DE UN COMUNICADOR POLÍTICO

Marcos Daniel Aguilar

Alfonso Reyes es más que Visión de Anáhuac. Reyes es más que una prosa poética, una hermosa estampa de la civilización del Valle de México y de la conquista española en Mesoamérica. Reyes no sólo es el libro de aventuras y la biznaga vigilante. Hay que ir más allá, no detener los ojos por completo en esta región transparente, que seduce pero ciega. Si bien es cierto que este escritor fue uno de los grandes poetas del continente y que tuvo la más bella prosa en Hispanoamérica, también es cierto que Alfonso, el imparable Alfonso, fue el pensador y uno de los políticos más importante del siglo xx. Algunos críticos literarios como Gabriel Zaid han dicho que lo mejor de Reyes nunca estuvo en las ideas que escribió, sino en cómo las escribió: la teoría de la carretilla alfonsina o la narrativa positivista en donde lo único que importa es la calidad del manejo del lenguaje y no así las ideas que se expresan con ese lenguaje. Sin embargo, estas apreciaciones son incompletas, Reyes no sólo tuvo una escritura amable y sutil para ser disfrutada, sino también para ser entendida por encima y hasta por debajo de las letras. Su pensamiento se asemeja a un caudaloso río que por la superficie hace temblar el suelo y la piel, y por debajo recorre con entusiasmo la esencia de la vida, con esa fuerza que hace reflexionar y llegar al acto humano más puro: el cultivo de la inteligencia que aspira a la felicidad.⁹⁰ Este mexicano tuvo claro, desde muy joven, cuál era el tema de sus cavilaciones. Educado por maestros románticos y modernistas,

90 Alberto Enríquez Perea, "La vida como un poema", en *Los Imprescindibles. Alfonso Reyes*, México, Cal y Arena, 2007, p. 18 y 19.

así como por positivistas porfirianos, desde sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y después de leer y apasionarse por la historia y por las letras de los clásicos grecolatinos y de la Ilustración, Alfonso decidió dejar a un lado la poesía en forma de poema y de óptica *personalísima*, para aventurarse a la explicación en prosa de la gran obra de la humanidad.⁹¹

Perteneció a la generación del Ateneo de la Juventud, quienes años antes de la revolución de 1910 rompieron la enseñanza rígida científicista para abrir el estudio a las más variadas lecturas. Así se introdujo en disciplinas que iban de la psicología a la historia, de la filosofía a la literatura, conocimientos que lo inquietaron a explicar, a través de la palabra impresa, el pasado y el devenir de las culturas. Al encontrar su natural medio de expresión, el periodismo se convirtió en el receptáculo idóneo para vaciar sus reflexiones constantes. Si bien es cierto que a principios del siglo xx la prensa aún era uno de los vehículos más importantes para los literatos en el mundo, también lo es que Reyes entendió a la perfección de dónde venía y hacia dónde se dirigían los medios de comunicación y la importancia que tendrían para la transmisión de mensajes y opiniones populares en las sociedades democráticas contemporáneas.

En la prensa mexicana, Alfonso no sólo publicó poemas o crónicas de color, como lo acostumbraban hacer los escritores de la vieja guardia, sino que fue más allá, publicó frescos ensayos muy parecidos a lo que el día de hoy se conocen como artículos de opinión o columnas críticas,⁹² géneros periodísticos que en el siglo xxi tienen vigencia, y que el escritor mexicano ayudó a formar y consolidar en México. Alfonso Reyes es uno de los grandes periodistas mexicanos de todos los tiempos aunque la crítica lo considere más poeta o ensayista; de hecho, la mayoría de sus ensayos en realidad son artículos periodísticos de opinión que fueron escritos ex profeso para la prensa y que trataron los más diversos temas de interés general en su momento, características esenciales que debe cumplir este género.

De 1905 a 1913, antes de su exilio en Europa, este periodista mexicano escribió diversas líneas en las que retrató el pulso cultural, popular y político del México en los albores de la Revolución. En su libro *Cuestiones estéticas* están registrados más de 30 textos que un joven Alfonso editó, durante su primera etapa como escri-

91 Aureliano Tapia Méndez (compilador), *Correspondencia Alfonso Reyes-Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, México, Ediciones del Festival Alfonsino. Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008, pp. 69, 130 y 147.

92 Federico Campbell, *Periodismo escrito*, México, Ariel Comunicación, 1994, p. 79.

tor y periodista, en medios de comunicación como *Los Sucesos*, *Revista Moderna de México*, *Savia Moderna*, *El Antireeleccionista*, *El Fígaro* (La Habana), *Revista de América* (París), *Revista de Revistas*, *Nosotros*, *Argos*, *Biblos*, entre otros.

En la mayoría de estos trabajos, el incipiente articulista analizó la cultura mexicana en un sentido amplio. Hay ejemplos claros de su análisis actual y complejo del entorno en los estudios que hizo sobre el arte naciente del México de la década de 1900. Un ejemplo de ello, es el artículo “Julio Ruelas subjetivo”, que se publicó en la *Revista Moderna de México* en 1908, escasos meses después de la muerte del artista zacatecano. En el texto, Reyes visualiza con todo detalle los dibujos y aguafuertes de Ruelas y reconoce al pintor como un *parteaguas* de la estética mexicana, una válvula de escape ante el caduco modelo cultural del régimen de Porfirio Díaz, pues, además de dominar las figuras, busca la provocación al plasmar los sentimientos más aterradores o subversivos: miedo a la muerte, pasión por la lujuria. Ruelas es, dice Reyes, el representante de “todas las exaltaciones del pensamiento contemporáneo, a través de las cuales caminamos a una era de nuevo delirio, asfixiados ya por varios siglos de razón”.⁹³ Sin duda ésta crítica se dirige a la pintura ornamental y preciosista asociada al positivismo imperante, y funciona como un llamado de atención a que, a través del trabajo del artista, y con base en su realidad social, México sufra la transformación que necesita, no sólo estética, sino también educativa y cívica.

Tras el asesinato de su padre en la Decena Trágica y el ascenso ilegítimo de Victoriano Huerta a la presidencia, con quien no quiso participar en el gobierno, Reyes tuvo que salir de México, en 1913. Sin embargo, antes de la partida, tenía ya la capacidad de saber medir el pulso de la opinión pública, de manifestarlo con agudeza en el análisis y, sobre todo, conocía a fondo la política tanto en la teoría como en práctica: la vivió en el seno familiar —pues su padre fue ministro de guerra y gobernador del estado de Nuevo León— y la sintió en carne propia al ver cómo se movían y disputaban los intereses por la hegemonía al iniciar la Revolución Mexicana. En suma, para este momento, el escritor tenía forjado su concepto de civilización y civilidad, de cultura y humanismo y, sobre todo, tenía definida su prosa, la que nunca lo abandonó.

93 Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas en Obras Completas de Alfonso Reyes. I.*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 323-324.

ALFONSO REYES EN LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

En Europa, este periodista mexicano entenderá con mayor precisión el arma cultural y política que implica la escritura y con mayor razón en la prensa escrita. Durante su exilio, que se prolongará hasta la década de 1940, pues continuó fuera de México por misiones diplomáticas en Sudamérica, Reyes se convertirá en un actor político fundamental para la historia mexicana e hispanoamericana, labor política que desarrolló principalmente en tres ámbitos que se cruzan y complementan en el sistema social,⁹⁴ ámbitos relacionados con los medios de comunicación, pues fungió como periodista en España, como diplomático en la misma España, Francia, Argentina y Brasil, y finalmente como intelectual en todo occidente.

EL PERIODISTA

Con un libro publicado bajo el brazo (*Cuestiones estéticas*, 1911), una esposa y un hijo, el escritor viajó a Europa sin pensar siquiera que sería su labor en la prensa, y no la diplomacia o la edición de textos, el oficio que le ayudaría a sobrevivir en aquel largo exilio. Alfonso Reyes llegó a París, Francia, en agosto de 1912 para ocupar una secretaría en la Legación Mexicana instalada en la Ciudad Luz. Dos hechos históricos harían que el regiomontano tuviera que dejar la ciudad y su empleo para dirigirse con urgencia a España: la llegada de Venustiano Carranza al poder y por ende el cese de todas las misiones en el extranjero, y la llegada del ejército alemán a la capital francesa al comenzar la Primera Guerra Mundial. Alfonso y su familia llegaron primero a San Sebastián para después instalarse en Madrid: “Yo he venido, como Ruiz de Alarcón, a pretender en corte. A ver si me gano la vida”,⁹⁵ así lo escribió en su Diario en un momento en que no encontraba trabajo para sobrevivir. Gracias al apoyo de otros mexicanos, logró entablar buena relación con algunos círculos intelectuales, artísticos y políticos en España. De esta buena voluntad, conoció al editor y filósofo José Ortega y Gasset, quien lo acercó al periodismo de manera oficial al brindarle un espacio en el semanario *España*, después en *El Imparcial*, y finalmente en el diario *El Sol de Madrid*.⁹⁶

94 Dominique Wolton, “La comunicación política: construcción de un modelo”, en *El nuevo espacio público*, España, Gedisa, 1989, p. 31.

95 Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, México, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 38.

96 Alfonso Reyes, *Las vísperas de España*, en *Obras Completas de Alfonso Reyes, II*, México,

Durante más de cinco años, además de encontrar efímeros trabajos en la edición y traducción de libros, Alfonso colaboró, sobre todo, en el periodismo activo. En esta etapa, él no dudaba de la labor que estaba realizando al lado de Ortega y Gasset, sabía perfectamente que era periodista, y como tal se desenvolvió en Madrid para abordar los más diversos géneros que la prensa industrial estaba consolidando. Algunos investigadores de la obra de este intelectual han escrito, sólo de paso, que Alfonso Reyes realizó trabajos, que ellos llaman, “periodismo cultural” o “literatura periodística”;⁹⁷ sin embargo, su labor en el oficio de informar no es así de simple, y al contrario, se extiende al prisma de posibilidades que ofrece el oficio de la emisión de información. En sus *Obras Completas* se encuentran los vestigios de que Reyes abordó todos los géneros periodísticos que aún existen en la actualidad. Parece que sus editores, como José Ortega y Gasset, lo pusieron a trabajar con rigor, y lo enviaban de reportero a cubrir un acto para entregar lo que hoy día se conoce como nota informativa, o a realizar una crónica, un reportaje o entrevista, con libreta en mano, con algún personaje relevante en la agenda de los temas de actualidad; asimismo, en sus archivos, se encuentra una prueba de que Reyes también fungió la labor de corresponsal y no sólo eso, también fue fotorreportero al cubrir la fiesta del Centenario del Gran Marino Vascongado en San Sebastián, en donde acudió el entonces rey de España, Alfonso XIII.⁹⁸ El mismo Reyes recuerda estos años intensos en la prensa informativa:

fresca emoción de mis años de periodista. Entonces saltaba yo de la cama todos los días con los músculos del alma contraídos [...] Había que estar con toda la conciencia alerta para cualquier asunto que el azar de los días pudiera traer a temperatura de actualidad, había que tener toda la memoria movilizada, todos los recuerdos de experiencia y cultura en el primer plano del alma; había que darse todo cada día. ¡Admirable y varonil gimnasia que hoy envidio a mis amigos de los periódicos!”.⁹⁹

Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 42.

97 Héctor Perea, *La rueda del tiempo*, México, Cal y Arena, 1996, pp. 332 y 333.

98 Alfonso Reyes, “Las Fiestas del Centenario del Gran Marino Vascongado”, en *Álbum no. 4, 1917-1963*, archivo Alfonso Reyes en la Capilla Alfonsina.

99 Alfonso Reyes, *Grata compañía en Obras Completas de Alfonso Reyes, XII*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 135. [Letras mexicanas].

Entonces, el autor de “La cena” se introdujo de lleno en los géneros conocidos como informativos, periodismo que él no cultivó en sus primeros años en México, pues allá participó con textos de opinión y crítica. Pero en España, sobre todo, tuvo que desplegar sus habilidades para abordar todos los géneros, pero sobre todo los de opinión, que eran artículos editoriales para analizar los fenómenos de la vida americana y europea. Se sabe que este intelectual fue uno de los ensayistas más prolíficos que ha tenido Hispanoamérica, pero si el lector es cuidadoso al leer las noticias y pies de página que el propio Reyes colocó en sus *Obras Completas*, descubrirá que la mayoría de los ensayos que redactó en torno a Europa, en realidad son artículos periodísticos escritos al candor del instante y bajo la premura habitual de esta labor. De hecho, la mayoría de estos textos tienen poco que ver con temas literarios o relacionados con las bellas artes; al contrario, en su mayoría son descripciones, reflexiones y juicios en torno a problemáticas de la política internacional. Aquí se develan dos páginas más en la obra del mexicano: primera, Reyes puede ser considerado como todo un periodista, hecho y derecho, sin adjetivos y sobre nombres; y segunda, se reconoce como un periodista sobre temas políticos, los cuales fueron abordados en sus columnas, reseñas, artículos de fondo y editoriales que redactó para los diarios españoles y de otras publicaciones en América. Abordó temas como los conflictos e intereses políticos, económicos y culturales durante la Guerra Mundial, problemáticas de la política interna en España, Francia, Alemania, Inglaterra y México, así como rigurosas y amenas descripciones de la geopolítica internacional.

En sus textos de opinión dio a conocer todos los puntos de vista que tenía en la mente y a la mano en torno a un acontecimiento de la vida pública. Iba de un lado a otro, dando todas las perspectivas, ya sean negativas, positivas o *claroscuros*, y al final, el articulista terminaba lanzando su juicio al inclinarse hacia una de las partes, después de dar a conocer el resto de los argumentos. Esta fórmula de escritura periodística es lo más cercano al llamado equilibrio o imparcialidad en la prensa, técnica que Alfonso comprendió y ejecutó con precisión. Además, no cabe duda que en este oficio desarrolló con entusiasmo y creatividad tópicos sobre la vida en sociedad, y sobre todo, el manejo de la política por parte de las élites, los medios de comunicación y entre los ciudadanos. Al final de cuentas, entendió que el ser humano es un ser político por naturaleza, y acaso ¿no era él mismo un animal político? Alfonso Reyes tenía un afinado sentido de lo que significaba este arte y actividad, este juego de poderes para tomar decisiones de carácter colectivo.¹⁰⁰

100 L. Oníkov y N. Shishlin (compiladores y redactores), *Breve diccionario político*, Moscú, Edi-

Con este instinto a flor de piel y con el poder de la escritura aguda y balanceada, Reyes escribió una serie de siete artículos, bajo el título de las *Mesas de plomo*, en donde caviló en torno a la historia del periodismo universal, tomando como punto de referencia el desarrollo de la prensa en la nación más avanzada en este sentido: Inglaterra. Estos artículos periodísticos de fondo los publicó en su espacio de trabajo, en el diario *El Sol* de Madrid, en 1917.

En los textos en que analiza la historia y el desarrollo de su misma profesión, el mexicano no brinda ni mano amiga, ni guadaña aniquiladora, al contrario, va de un lado a otro, explicando cómo fue que nació este oficio de informar y cómo fue que llegó a convertirse en todo un poder dentro de las naciones contemporáneas.¹⁰¹ El lúcido periodista afirma que el nacimiento de esta profesión se asocia, desde el primer instante, con el poder, pues fueron los gobernantes de los reinos y países europeos, hacia los siglos XV y XVI, quienes solicitaron a un cronista o informante datos en torno a los acontecimientos populares que se desarrollaban dentro o fuera de su territorio, o sobre las opiniones o actos de sus contrincantes políticos, bélicos o económicos. Es por ello que en el artículo, el también autor de *Cartones de Madrid* afirmó que “las cosas siempre terminan siendo lo que no son”, ya que con el paso de las décadas, y con el advenimiento de la imprenta, la Ilustración y los derechos civiles, la prensa escrita fue tomando cuerpo y sustancia, fuerza y poder de decisión para informar no sólo a las élites, sino al pueblo entero, con lo cual, este oficio se convirtió en un poder público que en momentos era utilizado por los gobernantes para tratar de influir en la opinión pública, o viceversa, cuando la prensa tomaba partido de las exigencias ciudadanas para tratar de dar un golpe certero a sus gobernantes. De esta forma, dice Reyes, hojas volantes o diarios como *The Spectator* o *The Times* o corresponsales de guerra como Forbes, en Reino Unido, lograron derrocar gobiernos, leyes o injusticias sociales.¹⁰² Pero como buen periodista de fondo, que se mete a descifrar todos los tejidos de esta telaraña colectiva, Reyes no brinda concesiones para dar a conocer la otra cara de la prensa escrita, porque cuando llega al tema del periodismo de su tiempo, de la segunda década del siglo XX y en un clima de guerra, denuncia que la batalla no es simplemente con las armas, con las bombas, sino también con la información que las naciones brindan a la opinión popular a través de los medios de comunica-

torial progreso, 1983, p. 341.

101 Alfonso Reyes, *Las Mesas de plomo* en *Obras Completas de Alfonso Reyes*. v, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

102 Alfonso Reyes, *Las Mesas de Plomo* en *Obras Completas*. v, cit., p. 348.

ción y, sobre todo, por medio de las grandes agencias de noticias recién formadas. El articulista mexicano asegura, con contundencia, que los gobiernos de potencias mundiales, como los Estados Unidos, limitaron la libertad de expresión y de información a sus ciudadanos para darles a conocer solamente ciertos datos que a ellos les convenía en torno a la guerra, esto lo hicieron, según Alfonso Reyes, por medio del monopolio informativo de las agencias noticiosas.

El autor de estas Mesas de plomo da a conocer, en estos artículos, su punto de vista sobre un tema netamente político, y asegura en su texto que esta censura gubernamental, en ese año de 1917, puede afectar a cualquier gobierno que se dice democrático, pues afirma que esta forma de gobierno estará en peligro si no existe una pluralidad de voces que vengan de distintos y muy diversos medios informativos. En este punto, el también autor de *El plano oblicuo* cumple con otra de las características del periodista de opinión, al ser un visionario de los hechos de interés general, ya que se adelanta al menos 30 años a los estudios sobre la democracia que se harían hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando los teóricos comenzaron a afirmar que una de las características democráticas es la pluralidad informativa por parte de los medios. ¿Pero qué estaba viendo Alfonso, el analítico Alfonso en la prensa internacional de 1917? Veía con preocupación que los gobernantes estaban asociándose con líderes económicos para conformar monopolios de la prensa escrita con dos objetivos: uno, para homologar los datos arrojados en torno al conflicto y así obtener aprobación en el espacio público ciudadano; y dos, para beneficiar a ciertos grupos financieros que, de ahí en adelante, controlarían regiones enteras, cientos de periódicos en el mundo y la industria del papel.

Aquí no cabe duda, este mexicano comprendió a la perfección, adelantándose a muchos otros periodistas y teóricos de la política y de las ciencias de comunicación, cómo es que se mueve el poder en el ámbito nacional e internacional, cómo se asumen los espacios y los roles hegemónicos que van de las élites económicas y políticas hasta los líderes locales que se encuentran dentro de la población, y además, comprendió, en la década de 1910, cuál es el papel que juega la prensa escrita y los periodistas, como él, en esta dinámica de pesos y contrapesos, pues entendió que el periodismo es un poder de las élites, pero también de los ciudadanos. Si bien es cierto que Alfonso Reyes fue creador de poesía, literatura de ficción y crítico literario, no hay que dejar de lado que fue uno de los periodistas más certeros y agudos de su tiempo, al menos en esta etapa madrileña en que trabajó de lleno en la prensa, al menos hasta 1921, año en que el gobierno mexicano de Álvaro Obregón lo nombró representante de México en la Península Ibérica,

carrera diplomática que no estaría desligada de sus conocimientos adquiridos en torno a la importancia del periodismo en las redes de interacción social.

UN MINISTRO MEXICANO EN LOS DIARIOS

Este cronista, reportero, columnista, reseñista, entrevistador y articulista supo el impacto que un diario podía tener dentro de la esfera pública de muchos países de Occidente. ¿Por qué a Alfonso Reyes le interesó, antes que a muchos otros pensadores y teóricos el trabajo y el tema periodístico? Cuando el inquieto Alfonso arribó a las páginas de los diarios españoles, tenía no más de 25 años de edad. Pero desde 1913, aún en México, ya había escrito para *Revista de Revistas* un breve artículo sobre la evolución y transformación de la prensa mexicana en el artículo “Un Recuerdos del *Diario de México*”, en donde criticó con dureza el estilo editorial, y de paso planteó el objetivo que muchos diarios de ese año perseguían con sus páginas: “[...] un criterio que consiste en sustituir la excelencia por la abundancia [...] Su misión sería la de sonaja de los hechos, aturdir con la información, no dar tiempo de pensar, de escoger, de preferir. Ya se sabe, los absurdos que viven mucho acaban por convertirse en razón”.

Este joven escritor puso en práctica el consejo que en 1906 le ofreció a su amigo Ignacio H. Valdés, cuando le dijo que se debe estudiar la historia de la humanidad para tener “más fuerza para lanzarse hacia el porvenir”. Con la carga de conocimientos del pasado, Alfonso se lanzó a buscar, a reflexionar y a practicar las ideas e inventos más novedosos de su época. Por ejemplo, en el periodismo occidental criticó el exceso de información sin contenido que muchos diarios presentaban a sus lectores tras la búsqueda de un éxito comercial (no muy diferente a lo que ocurre el día de hoy); pero Reyes no sólo descalificó ciertas prácticas editoriales, pues con su trabajo y conocimientos de la historia de este medio, propuso la creación de nuevos géneros periodísticos, fue uno de los pioneros de la crítica cinematográfica, en un momento en que nadie “daba un peso” por este arte que estaba surgiendo (1915). De la misma forma Reyes se sumerge, estudia, se empapa de este periodismo. Él visualizó que éste, en el siglo XX, se estaba convirtiendo en un arma eficaz para dar a conocer ideas y opiniones, informaciones y contextos, pero que también era utilizado como instrumento para desinformar, ya sea por intereses políticos o económicos.

El periodismo que él conoció y practicó, ya no era el interesante pero lento periodismo del siglo XIX, aquellas hojas que crearon intelectuales llenas de texto y de reflexiones. Su periodismo era ágil, diverso, ameno, gráfico, público y comer-

cial. A este joven inquieto lo movió la novedad y se introdujo en ella con todo. Sabiendo los pros y los contras de esta herramienta de la comunicación social, el mexicano vio los golpes que le dirigieron con ella, pero también supo responder por medio de la prensa, para dar golpes contundentes, sobre todo, en la época cuando el presidente Plutarco Elías Calles lo nombró encargado de la Legación Mexicana en París. Si de 1914 a 1921 Alfonso practicó con rigor el periodismo en Europa, ya en su etapa como diplomático en Francia (1924-1927), el autor de *El Deslinde* se encontraba del otro lado de ese mismo periodismo, pues era un político, susceptible a ser el protagonista de la nota del día.

Para esta década de 1920 no existían manuales o libros de comunicólogos o politólogos que explicaran el proceso de la llamada comunicación política, en donde las élites, los medios de comunicación y la opinión popular son actores de poder que intercambian mensajes e ideas, necesidades, polémicas o réplicas en torno a los asuntos de interés público. Y sin embargo, el diplomático mexicano ya sabía que gracias a la prensa escrita podía llevar a buen puerto muchas de sus negociaciones con los gobernantes mexicanos y franceses, así como con la ciudadanía de uno y otro lado del Océano Atlántico.

Tras un proceso revolucionario mexicano que se prolongó por más de 10 años, la cabeza de la Legación de México en el país francófono tenía la misión de mejorar y consolidar la imagen del nuevo país posrevolucionario, además de restablecer las relaciones políticas, económicas y culturales entre México, Francia y otras naciones europeas, principalmente con el Reino Unido. A escasos días de su llegada a París, Alfonso Reyes se instaló en la embajada y comenzó a recibir y a visitar a diversos líderes de opinión, entre los que se encontraban, además de políticos e intelectuales, corresponsales, directores de diarios y de agencias de noticias parisinas. La prensa francesa cubrió el arribó del mexicano, y algunos de sus amigos escritores, como Valery Larbaud o Jean Cassou, escribieron artículos en los diarios para presentar a este hombre que igual era conocido como poeta, hombre de ideas, de solidaridad y negociaciones. Para Alfonso era importante este acercamiento con los medios informativos, pues desde ahí, también podía hacer buena política al dar a conocer su plan de trabajo y sus objetivos.

Después de días de recibimientos y presentaciones, el diplomático comenzó a trabajar. En sus declaraciones a la prensa dijo que el México gobernado por el general Calles era una nación nueva, democrática, social y de izquierda, la cual estaba reformando su economía para consolidarla;¹⁰³ mencionó que el número de

103 Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México-Gobierno del Esta-

centros de enseñanza y sus vías de comunicación cada vez eran mayores, en una idea de mostrar a un México moderno. Los diarios franceses de la época registraron el andar de Reyes en las diversas mesas de diálogo hacia la instauración de un nuevo régimen de relaciones entre su país y las potencias europeas.

Durante su estadía en Francia el político Alfonso se dejó entrevistar, mandaba artículos a la prensa para corregir imprecisiones o rumores en torno a la visión que tenían los franceses respecto a México, ya que pensaban que era un pueblo rebelde e inconsistente en su economía. Además el ministro mexicano dictó discursos, que la prensa recogía, en donde explicaba su visión en torno a la Revolución Mexicana y a la creación de nuevas instituciones sólidas que se estaban formando tras el proceso bélico. En esta estrategia mediática, los periódicos mencionaron que de una sola “pedrada”, el diplomático neoleonés logró entablar pláticas con Inglaterra y sondear la opinión de los británicos en torno a la admisión de México a la Sociedad de Naciones, creada después de la Primera Gran Guerra (1914-1918), además la prensa dejó claro que la Legación Mexicana puso en la palestra del plano internacional que los mexicanos habían vuelto al diálogo con Reino Unido, Francia e incluso Suiza, sede la Sociedad. Aunque el camino hacia esta comunicación internacional fue áspera y prolongada, el autor de *Simpatías y diferencias* sentó las bases y el diálogo para su futura consolidación.

Otro de los objetivos que tuvo Alfonso Reyes en Francia fue mostrar interés por un nuevo tratado comercial entre ambos países. Fue el mismo Reyes quien redactó todo el proyecto del nuevo *Tratado de Amistad y Comercio entre Francia y México*, en 1925.¹⁰⁴ Sus buenas amistades con la diplomacia francófona en Francia y México permitieron que empresarios, industriales y comerciantes mexicanos llegaran a este país de Europa para entablar nexos con sus similares franceses. Los periodistas de París y Lyon escribieron notas y artículos sobre esta nueva era de intercambios comerciales. Durante esta feria, que tenía el fin de exhortar a Francia a aprobar este nuevo tratado, Reyes se dedicó a declarar en los medios de comunicación que su gobierno necesitaba que el gobierno francés cambiara su política comercial en torno a ellos. Los empresarios mexicanos y el mismo ministro arribaron a la ciudad de Lyon en donde los periódicos celebraron su llegada. Ahí se encontraba un Reyes político, pero a la vez un Reyes intelectual quien pronunció una conferencia en francés en las instalaciones de la Facultad de Derecho y de Letras de Lyon, a la cual asistió el presidente de la República,

do de Nuevo León, 2009, p. 405.

¹⁰⁴ Op. cit., p. 411.

Gaston Doumergue, el gobernador de Lyon, y otros miembros de la Cámara de Comercio y del cuerpo consular francés. El diario *Le Temps* de París registró el acontecimiento el 11 de marzo de 1926, en el que este ministro de América saludó a sus escuchas centroeuropeos, aunque eran pocos, eran a los que Alfonso Reyes quería dirigir este mensaje de fraternidad histórica, de hermandad venidera, pero sobre todo de comprensión para el presente.

Preocupado por la forma en que algunos periódicos de Francia habían manejado el tema de México, al calificarlo como un país revoltoso por su revolución, inconsistente en su economía, “bolchevizado” como si fuera un “hormiguero informe, en torno a algunos pozos de petróleo”, y como una sociedad cuya única gracia era su exotismo y colorido, el ministro de México aclaró los errores y horrores de estos puntos y ofreció su visión de la Revolución Mexicana, pues dijo que “la naturaleza es cruel en sus métodos de equilibrio”, pero la Revolución “era la liquidación necesaria de una larga paz, como no la han conocido nunca los países de la nueva Europa”.¹⁰⁵ Reyes explicó que México, lejos de esa idea imprecisa de exotismo y barbarie, era un país civilizado, cuyo nacionalismo y sentimiento heroico se opuso a la codicia de los del norte (Estados Unidos) y a la osadía de los déspotas (gobernantes mexicanos y otros impuestos por la invasión francesa). Una nación que inicia su historia en la Conquista española, choque cultural de pueblos, que formó a una nación con rasgos fuertemente trazados; un pueblo de civilidad que, como todos, aún tenía problemas por resolver como “la dualidad étnica, la servidumbre rural, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y grandes tendencias políticas, federalismo, centralismo, capitalismo y socialismo”. Pero sobre todo, en esta histórica conferencia, hizo un llamado a los políticos franceses (ahí mismo estaba el presidente de la República) para que reflexionaran, con base en la historia mexicana, y se dieran cuenta que este territorio es punto de enlace cultural y comercial entre Europa y Asia, tierra estratégica con posibilidades para la inversión y el tratado comercial.

El diálogo con actores políticos, culturales y económicos que se vio reflejado en la prensa europea fue uno de los éxitos políticos que Alfonso Reyes logró durante su gestión francesa gracias a su conocimiento de la diplomacia, su inteligencia en la lectura de los mensajes políticos que le llegaron por escrito o a voces, y por su astucia al manejar a la prensa en momentos de tensión y premura.

¹⁰⁵ Op. cit., p. 414.

EL INTELLECTUAL EN EL PERIODISMO

Varios teóricos de la ciencia política, la sociología y las ciencias sociales escribieron en el siglo xx que para que una nación pueda mantener un gobierno democrático es necesaria la comunicación entre los actores de las esferas sociales. Como periodista, Alfonso se instaló en el análisis y emisión de los hechos políticos; como diplomático ejerció la política en todas sus misiones, pero ¿cómo pudo instalarse el autor de *Ifigenia cruel* en el ámbito de la opinión pública, entre la sociedad civil? Lo hizo a través del acto que mejor sabía hacer, por medio de la reflexión. No se debe dejar de lado que, ante toda actividad, Alfonso Reyes fue un agudo y equilibrado pensador, que por afición e interés reflexionó y escribió en torno a la vida de la humanidad. Sus conclusiones publicadas en sus libros, pero sobre todo en los periódicos tuvieron la capacidad de transmitir sus mensajes a cientos, quizá miles de personas en los lugares en donde se editaron.

Reyes llevó diversas inquietudes de la gente, de él mismo, a los artículos que escribió, y el tema político no podía faltar. En 1919, este intelectual mexicano envió una colaboración a *El Sol* de Madrid bajo el título de “La idea de la política”. Este texto, además de su valor periodístico, es un ensayo que contiene el concepto que Alfonso Reyes realizó sobre la democracia. Es una prueba, entre varias otras, de que las palabras de Reyes no son bellas esculturas huecas, en cambio son estructuras sólidas hechas a base del mejor concreto: la inteligencia. En el texto da a conocer a sus lectores, ya sean éstos parte de la sociedad civil o de la clase en el poder, que la democracia es la única forma de gobierno que brinda la posibilidad a cualquier persona para llegar al gobierno, sin requerir del reino de la inteligencia. También define las características que debe tener esta forma de gobierno, como fomentar la integración entre los individuos, reducir las diferencias sociales entre gobernados y gobernantes, motivar la educación de manera gradual para llegar a una convivencia basada en la civilidad, pues la clave se encuentra en “gobernarse a sí mismo, educarse para un cambio continuo y fácil de los hombres en los puestos públicos, entregando al resultado de los sufragios y a la mecánica constitucional el decidir periódicamente estos cambios, de modo que la función del gobierno interese a todos de un modo, a la vez normal, y no exclusivo”.¹⁰⁶

Este pensador mexicano visualiza y da a entender a las personas y a los gobierno, al mismo tiempo, que la democracia en la política es un concepto que se

¹⁰⁶ Alfonso Reyes, *Aquellos días en Obras Completas de Alfonso Reyes. III*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 358.

vive entre las sociedades, pero de manera inacabada. Se trata de un proceso lento, dice, que deberá ir incrustándose en las personas como un estilo de vida. La vida democrática, advierte a la opinión pública de la España de 1919, deberá ser un acto tan natural como respirar o comer.

El autor de *Visión de Anáhuac* fue un pensador y humanista universal, pero no es llamado humanista por haber escrito una lista de buenas intenciones venideras. Es humanista por haber explorado con esmero e intensidad las emociones y raciocinios del hombre, sus virtudes y vicios, sus desviaciones y aciertos. En sus páginas, en sus recopilaciones de artículos y ensayos, dejó plasmados varios conceptos que aún tienen vigencia y una posibilidad. Alfonso Reyes intelectual, Alfonso Reyes periodista, es el mismo y el complemento del Alfonso Reyes político que, en 1932, en Río de Janeiro, le dijo a los estudiantes brasileños, con deseos de que éstos pusieran en práctica algunas de sus palabras, que la política no era “coto cerrado. No era el privilegio de un grupo de individuos o de un solo individuo. Es el acto humano por excelencia que se reflejaba en la *polis* y todo redundaba en bien o en mal de la convivencia de los hombres. Y el día en que los intelectuales americanos se hayan dado la mano y hayan aprendido de los jóvenes sus actos generosos y solidarios... habrá cambiado la vida política americana... el espíritu es el transformador y modelador más activo: es el escultor que nos labra. ¿Cuál será, entonces, la fisonomía política de América?”¹⁰⁷ El eco de esa charla, de esos discursos, de esos artículos, llega hasta hoy para brindar una opción más en estos tiempos de incertidumbres violentas.

¹⁰⁷ Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del estado nuevo brasileño*, México, El Colegio Nacional, 2009, pp. 172-173.

NAUFRAGIO EN ÍTACA
(NOTAS SOBRE “IFIGENIA CRUEL”
DE ALFONSO REYES)

Pável Granados

Para Miguel Capistrán, Académico de la Lengua

Nunca escribiré lo suficiente de Alfonso Reyes. Así es que debo de comenzar de inmediato el pago de una deuda que no terminaré.

Con respecto a su obra, no puedo elegir la totalidad. La desconozco. Sólo puedo depositarme a mí mismo en un punto elegido al azar y comenzar a nadar, náufrago, por unas aguas que considero familiares, para intentar llegar a una orilla próxima, con la total seguridad de que se trata de un mar cartesiano con ciertas medidas racionales; seguir nadando con la clara confianza de llegar a algún lado, aunque todavía sin saber claramente que Algún Lado es el sitio que ya se ha alcanzado. Es la vaguedad única que rodea mi mirada, cansada desde hace tiempo de intentar trazar un mapa mental, por más que Reyes sea acaso el intento de uno. El supremo intento de ordenar la vida. La clasificación incansable es también parte de su búsqueda. Quizás la cercana respiración que siento al leer constantemente sus textos, y vaya que los he leído, y vaya que he sentido esa respiración, que no es otra que la del propio Reyes, de pronto materializado dentro de sí para buscarse, el personaje que está junto a mí siguiéndome, para saber si siguiéndome se encuentra. Y entonces, todo deja de ser elemental y claro. El constructor de certidumbres, de momentos felices y cordiales. Yo le he sido fiel. Eso es lo único que puedo decir, puesto que inicié su lectura en su propia casa, la Capilla Alfonsina, uno de los sitios inmejorables para naufragar. En donde el sentimiento de naufragio comienza a transformarse, y se convierte de una angustia a un placer. O una angustia llena de muchas certezas, como el jugar a perderse y el jugar a encontrarse, hasta que no se sabe con certeza si uno es el que se siente hallado de pronto. Aunque, si uno es el

que se pierde, ¿quién es el que encuentra? Ciertamente, la conciencia queda de un lado: del que descubre. Por más que exista un desdoblamiento, exactamente como el que existe entre un personaje y el coro que lo acompaña o como el que existe entre el escritor y el crítico. El discurso, antes que la literatura, brota en el trance, desde un sitio en la inconsciencia y desde un lugar primigenio que se arma a base de monosílabos, de cadenas de sonidos aún destejidas, desgarradas, de donde con dificultades sale el significado y brota por primera vez. Al inicio, todo es un flujo que va desde Dios hasta el hombre, solo mediatizado por la laudería hecha de dientes, órganos y cartílagos. Es Dios soplando por su instrumento. De pronto el discurso se sorprende de sí mismo, se escucha y se modifica. Lo que es aparentemente inconsciente, se escucha y decide cambiar el afluente de las palabras. Es el desgajamiento inicial. De un lado queda la creación y del otro la crítica. Yo no lo diría si no fuera una idea expuesta por Reyes. Lo dice por ahí. Sé dónde. Es decir, sabría localizar el ensayo preciso. Lo que ignoro, en cambio, es el lugar de su pensamiento en donde va esta idea. No importa. De todas maneras estoy seguro de que es cerca de ese sitio, ya que el desdoblamiento era precisamente mi tema. Antes de que lo abandonara y volviera a naufragar. Precisamente como Orestes, quien también naufraga. Y naufraga en una búsqueda... bueno, también en una huída. Huye y busca. Porque huye de la tragedia. Eso ya lo saben bien. O no tan bien. Ya se ha hablado bastante de lo poco que recordamos estos mitos. Los miramos y nos hablan. No nos dicen nada. Es un lenguaje que no comunica. Pueden estar pegando del otro lado del cristal, con desesperación. Da igual. No hablamos su lengua y por eso debemos de contar con un traductor. Seguirá subiendo Ícaro, y volverá a caer y, de manera inútil, volverá a naufragar. ¿Naufragar? Alguien —quizás yo— ha vuelto a naufragar. De manera inútil, nuevamente. Va siendo hora de que alguien haga algo. Por ejemplo, sacrificar al náufrago. Lo hará será su hermana Ifigenia. Alfonso Reyes es, por supuesto, Ifigenia, aunque Ifigenia es más que don Alfonso y a su vez, don Alfonso, más que Ifigenia. Sin embargo, Orestes representa al otro. Al ente que circunda el pensamiento, aunque no deja de ser parte del pensamiento. Todo viene desde la inconsciencia, repito, y lo repito porque yo mismo debo de entenderlo para desentrañar el poema en el que Reyes se cuenta su propia historia. El pensamiento madura como una fruta, se vuelve jugoso, dulce, apetitoso y entonces cae sobre el piso deshecha en su madurez. El pensamiento cae y yo tengo el pensamiento de que el pensamiento de Ifigenia no tiene una base, un piso sobre el cual construirse. Igualmente, viene de lejos. No hay una base. También naufraga. Existe una desestructuración constante en el poema, ya que desde el principio, desde la primera vez en que Ifigenia habla, existe

la manifestación de un pensamiento hueco, poseedor de una nada fundamental. O de una nada fundacional; pero de alguna manera, Ifigenia se las arregla para edificar sobre la nada, sobre la amnesia. Pero ya es hora de que me vaya explicando: eran los días del asedio a Troya y Agamenón, de manera muy inocente, mató un ciervo y dijo: "La propia Artemisa no lo haría mejor". Artemisa no dejó pasar esa frase ni dejarla sin consecuencias: detuvo los vientos y dejó ver que los vientos favorables no regresarían hasta que Agamenón no sacrificara a su propia hija: sólo así sería posible atacar Troya. Con engaños, el rey Agamenón llevó a su hija hasta el sacrificio. Toda su familia, el poderoso Aquiles y los aqueos, llevaron a Ifigenia hasta la piedra de los sacrificios, con un sufrimiento tal que logró conmover a la diosa y, cuando la cuchilla estaba a punto de caer sobre su pecho, la diosa se compadeció e intercambió a Ifigenia por una cierva. Maravillados, los aqueos vieron de pronto que Ifigenia había desaparecido. No sé si ustedes lo recuerdan, porque Ifigenia no: Reyes decidió que Ifigenia perdiera la memoria y dejara de saber su pasado. La hija de Agamenón fue destinada a servir de sacerdotisa de Atenea, en Áulide, un país que sacrificaba a todos los extranjeros que tenían la mala suerte de naufragar en sus costas. No supo de la muerte de su padre a manos de su propia esposa, Clitemnestra. No supo del asesinato de su madre a manos de Orestes, su hermano. Es un personaje acotado desde fuera (su aislamiento) y desde dentro (la amnesia). Se espía a sí misma, huye de sí misma, se persigue. Ifigenia entra a las habitaciones de su ser y se persigue. Abre una puerta y hay habitaciones en las que apenas hace poco tiempo hubo alguien, lo delata el calor reciente, un fuego recién apagado. Una persecución constante que orilla a Ifigenia a inventarse ante la falta de resultados.

El corazón Alfonso Reyes también sintió la proximidad de una bala (así como Ifigenia). También él cerró los ojos esperando que su corazón se destrozara por el contacto del metal contra su pecho. Pero los abrió y vio que se encontraba lejos de su patria, sin memoria de su pasado. Con un cuchillo entre las manos listo para matar cualquier recuerdo que llegara hasta las costas de su espíritu. El general Agamenón Reyes había muerto, da igual si lo inmoló Victoriano Clitemnestra o no. Solo importa que también él tenía una maldición sobre sí mismo, como la tuvo la Ifigenia de la antigüedad. Deshecho el vínculo con el pasado, tuvo que construirse de nuevo, edificar sobre su nada. La ruptura con el pasado es, en el caso de Reyes, la ruptura con el Modernismo. Antiguo alumno del Parnaso y de los simbolistas, este poeta corta de tajo su relación con su educación literaria de juventud. Todo es esencial en el poema, una poda constante de elementos que impiden a Reyes manifestar su propia intimidad. No hay paja en el poema: el

pajar lo encuentro en las explicaciones. Porque pareciera que una vez terminado el poema, Reyes quisiera que nuestra atención se fijara en sus racionalizaciones y no en la carga de momentos irracionales de Ifigenia, del misterio de su vida. Está el conflicto personal en el centro del poema, pero el poeta intenta que fijemos nuestra vista en la periferia de la técnica y del helenismo. La totalidad del poema es la construcción de un espacio personal que salva. Me refiero, nuevamente, al naufragio. Porque el derrumbe, la desbandada, la huida de la ciudad devastada, todo eso, se veía desde antes. Ya había pasado el dictador, ya habían desaparecido los sueños de una transición a su gusto (que a él lo sucediera la eternidad). El refugio personal había sido Grecia. Una Grecia personal, es cierto, la Grecia que construye Reyes a lo largo del poema. Pero es una Grecia que primero había sido generacional, la habían ido construyendo en días más optimistas los ateneístas. Una construcción de la realidad que los mantenía unidos. Los unía la certeza de habitar su propio helenismo, el de las lecturas en casa de Antonio Caso. Y luego los mantuvo unidos, a su pesar, aun cuando algunos llegaron a mostrar sus armas. Fue el caso del propio Reyes, pues fue innegable su paulatina separación de Martín Luis Guzmán. Y sin embargo, ambos se aferraron a su Grecia. Vuelta *Ifigenia* al revés, violentada hasta que enseñara sus costuras como un vestuario que se agarra y se intenta voltear para saber qué esconde, sería similar a *La sombra del Caudillo*. Ambos tienen el destino como tema. Eso es algo que no es más que un punto de partida. Equivale a no decir nada. Y eso ya es algo, pues tienen en su esencia un cordón umbilical con la tragedia griega, resuelta de dos maneras distintas. Aunque me gustaría saber cuáles son las diferencias, ahora que sólo me puedo referir a las semejanzas. Y encuentro una fundamental: que el protagonista es un arrojado, un expulsado en su pequeña isla de conciencia, una conciencia que puede ver muchas cosas, menos su destino. Ese privilegio le corresponde al coro y a todos los demás personajes. En la tragedia, al héroe le está impedido ver su propio destino, no así a los demás. Es el deambular por el bosque oscuro, sabiendo que sólo uno está ciego. Esa conciencia terrible del coro que no puede transmitir nada, que no puede evitar el naufragio, eso que ocurre a los grandes visionarios, los cuales generalmente no pueden ver nada.

Ifigenia es una pieza de un rompecabezas imposible de armar por completo, ya que las correspondencias entre los textos de Reyes son aparentes, como aparente es la sinceridad de sus palabras, pero también la mentira de sus poemas. Nada más natural que esconderse en una máscara para decir la verdad. Aunque todo en él es una construcción hecha de palabras, en donde él se construye a sí mismo a base de palabras. En eso no se distingue de nadie, todos lo hacemos; bueno, no

todos, de hecho su testimonio es casi solitario, pues su generación —con excepción de Vasconcelos— no se distinguió por dejar memorias. Las suyas son de 1941, año en que ya había vuelto a México y, en realidad, regresó a retocarlas; las había publicado en 1914, cuando todavía no tenían la distancia suficiente de los hechos para ser consideradas memorias. Cuando las retocó, agregó uno de los párrafos más polémicos de su obra, el que dice: “No es exagerado decir que ahí amanecía la Revolución”, al referirse a un supuesto homenaje que los ateneístas le rindieron a Gabino Barreda. Es decir, el Ateneo de la Juventud como precursor de la Revolución Mexicana, un antecedente, cuando en realidad había sido lo contrario, pues se trataba de una generación que pretendía heredar el poder de la generación anterior. Más o menos, lo mismo que le hubiera gustado a Ifigenia, casarse con Aquiles y heredar. Pero tuvo que ser sacrificada, o casi. La salvó una diosa. En el caso de Reyes, lo salvó el fantasma de su padre, las influencias de su hermano, las gestiones de la diplomacia, si quieren, es otra manera de llamar al destino. Cuando Reyes vuelve al pasado rescribe la historia, contrario a lo que decía con frecuencia, para congraciarse al Ateneo con la Revolución. Es tiempo de dejar de matarnos entre hermanos. Ifigenia borró su pasado, Reyes lo reescribió. Me detengo a pensar en esta relación porque el aparente curso de la verdad, las memorias objetivas, han sido las más impugnadas de Reyes. Lo otro es apenas el intento de una lectura de su poema para hallar verdad. Por más que yo odie la búsqueda de la verdad. No tengo ningún interés. Y sin embargo, la palpo en los recursos de *Ifigenia*, la historia de la reconciliación con el pasado. Algo en lo que tampoco creo. Creo en la construcción de recuerdos, lo cual sirve más para hacer creer en la reconciliación. De todas formas, es un recurso no muy común en la obra de Reyes. Yo que pensaba nadar en aguas conocidas, en mi familiaridad con Reyes, pero el espacio se enrarece, se condensa de pronto al intentar caminar de la prosa a la poesía, se aprieta de significados. Y todo porque él intenta poner esta pieza entre el rompecabezas de su verdad. Yo carezco de certezas, así que sólo puedo compartir la sensación de naufragio en una obra que es frecuentemente salvación literaria.

ALFONSO REYES: DIARIOS

Melissa Hernández Navarro

Escribir la cotidianidad es legitimarla; hacerla histórica. El esbozo del ritmo de los días, el registro del paso del tiempo individual y su tono, es una de las formas más efectivas de juzgar cómodamente las propiedades de la existencia. Por algo, Lev Tolstói inicia su diario, en 1847, diciendo que padecía gonorrea, con la envidiable ligereza de quien sabe ya a los diecinueve años que el mundo verdadero se hace ostensible por medio de la escritura: cuando uno escribe un diario –decía-, percibe de inmediato que cualquier cosa puede ser falsa. Volcar en papel la vida de un ser humano frente a sí mismo significa fijar sólo lo necesario, lo trascendente al momento de la memoria, inefable proceso que implica el recuento de lo sucedido (acaso también de lo imaginado), como la insoportable degeneración de la vitalidad física e intelectual propia de la vejez que Giovanni Papini apunta en las últimas entradas de su Diario o los devaneos existenciales de Fernando Pessoa y el carácter cuasi filosófico de sus reflexiones sobre la vida, la muerte y la literatura: “La poesía de la Tierra nunca está muerta”¹⁰⁸.

“Todo fluye y se va mientras no lo caza la palabra”¹⁰⁹ escribe Alfonso Reyes en *Mitología del año que acaba*, breves ficciones de personajes inverosímiles en las que intenta demostrar que, al acabar el año, las historias inconfesables de cada día del calendario quedan resonando como moneditas en los rincones del alma. Tal vez, para evitar que aquellos espectros que trastocan las rutinas humanas no afectaran la persistencia en la memoria de su vida y su entrega a la litera-

¹⁰⁸ Pessoa, Fernando. *Diarios*. Madrid: Gadir, 2009. p. 12

¹⁰⁹ *Mitología del año que acaba*. Comp. Alfonso Castañón. México: Colección Popular, 1990. p. 103.

tura, sus trabajos diplomáticos, sus viajes y su relación con los demás, Alfonso Reyes comenzó a escribir los primeros apuntes de un diario en 1911. Se piensa que diversas circunstancias, como la muerte de su padre y el exilio a Europa durante sus labores dentro del Servicio Exterior Mexicano, impidieron que siguiera un registro sistemático de sus días. Reyes regresó once años después a la Ciudad de México, cuando terminó su trabajo en la Legación Mexicana en Madrid. En julio de 1924, Reyes retomó la escritura de su *Diario* para cerrarlo el 25 de diciembre de 1959, dos días antes de morir.

La Universidad de Guanajuato publicó un primer volumen del *Diario* de Alfonso Reyes, en 1969, que abarca de 1911 a 1930. Sin embargo, sería hasta 1995 cuando su nieta y albacea, Alicia Reyes, anunciara que estaba en proceso una edición completa del *Diario*, a cargo del Fondo de Cultura Económica, bajo la coordinación general de José Luis Martínez. Finalmente, los primeros dos tomos que abarcan los periodos de 1911-1927 y 1927-1930 salieron a la luz en septiembre de 2010. La épica tarea de editar los quince cuadernos que contienen medio siglo de vida de uno de los pilares de las letras mexicanas necesitó el apoyo de un equipo de especialistas de diversas instituciones que estuvieron relacionadas con Alfonso Reyes: El Colegio de México, El Colegio Nacional, la Universidad Autónoma de México, la Academia Mexicana de la Lengua, la Universidad de Nuevo León y la Universidad Autónoma Metropolitana.

TOMO I (1911-1927)

La edición crítica del primer tomo es de Alfonso Rangel Guerra, director del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León. Esta primera parte del *Diario* toma como base los manuscritos originales, no obstante, Rangel Guerra hace un minucioso contraste con la edición de la Universidad de Guanajuato. Este tomo presenta dos tipos de notas al pie: las de corte filológico, que muestran las variantes de las dos ediciones, y las de contexto social, político, artístico y cultural. El cotejo de ediciones, los índices, el fichero bibliográfico, la cronología de los sucesos importantes en la vida de Reyes, comparados con hechos importantes en México y en el mundo, hacen gala del profundo trabajo realizado por Rangel Guerra, además de que sirven como herramientas de soporte en la lectura.

El *Diario* abre con “Días aciagos”, que Reyes escribió en 1911, donde relata las circunstancias que vivió con su familia en el domicilio de la calle Estaciones

número 44, de la Ciudad de México. En septiembre de aquél año, la familia Reyes fue testigo de los enfrentamientos entre los seguidores del presidente Madero y los del general Bernardo Reyes. Así, en la entrada del domingo 3 de septiembre, Alfonso Reyes describe la atmósfera que se vivía dentro de su casa: el rumor de los tumultos en las calles, las turbias noticias que de vez en vez le comunicaban todos los que entraban y salían de la residencia. Entonces vemos a un Alfonso de 22 años, sentado al escritorio, pensando en su madre enferma, mirando las enredaderas trepar hasta la ventana de su habitación y a los coches con los vidrios rotos que entran a su casa, mientras escribe: “Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.”¹¹⁰

Cuando Reyes decidió llevar un diario en forma, su propósito no era otro que plasmar datos sucintos de su vida y su trabajo, sin emociones personales ni intención estética y que le serviría solamente como cantera para las memorias futuras. Aunque el tono eminentemente literario de “Días aciagos” nos remita a aquella “Oración del 9 de febrero”, el *Diario* de Reyes funciona, visiblemente, como un anecdotario de los quehaceres cotidianos de un escritor y diplomático lleno de compromisos, viajes y publicaciones. Sin embargo, la vena literaria siempre es inexcusable y en la nota corriente de una de sus primeras noches en las posadas de Madrid, en 1914, un lector adicto a las tramas bien podría encontrar una mini ficción: “Noche de frío. Me echo la gabardina en la cama. Una madre llora por su hijo que se le muere, y grita toda la noche. Mañana me mudo” (14)¹¹¹

Además de rescatar aquellas frases de corte aforístico o las reflexiones filosóficas y literarias, que se cuelan en las llanas descripciones de los viajes en barco, o de las portentosas cenas del ministerio mexicano en París, el valor histórico de este *Diario* es una de sus grandes virtudes. Al mismo tiempo, gran parte del atractivo de la lectura de un diario consiste en tener la sensación de recibir datos apócrifos de primera mano, bajo el amparo de una charla vespertina. Es Alfonso Reyes quien platica de la misión secreta que le encomienda el presidente Álvaro Obregón: ofrecer al rey de España la mediación de México ante los moros, en el conflicto surgido en Marruecos por el levantamiento del Rif contra España y Francia; es Alfonso, quien comparte la complicada situación emocional de Jean Cassou, envuelto en el triángulo amoroso de haberse casado con la antigua

¹¹⁰ Reyes, Alfonso. *Diario I*. Ed. Alfonso Rangel Guerra. México: Fondo de Cultura Económica, 2010. p. 3

¹¹¹ *Op. cit.*, p. 14

amante —por haberla embarazado— justo cuando se enamora de la hija del traductor de Freud. También es Reyes quien, emocionado, escribe que los primeros días de su llegada a París (1924) vivió en la 44 *rue* Hamelin, casa donde dos años antes había muerto Marcel Proust.

TOMO II (1927-1930)

El diario que tenemos en las manos es también la bitácora de un viajero que sabía estar íntegramente en cada país, como alguna vez escribió Borges. Reyes dejaba su ministerio en Francia en marzo de 1927, para embarcarse a América del Sur. Las actividades diplomáticas y literarias que realizó Alfonso Reyes en la embajada que formó en Argentina, durante la corta estancia de tres años, fueron desempeñadas con una vertiginosidad y compromiso extraordinarios. En materia diplomática, Reyes revivió las relaciones México-Argentina (antes deterioradas por la Revolución) e instauró una línea de navegación directa, entre los dos países, con la subvención conjunta de ambos gobiernos.

En el segundo tomo, están registrados los tres años que duró Alfonso Reyes en su embajada en Argentina. La edición crítica a cargo de Adolfo Castañón, nos abre un amplio panorama histórico, ya que gran parte del aparato crítico del texto, lo conforman las notas del contexto histórico-social. Dice Castañón en su excelente texto introductorio: “En términos de historia literaria y crítica, el núcleo de este tramo del *Diario* de Alfonso Reyes lo constituye sin duda el descubrimiento de Jorge Luis Borges y, en el trasfondo y paisaje, los encuentros con otros escritores, como Leopoldo Lugones, Juana de Ibarbourou, Victoria Ocampo, Arturo Capdevila.”¹¹² Cuando Reyes llegó a Argentina —con 38 años a sus espaldas, una importante misión diplomática y gran parte de su obra escrita— conoció a un Jorge Luis Borges, de 28, en la casa de Pedro Henríquez Ureña. Este afortunado acontecimiento fue decisivo para la conformación de la nueva literatura hispanoamericana, en la que Borges tendría un papel fundamental.

En el registro de los años argentinos en el *Diario*, Reyes da cuenta de su participación en la edición de los Cuadernos del Plata y el lanzamiento del primer y único número de la revista *Libra*; la relación amistosa con Victoria y Silvina Ocampo; las terapias “freudianas” que practicaba con Juana de Ibarbourou (que en aquel

¹¹² Castañón, Alfonso. “Introducción: Todo será buena cosecha”. *Diario II*. Ed. Alfonso Castañón. México: Fondo de Cultura Económica, 2010. XXXIII

tiempo vivía hundida en un mar de tristeza y desesperación); la continuidad de su amistad a distancia con Genaro Estrada y con el grupo de Contemporáneos (en alguna entrada del *Diario* hay, incluso, una carta romance a Carlos Pellicer); el desplante de José Ortega y Gasset, quien durante una visita a la ciudad de Buenos Aires, regresó a España sin despedirse de Reyes.

Una lectura fácil del *Diario* de Alfonso Reyes sería la de concebirlo como una agenda diplomática, un vademécum de fiestas de embajada y publicaciones de prestigio, y no como un ejercicio de auto contemplación y reflexión sobre su labor en el Servicio Exterior Mexicano, que ayude, como dice Adolfo Castañón, a reconstruir su pensamiento manifestado en su obra poética y ensayística. En el *Diario* de Reyes se encuentra la constancia escrita de sus hábitos cotidianos, tanto en su trabajo literario como en sus relaciones públicas en las altas esferas. Es cierto que el lirismo propio de sus ensayos, poemas, o cartas, en breves momentos se asoma por las entradas del *Diario*. Con todo, es en estas páginas donde el lector establece un lazo íntimo y directo con la memoria de Alfonso Reyes, sin el revestimiento de un yo poético y sus significados circundantes. Porque es la vida de un hombre y no su imagen, diría San Agustín, la que está escrita en la memoria.

ENTRE LA ELEGANCIA Y UNA MÁCULA DE GRASA

Marco Antúnez Piña

Que el poder enciclopédico que detentó en vida no nos engañe ni desvíe del caso. Alfonso Reyes fue, en virtud de un fenómeno de autoimpuesta fortuna, un devorador del mundo. Lo atestiguan sus exploraciones críticas de la literatura global; su conocimiento de Europa lo mismo que de Sudamérica o la dureza taciturna con la que abordaba a los autores nacionales; su afán cosmopolita que no se dejaba engañar por el hálito fascista de los círculos que frecuentaba, y que Vasconcelos disimuló con dificultad en su *Ulises criollo*; su reto de mudar al castellano cuanto texto le parecía digno de convivir con los lectores; pero sobre todo, sabemos cuán goloso fue en vida por sus dimensiones físicas —a menos que aceptemos que esto se debiera, como discutía Chesterton de sí mismo, a una demasiada cercanía con el micrófono, que lo amplificaba. El misterio de la magnitud de su estómago, testigo de su capacidad para zamparse una tostada de estofados grasosos y alto garante de la veracidad de un paladar sibarita, nos deja constatar que, en tanto escritor, su mayor placer consistía en llevarse a la boca los manjares que le acercaban —palabras y bocadillos, bebidas y verbos—; que se complacía, como buen mexicano, en la honestidad de la olla y la sartén, mientras los actores aledaños lo observaban con tanta curiosidad como embeleso engullir lo mismo el cabrito que los argumentos. Hay una fotografía para la historia que se encuentra en la biblioteca heredada por su familia, donde se da prueba de ello: las fauces abiertas a la mordida de gracia que sellaría el pacto con una torta, cuyo contenido ya dejaba huella en la blancura de su camisa. Porque saciar su apetito fue una de las pasiones que más cultivó en las tareas cotidianas; testimoniado invariablemente —por oficio y entretenimiento— a través de las letras. “Amor y hambre mantienen cohesionada

la fábrica del mundo”, versa un famoso aforismo de Schiller. Alfonso mismo, en la introducción a sus *Memorias de cocina y bodega*, cuenta:

También yo he pagado mi tributo al arte de cocina y bodega: ya un poema sobre la confitería de Toledo, o una rápida alusión a las sevillanas y murillescas yemas de San Leandro; ya unas páginas sueltas sobre las tierras castellanas, andaluzas, vascongadas y bordelesas; y hasta he dejado noticia de mis andanzas en busca de caracoles borgoñones y de trufas perigordinas —secretos en que, como padre prudente, deseaba iniciar a mi descendencia—, aunque nada dije de cierta dichosa excursión o cuesta de la Omelette Mont-Saint-Michel, que no era para olvidarla.¹¹³

Minuta, un libro de poesía fraguado bajo las figuras populares que evocaban sus lecturas gastronómicas, un juego literario que giraba en torno a una cena y sus respectivas consecuencias versales, donde lo lúdico danzaba con la lubricidad que se desprende de catar vinos y combinarlos con distintos sabores. Ahí incluye una de sus traducciones de Mallarmé. El epígrafe del primer texto es lapidario: “pero cenemos Inés / si te parece primero” (Baltasar de Alcázar).¹¹⁴ A Reyes le molestaba particularmente que los críticos consideraran a este libro una prueba de su decadencia, a lo que él objetaba que la prueba de la falsedad de semejante afirmación era que después de eso había escrito solamente 40 libros más. En realidad, este libro le fue tan redituable en afanes prácticos, que estuvo a punto de fundar “un modesto club gastronómico, La Cucaña, cuyo lema había de ser éste: Una mala comida no se recobra nunca”.¹¹⁵

Su lectura de los clásicos holgaba de referencias culinarias que iban desde Chesterton hasta Sainstbury, Lope de Vega, Miguel de Cervantes, Santa Teresa o Francisco A. de Icaza. Y es que su intención de acaparar los estadios de los alimentos, lo guiaron en *Memorias de cocina y bodega* a examinar platillos que fueran simples y puros en su preparación, para terminar favoreciendo, tácitamente, a métodos rigoristas de condimentación, las prácticas históricas y el engarce de las recetas tradicionales por virtud del ocio intelectual. Una tarea mucho más libre que la de su antecesora, Sor Juana, otra enamorada de los menurjes gestados en la cocina. Digno admirador de Mallarmé (quien a su vez tuviera sus deslices

¹¹³ Reyes, Alfonso. *Memorias de cocina y bodega*. México: FCE, 2000. p. 9.

¹¹⁴ Reyes, Alfonso. *Obras completas x. Constancia poética*. México: FCE, 2000. p. 363.

¹¹⁵ Reyes, Alfonso. *Memorias de cocina y bodega*. México: FCE, 2000. p. 9

culinarios en la revista *La Dernière Mode*, como el texto que aparece en *Minuta*), procuró una especial atención al exotismo de los platillos más que a las recetas tradicionales. Pero, a diferencia de aquel, procuraba no quedarse en la tesitura de la presentación gastronómica —congruente con las disquisiciones tipográficas que hicieron del francés el verdadero antecesor de la vanguardia poética—, y sí con las consecuencias de la ingesta. A don Alfonso no lo veremos sino como un degustador de la vida: la escritura que aspira a ser precisa, erudita y cotidiana. Para el regiomontano, el placer de una buena comida sólo se concreta cuando puede ser testimoniada. Así que podemos afirmar, al menos si seguimos la lectura de este libro alfonsoino, que es más relevante el contacto con la comida que la manifestación visual.

(Recordemos un detalle de cultura pop entre los escritores mexicanos: Reyes censura la minuciosidad por los cuidados estéticos, cuando dice que “al fin, su sensibilidad irritada produce aberraciones: Mallarmé gasta fuerzas en calcular el tamaño tipográfico de las letras —para que respondan a determinado matiz psicológico—, y Góngora, cada vez que sus amigos le muestran una de sus poesías en el texto que corre por los manuscritos, la retoca y la rehace. Por lo demás, esto es lo malo de no hacer imprimir las obras: que se va la vida en rehacerlas”.¹¹⁶

Borges, quien le dedicara un poema a Reyes para presumir su admiración (que hoy parece sospechosa debido a pasajes de las memorias de Adolfo Bioy Casares, y que incluso hacen dudar de la honestidad del título de “el más fino estilista de la prosa española del siglo xx” que le adjudicara públicamente), comprendía que su condición física era un reflejo directo del compromiso con la escritura:

Reyes, la indescifrable providencia
que administra lo pródigo y lo parco
nos dio a los unos el sector o el arco,
pero a ti la total circunferencia.

Lo dichoso buscabas o lo triste
que ocultan frontispicios y renombres:
como el Dios del Erígena, quisiste
ser nadie para ser todos los hombres.¹¹⁷

¹¹⁶ Reyes, Alfonso. *Cuestiones gongorinas*. México: FCE, 1958.

¹¹⁷ Borges, Jorge Luis. “In memoriam” en *Poesía completa*. México: Lumen, 2011.

Las observaciones de Borges, más influenciadas por el *Liber viginti quattuor philosophorum* y las teorías de Nicolás de Cusa que por la redondez del bardo regiomontano, en realidad tienen un peso definitivo en la poética alfonsina. Por ejemplo, aquella afanosidad que le permitió increpar al cultismo desde la trinchera monográfica, insinuando que la poesía subyace en la pátina cultural del caló pululante en los suburbios y fiestas españolas. Su mayor molestia hacia los seguidores de Góngora, es la manera en que estos se apresuran a volverlo bandera y modelo a seguir de la escritura. Y lo mismo con los alimentos: platillos regionales que se pretendían unívocos.

Cabe recordar cómo en *La experiencia literaria*, Reyes certifica que la vocación del escritor es una consecuencia directa de las apetencias vivenciales (intelectuales, emotivas, “degustables”) que componen la seriedad del asunto y la naturalidad irrisoria en que se gesta. Y, por supuesto, no se podía excluir la experiencia comestible. “La prisa del tiempo, reducida por el vehículo, la prisa del tiempo motorizado, obliga a sacar prematuramente los alimentos del fuego; la nueva cocina va cediendo el puesto a las conservas industriales. El hombre medio absorbe su porción de estímulo intelectual merced a la máquina —periódico, cine, radio— y se desentiende de la Literatura propiamente tal, a que una civilización nos tenía acostumbrados”.¹¹⁸

De ahí que la búsqueda por definir la buena cocina fuera capital: su entendimiento con la lengua, no sólo pasaba por la capacidad de facilitar la comunicación oral, sino por la transmisión a través de las papilas gustativas. Incluso la sensación de un beso tiene más de comestible que de bucólico:

Ni la sangría del estoico
que se amenguaba sin sentir,
ni el áspid que apenas besaba
el botón de ansioso carmín.¹¹⁹

Aunque con un evidente significado poético para la boca, muy en sintonía con Mallarmé, por ejemplo:

Sobre el eje de tu nariz recta,
nadie vio doblarse tus cejas,

¹¹⁸ Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*. México: FCE, 1983.

¹¹⁹ Reyes, Alfonso. “Morir”. *Obras completas x. Constancia poética*. México: FCE, 1996.

ni plegarse los rinconcillos
inexorables de tu boca,
por donde huye un grito inacabable,
penetrado ya de silencio.¹²⁰

Si prestamos atención a sus preocupaciones de materia poética en *Cuestiones gongorinas*, lo aplicado del poeta culterano le parece laudable en la medida que personaliza una experiencia de vanguardia poética, acendrando el empleo de recursos que suman posibilidades, variables y significados exógenos a la versificación en lengua castellana como lo hace, al hablar eventualmente de combinaciones, en *Minuta*. Y su preocupación de la conservación de ciertas ideas gastronómicas que se han denostado por pretender masificarlas, es equivalente a su molestia por la popularización y reproducción de los mecanismos de escritura de Góngora. La experiencia íntima que deriva del autor de las *Soledades*, se equipara a las virtudes de los alimentos que describe con llaneza en *Memorias de cocina y bodega*, aunque con una prosa tan delicada y extasiada que se jacta de un valor estético equivalente a su rigor académico de las *Cuestiones gongorinas*.

Porque el sobrepeso de Reyes sólo ha sido equiparable a su capacidad de compartir esos dones redondos al transformarse en un narrador de venturas más gratas que las suyas, como dijera Borges.

Voltaire arguye que “no hay nada más serio y exigente que la alimentación y la transmisión de la propia alegría intelectual”. De esta avidez y generosidad ilimitada, no sólo queda constancia en los variados testimonios sino en su biblioteca, que compite en búsquedas universales con la de José Luis Martínez, y que hoy representa uno de los hitos culturales de México: la Capilla Alfonsina. No en balde, Octavio Paz, que siempre mantuvo un afán megalómano por colocarse como el autor mexicano más prolijo del siglo xx, elogiaba y admiraba la magnitud de su obra lo mismo que se dedicaba a confirmar su poco impacto en la literatura contemporánea, para bien y para mal.

Por ende, la literatura del espíritu telúrico que presume Reyes, se debate entre la presencia magnánima del castellano amable y tonante, erudito y aterrizado al sentir concreto, tanto como a denotar el potencial de un buen sazón en las artes que más le preocupaban. De ahí su fascinación por Góngora: “Toda clase de imaginaciones populares hayan su expresión en Góngora: guerras y soldados, cárceles, galeras y tormentos, cautiverios y rendiciones, propios cuidados de su tiempo;

120 Reyes, Alfonso. “Ifigenia cruel” en *Antología: prosa, teatro, poesía*. México: FCE, 2005.

[...] la cocina y sus once mil secretos; las mil y una noches de la confitería conventual; los trajes de la gente en los días de trabajo y en los días de holgorio y fiestas del patrono del pueblo [...].¹²¹

Pero como el tiempo apremia en esta plática, basta de ello por ahora. Digamos solamente que el ejercicio culinario de Reyes no es ajeno a los escritores mexicanos, quienes, más inspirados en otros autores y con intenciones más editoriales, han evocado estos intentos con perspectivas análogas. Tal vez el más deudor sea el *Grano de sal y otros cristales* de Adolfo Castañón, para atestiguar la literatura culinaria de Reyes en el ensayo de intenciones monotemáticas, plagadas de citas eruditas. De hecho, no parece un evento de casualidad institucional que la cocina de la Capilla Alfonsina se conserve como en los tiempos del autor de *Visión de Anáhuac*, sino de causalidad “estilística”, por decirlo de algún modo.

La metodología de la escritura de Reyes no centraba su poder en la corrección gramatical de la lengua española (que la tenía), ni su naturaleza prosódica (evidente, aunque no siempre estética), sino en un ritmo subyacente que, por obvio, él mismo no tomaba demasiado en serio —quizá porque lo daba por sentado al indagar el mundo literario—: el ritmo del pensamiento, en consonancia de la escritura como una partitura musical (como aprendió seguramente de su lectura atenta de Mallarmé). El universo interior de la poética que concibe sigue siendo esa sinfonía que Pitágoras escuchaba en el orden del mundo, el Cosmos; es decir, la composición de estructuras fijas cuya combinación resulta en un sinfín de variables. Clásico y popular al fin y al cabo, en las formas fijas él imbrica un álgebra de múltiple faz que se encarama en la facilidad de lo popular, en la feliz ensoñación de la convención, que por mecánica le permitía descubrir los intersticios que poblarían de emociones nimias —mas poderosas— la gama de intereses filosóficos y humanistas de su obra.

POSTDATA: BREVÍSIMO COROLARIO APOLOGÉTICO DE CIERTA POESÍA ALFONSINA

Lo anterior nos permite recapitular y reubicar un poco la posición de algunos juicios que se han hecho de la poesía alfonsina. Por ejemplo que, como dijo alguna vez Gabriel Zaid, tiene poco contenido alcohólico. Esto es cierto, ya que sus temas son tópicos infalibles de un alma poco tribulada por los fantasmas del sufrimiento

¹²¹ Reyes, Alfonso. *Cuestiones gongorinas*. México: FCE, 1958.

—una máxima de la poesía que nos ha conducido a reflejar la incertidumbre de un siglo xx que ni siquiera nos tocó vivir, pero que conocemos por Camus, Paul Celan y algunos otros desdichados con los que hemos crecido en las bibliotecas (nuestro inconsciente colectivo materializado en una muerte de árboles con tintas). Quizá, porque lo de Reyes no es el maridaje de los platillos con los vinos o licores nacionales como la sola ingesta de la comida.

Como escritor fue más lector que un productor, y muchos de sus libros no son sino lecturas en voz alta —o mejor dicho, cátedra dispuesta en tipografía. Es decir, ingería más de lo que digería. De ahí que publicara cualquier poema que le pareciera saboreable, y que censurara a Mallarmé por inquirir demasiado el tamaño y los remates de los tipos móviles que empleaba para imprimir sus poemas. Lo más cercano a eso, además de comentarios sibaritas ocasionales en *Memorias de cocina y bodega*, son estos versos:

Mezclaba los sabores de los vinos
en cada clima caprichosamente,
y yo no sé si ello fue prudente
o si mis pasos fueron desatinos.¹²²

Luego, otro de los pormenores que se le hayan en el mercado editorial —particularmente en las mentes revolucionarias que cunden las aulas de las facultades humanísticas de la farándula universitaria—, dado que su variedad de temas es tan vasta como el menú de 10 o 20 restaurantes. Esto era algo que a Deniz le parecía poco aceptable, ya que evadía la máscara perpetua que los poetas suelen llevar para ser reconocidos como tales. Un reclamo más ad hoc con las expectativas de la época que una idea real de lo que el poeta proyectaba según Alfonso Reyes. Es decir, el problema de esta crítica, es que implica limitarlo al estereotipo contemporáneo, no abordarlo como el escritor benévolo y amable que él pretendía ser. Un pedagogo, un gourmet que señalaba los puntos finos de las recetas que uno probaba. Un Sócrates de la mesa. O más sencillo: como el chef Gusteau que induce a la rata esquizofrénica de *Ratatouille* a decantarse por la cocina.

El hecho de que Reyes no tuviera medida con el tipo de erudición al que apelaba, cuyas referencias parecían intrincadas y poco asequibles, era otra de las razones que daba Deniz para entender por qué no generaba entusiasmo la poesía

122 Reyes, Alfonso. "A Enrique González Martínez" en *Obras completas x. Constancia poética*. México: FCE, 1996.

alfonsina. Y sí, es probable que sólo se deba a un tipo de gula intelectual, que mantenía su cabeza tan calva como prolija en ideas más refrescantes que frescas. Como buen clásico, dedicaba más tiempo a la conversación en la mesa al más puro estilo del *Banquete* de Platón que a la ejecución sistemática del sentido de “edición” que hoy nos permite (¿exige?) la crítica actual. La poesía alfonsina es una buena compañera para comer, no para beber o afirmarse en la amargura.

De cualquier modo, a pesar de la poca embriaguez que provocan sus versos, de pronto nos surgen ebrios en sus poemas que no debemos olvidar para efectos de alcoholímetro:

Y, sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tescüiño de maíz y peyote,
yerba de los portentos,
sinfonía lograda
que convierte los ruidos en colores;
y larga borrachera metafísica
los compensa de andar sobre la tierra,
que es, al fin y a la postre,
la dolencia común de las razas de los hombres.
Campeones de la Maratón del mundo,
nutridos en la carne ácida del venado,
llegarán los primeros con el triunfo
el día que saltemos la muralla
de los cinco sentidos.¹²³

¹²³ Reyes, Alfonso. “Yerbas del tarahumara” en *Obras completas x. Constancia poética*. México: FCE, 1996.



Universidad Veracruzana

Dirección General del Área Académica de Humanidades

Facciones. Ensayos sobre Alfonso Reyes
fue editado por la Dirección General
del Área Académica de Humanidades
de la Universidad Veracruzana.

El volumen fue puesto en línea en la página
electrónica de la Biblioteca Digital de
Humanidades el 27 de abril de 2012.